

COLECCIÓN

VENUS

Un solo deseo

Minerva Hall



Gold River
Especial Navidad



COLECCIÓN
VENUS

Un solo deseo

Minerva Hall



Gold River
Especial Navidad

UN SOLO DESEO

Minerva Hall

SINOPSIS

(Warren & Sam)

¿Y si un solo deseo de Navidad tuviera el poder de cambiar de rumbo la vida de dos personas reacias a seguir adelante?

Sabrina Klaus, como nueva señora K, está dispuesta a cualquier cosa para llegar a la altura de su predecesora, así que cuando la carta de Joanna Shaw le plantea un interesante reto nunca antes visto en el Polo Norte, no duda en tomar la misión como una especie de objetivo de vida, convirtiendo la existencia de Nick en un auténtico caos. ¡Y en la peor época del año!

El actual Santa en activo conoce demasiado bien a su mujer y sabe que por mucho que batalle, no va a conseguir llevarla de vuelta al redil. Así que... ¿qué otra opción le queda a un hombre enamorado, que no quiere dormir en el sofá durante el resto del año, que seguirle la corriente?

Sin embargo, alguien tiene que ser la parte cuerda en esta asociación, así que está decidido a no interferir -demasiado- en la vida de dos hombres, que más parecen odiarse que tender al romance. Samuel Tuckson y Warren Shaw son una pareja de cuidado y si no van con pies de plomo, podrían separarlos para siempre.

¡Y la bola mágica de su Navidad dice que están destinados!

¿Conseguirán reunir a estos dos obstinados hombres o terminarán perdiendo la última oportunidad de tener su felices para siempre?

ADVERTENCIA DE LA AUTORA

El siguiente libro está protagonizado por Sam y Warren, personajes de peso en De vuelta a tus brazos, la historia de Jack y Arizona. Si bien es la primera vez que decido dar voz al amor entre dos hombres, no podía simplemente ignorar la necesidad de este par de encontrar su final feliz.

Son dos almas perdidas que querían tener su historia y yo, simplemente, no pude negársela.

Espero que perdonéis cualquier licencia que he decidido tomar a lo largo de la narración y que lleguéis a quererlos tanto como los quiero yo.

¡Disfrutad de la lectura!

*Con cariño,
Minerva Hall.*

Índice

PRÓLOGO

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

EPÍLOGO

PRÓLOGO

Primeros de diciembre.

Polo Norte.

Querido Santa.

Este año me he portado muy bien, tan bien como he sido capaz de hacerlo. He intentado ser comprensiva con mi familia y nuestra nueva situación. Ahora tengo dos papás, Warren y Jack, los quiero muchísimo a los dos, soy una niña afortunada. Incluso Rosie, mi hermana, empieza a parecer menos enfadada. Sé que dice que escribirte es una tontería, que ya tengo que crecer, que no existes, yo no lo creo. Casi tengo siete años y si mis amigos quieren reírse porque crea en ti, pues que se rían. Sé que el único que puede ayudarme a cumplir mi deseo, eres tú.

No quiero juguetes ni dinero. No quiero dulces. No quiero nada para mí. Tampoco te pediré nada para Jack y mi madre, porque son muy felices. Sonríen todo el tiempo y se besan a escondidas. Están enamorados y eso está bien. A lo mejor no soy buena por desear que mi otro papá, Warren, que fue el primero y al que he querido durante más tiempo, pueda ser feliz también. Ya nunca sonrío y, cuando lo hace, no es de verdad. Mira a mamá y Jack con mucha pena, aunque sé que está feliz por ellos. Sin embargo, sé que también quiere encontrar el amor. Creo que ya lo ha encontrado, pero es muy cabezota para ocuparse por sí mismo de tomarlo.

Me gusta Sam, es un SEAL, como mi segundo padre. Es guapo y se parece

mucho a Gabriel, que se fue al cielo hace muchos años, dejando el corazón de papá roto. Papá Warren, mi primer papá (es un poco lioso, lo sé, pero la vida no es fácil; aunque pienso que son los mayores quienes lo complican todo, la verdad).

Sería muy fácil que Sam y papá se enamoraran de una vez y dejaran de jugar a los soldados en guerra, porque parece que están peleando cada vez que se ven, por tonterías. ¿Por qué siempre nos dan lecciones a nosotros, cuando no son capaces de arreglarse entre ellos? Al menos no han usado la violencia. No mucho. Quizá un poco. Vale, Santa, sé que ellos no se han portado bien, pero yo sí y solo deseo que encuentren la manera de quererse, porque yo sé que ya se quieren, solo que se niegan a verlo.

Dirás que qué se yo, que solo soy una niña, pero soy una niña observadora. Me parezco a papá, a papá Warren antes de que se encontrara con Sam, porque ahora está diferente. Nervioso e impulsivo, parece que ha intercambiado los papeles con Jack, incluso mamá lo dice.

Bueno, papá Jack (debo confesar que todavía me cuesta llamarlo papá, pero no se lo digas a mi madre, ¿vale?).

Solo deseo que Sam y papá se enamoren, eso es lo que quiero esta Navidad. Por favor, Santa, no te pediré nada nunca más si lo cumples. Eres el único con el poder suficiente para hacerlo.

Confío en ti, como siempre he hecho.

Un abrazo para la señora Klaus y para ti y muchos besos para los elfos y los renos.

Johanna Shaw

El elfo encargado de clasificar el correo del Polo Norte miró a Sabrina Klaus con una sonrisa conocedora. Rule no era tonto, sabía perfectamente que este asunto formaba parte del ámbito de experiencia de la mujer y que era mejor hablar directamente con ella, no es que estuviera haciéndolo a escondidas del jefe, solo velaba por los intereses de la ilusión de una niña inocente. Joanna Shaw había estado en la lista de los buenos desde siempre y merecía que la mujer que tenía frente a él, le diera una oportunidad a su deseo.

Al menos que fuera consciente de la existencia de dicha carta. No había mucho más que hacer por su parte, tendría que ser la señora K quien se involucrara en última instancia.

—¿Qué me traes esta mañana, Rule? —inquirió sin apartar la vista del enorme libro que contenía todos los nombres de todos los niños del mundo. Se actualizaba manualmente cada año, en el departamento de historia de la Navidad y la mujer que se alzaba frente a él, buscaba viejos deseos olvidados, para hacerlos realidad. Especialmente, aquellos que estaban relacionados con el amor.

—Una carta especial —confió ofreciéndole aquel pequeño tesoro en una bandeja plateada—. Ha sido seleccionada por mi equipo, por considerarla de extremo interés. Nos gustaría solicitarle su atención.

Sabrina alzó los ojos de su lectura actual y se recostó contra el enorme sillón blanco que Nick había instalado en su oficina. Habían actualizado la decoración y aunque seguía siendo navideña en su máxima expresión, hablaba sobre todo de la mujer que ahora presidía esta sección.

Algunos no estaban de acuerdo con los cambios ni con la misión de la señora K, que a menudo había sido secreta y bailando en los límites de las leyes de la magia, pero Rule era innegablemente del equipo pro-Sabrina. Iba a defender el poder del amor hasta el final.

¡Si hasta algunos de los elfos habían encontrado el amor predestinado!

Algo con lo que él solo podía soñar. Era demasiado joven, demasiado ligado a aquella tierra como para tener una vida normal. Si su familia descubriera su interés por vivir más, probablemente lo desheredarían. Lo desterrarían de aquel lugar que amaba tanto como la posibilidad de hacer feliz a un niño.

En este caso a Joanna, esa pequeña a la que había visitado recientemente, observándola desde lejos. Analizando la situación que la pequeña describía en su carta y valorando si era pertinente o no presentarle a su jefa la propuesta.

—Pareces bastante seguro de que aceptaré el trabajo —su gesto pretendía ser serio, pero sus ojos la traicionaban. No solo el interés se reflejaba en ellos, sino las ganas de probarse a sí misma una Navidad más.

—Merece la pena, se lo aseguro.

No podía presionar a la nueva señora K, pero podía mostrarle su interés en el asunto. Dejarle saber que Rule iba a estar ahí en cada instante que su presencia y trabajo fueran requeridos.

—Veamos qué tenemos aquí, entonces.

Tomó el papel entre sus dedos y lo desplegó. Sonrió con la primera línea y no dejó de hacerlo hasta que depositó de nuevo el informal documento en la bandeja. No lo miró, sino que hizo rodar su silla y sacó una PDA del cajón más alejado de su mesa. Tecleó un par de minutos y se levantó emocionada con un leve grito que prometía que la misión había sido aceptada.

Rule se esforzó por no mostrar su satisfacción. Solo era un elfo, no podía mostrar favoritismo por ningún niño, no importaba lo mucho que le gustara Jo y que llevara bastante tiempo observándola. Esperó paciente a que Sabrina dijera algo, pero inteligente como era solo lo miró y lo señaló con un dedo:

—Puedes soltarlo ya, salta, canta, aplaude o riéte, Rule. Haz lo que te dé la real gana, porque esta señora K ha aceptado tu encargo. Digamos que me gusta romper moldes y... ¡tengo la dirección correcta y todo el historial de ambos!

—¿Tan rápido?

Ni siquiera él, que había estado destinado en los archivos como becario en los inicios de su carrera, habría podido localizar tanta información tan deprisa. Tampoco es que fuera un rey de las nuevas tecnologías, los aparatos electrónicos tendían a reventar a su paso.

Mala suerte, eso solía decir su madre. Estaba destinado a trabajar el apartado del correo tradicional para siempre y le satisfacía. No había nada como el olor a papel y tinta, como la textura de las cartas de los niños, en las que volcaban toda su ilusión. Sacos y sacos de deseos y sueños por cumplir. Tenía el mejor trabajo del mundo. Era un elfo afortunado.

—Tienes que modernizarte, Rule. Todo está ahí, al alcance de tu mano. ¿Vendrás conmigo?

—¿Yo? —¿Ese era un gran honor que ni siquiera merecía!—, pero Santa habrá pensado en alguien mejor para esta tarea, señora. Solo soy un humilde empleado de correos.

—¿Humilde? ¿Tú? —se burló con diversión.

Supuso que lo había pillado. También tenía sueños, sueños grandes. No aspiraba al trineo de Santa Claus, no le gustaban especialmente las alturas o el trajín constante de subir y bajar por chimeneas, enfrentarse a perros guardianes e hincharse a comer galletas y beber leche, a él le iba más el amor. Ningún lugar mejor que convertirse en la mano derecha de la Señora K, siempre que pudiese mantener su puesto en la oficina de correos, por supuesto. Pero el día de Navidad... ah, ese día nunca tenía trabajo, solo podía observar el barullo, el movimiento y la actividad de los talleres desde lejos. Todo el Polo Norte bullía en Nochebuena, excepto su oficina. Era su único día de descanso en todo el año, todos se metían con ellos, como si no formaran parte de la magia, cuando tenían un papel muy importante.

No tanto como ser el ayudante de Sabrina, de hecho, pero sí bastante importante.

—Mi trabajo lo es.

—Puede que muchos lo piensen, pero yo sé la verdad. Sois el corazón de este lugar —aseguró con convicción—. Y también veo algo que ellos no ven.

—¿Qué? —miró su cuerpo, buscando algo fuera de lugar en su traje.

—La ilusión y la entrega, Rule —expresó con una sonrisa—. Me gusta la gente como tú, que no tiene ideas preconcebidas sobre la Navidad o el amor. Creo que haremos un buen equipo.

—¿Por Navidad?

—Puede que algún tiempo más. ¿Hay alguien en quien puedas confiar para mantenernos el secreto? Necesitamos ir a Gold River y barajar sobre el terreno el mejor modo de afrontar esta tarea.

—¿No vamos a entregar las bolas de nieve? —inquirió con cierta sorpresa. Ese había sido siempre el proceder.

—Todavía no, antes tengo una idea que me gustaría compartir contigo...

En cuanto Sabrina empezó a hablar, la boca de Rule se abrió más y más y no pudo contener la sorpresa. Todo su cuerpo cosquilleaba de emoción, no podía esperar más, tenía que seguir esa propuesta. Tenía que hacerlo ya. ¡Iba a ser él quién cumpliera un deseo! ¡Al fin iba a estar involucrado de lleno en la magia con la que siempre había soñado! Un elfo de Navidad, de los de verdad.

Corrió de vuelta a su puesto, tratando de contener la emoción y mantener el secreto, buscó a Ryder y lo miró con intención. El otro se dio cuenta de que quería hablar a solas con él, así que buscó una excusa plausible y se acercó a escondidas.

No pronunció ni una palabra, solo escuchó.

—Cúbreme, me voy a Gold River.

Y su mejor amigo asintió con seriedad entendiendo la situación sin necesidad de explicaciones. Si alguien comprendía lo que aquello significaba para él, ese era Ryder.

Quiso abrazarlo por no poner ni una pega y, sobre todo, porque sabía que podía confiar en él. Le cubriría hasta que volviera a casa.

Plenamente. Absolutamente. Jamás le traicionaría.

Y así fue como Rule corrió emocionado a su apartamento para hacer la maleta y el instante en que el nuevo cuento de Navidad comenzó.

Con una promesa de verdadero amor.

Capítulo 1

Warren sintió el instante en que los cristales del ventanal del salón se rompieron por segunda vez en los últimos dos meses y supo quién era el culpable, sin necesidad de asomarse para ver el objeto invasor. Se preguntó si habría sido un accidente o solo mala leche. Por algún extraño motivo Sam sentía una inesperada aversión por él, lo había rechazado desde el primer momento, como si tuviera algo en su contra, cuando el único que debería estar furioso era él mismo. ¡Nadie tenía derecho a parecerse tanto a un muerto! Sobre todo cuando la persona que ya no estaba había significado tanto para ti. Lo había significado todo.

Cada vez que habían tenido un encontronazo, se había descubierto conteniendo el aliento y forzándose a recordar que no eran el mismo hombre y que tampoco se trataba de una reencarnación. Sam era más viejo que... No pudo ni pensar en su nombre, sin sentir ese profundo dolor que cada vez era más insoportable. Arizona lo había mantenido al margen durante muchos años, pero ahora, desde que el SEAL había hecho acto de presencia y había acampado en casa de los padres de Jack, su vida se había convertido en un infierno.

Se frotó los ojos y trató de ignorar el timbre de la puerta. Estaría allí, de pie, esperando para fulminarlo con la mirada y utilizar el accidente para criticarlo por esconderse del mundo, por no compartir con todos quién era en realidad; cuando la única verdad era que estaba agotado de tener que justificar sus actos.

—No me voy a marchar por más que intentes disimular que no estás dentro

—dijo su voz desde el otro lado de la puerta—. Te he visto aparcar el coche en el garaje. Vamos, Warren, échale huevos.

Una ira desconocida se apoderó de su ser y, probablemente, fue la encargada de empujarlo hacia la puerta, que abrió como si pretendiera arrancar de sus goznes.

—¿Y eso es para ti algún tipo de disculpa?

Sam se erguía frente a él, con los musculosos brazos cruzados contra el pecho, mirándolo impaciente.

—No vengo a disculparme.

—Habría sido mucho esperar...

—Te pagaré el cristal.

Warren arqueó una ceja.

—¿Admites entonces que ha sido culpa tuya?

—Admito que un SEAL jamás falla y que pretendía cargarme la ventana. Estaba de malas, lo reconozco. —Cambió de postura, apoyó su mano izquierda en el marco de la puerta, acercándose más a él, mientras con la derecha se hacía visera, para evitar los últimos rayos del sol que le deslumbraban—. La pagaré y ya está. Supongo que no hay daños personales.

Lo recorrió con la mirada, de arriba abajo, tratando de buscar algo. ¿Acaso pretendía que el objeto desconocido que todavía no había buscado, lo golpeará directamente?

—¿Y pretendías dejarme fuera de combate para sentirte mejor? —preguntó con tono cansado.

—No. Solo fueron malas noticias y la pagué con lo primero que se puso en medio. Llama al cristalero y pásame la factura, correré con los gastos.

No quería que lo hiciera, solo quería que se largara cuanto antes para no tener que enfrentarse a todas esas preguntas y deseos que lo asaltaban en los peores momentos.

¿Acaso no merecía ser feliz? Sí, pero Sam no era la respuesta, no podía serlo. No podías sustituir a alguien por una copia barata y no tenía derecho a catalogar a otro hombre de copia, cuando ni siquiera lo conocía de verdad.

Se quedó con algo de lo que había pronunciado y, sin darse cuenta, se interesó por lo que había ocasionado aquel mal humor.

—¿Qué ha pasado?

—Como si te importara —se estiró y dio media vuelta. Normalmente, no le daba la espalda a nadie, era desconfiado por naturaleza, pero con él se mostraba un poco diferente, ignoraba por qué. No por interés sentimental, porque era imposible, quizá por el continuo rífl-rafe entre los dos, porque se había creado entre ambos una extraña confianza que no iría a ninguna parte.

Warren no supo cuándo, cómo ni por qué, pero encontró que su mano había aferrado el antebrazo de Sam, para detenerlo.

—¿Qué ha pasado?

El SEAL observó su mano y después lo miró a él, no se apartó de su contacto, tan solo lo evaluó en silencio. Lo observaba como si pudiera leer muy profundo en su alma. Descubrir todos los secretos que guardaba.

Warren se estremeció, una parte de sí quiso mandarlo a la mierda y correr lejos, muy dentro de su casa, y esconderse, pero otra parte, una que asomaba tímida la cabeza en su interior, se negó a permitir que prevaleciera el miedo.

—Dime, Sam.

—¿Por qué? Me odias.

—No te odio. —Y se dio cuenta de que estaba diciendo la verdad—. No te odio, Sam. ¿Por qué lo haría?

El otro hombre suspiró y no respondió a su pregunta, tan solo dijo:

—Vas a tener que soportarme un tiempo más, han rechazado mi reincorporación al equipo. El psicólogo no me ha dado el alta —se soltó de su agarre y negó—. Pagaré el jodido cristal y reevaluaré mi vida. Tengo que

hacer terapia.

Parecía abatido. Había algo duro en Sam, supuso que era inherente a todos los SEAL de la existencia, pero también poseía una vulnerabilidad que le tocaba muy dentro y le hacía preguntarse si no tendría más en común con Gabriel de lo que se permitía admitir. Que fueran parecidos no era algo bueno, pero tampoco malo, era solo un motivo más para mantener las distancias.

—No es algo malo. Hacer terapia, quiero decir. Solo piensa en ello como en charlar con un amigo.

—Ese cabrón homófobo no es mi amigo, es la cruz de mi existencia. Me odia, por eso no me ha dado el alta. Quiere jubilarme y que me retire a algún tipo de oficina, considera que mi cabeza no está lista para volver al terreno de juego. Mírame, ¿crees que no puedo hacer mi trabajo? Porque puedo. Pasé todas las pruebas físicas, pasé los exámenes del curso teórico de reciclaje que me obligaron a hacer. Pasaría la maldita semana del infierno diez veces, si fuera necesario, y ese chupatintas de tres al cuarto asegura que me bloquearía sobre el terreno de juego a la primera de cambio. Eso y que tengo problemas para controlar mi ira —sus puños estaban cerrados a ambos lados de su cuerpo, la tensión que emanaba de él daban ganas de que un hombre, o cualquier mujer, deseara ponerse a cubierto, pero Warren se obligó a permanecer en el lugar en el que estaba. No quería que pensara que iba a dejarlo tirado solo por un poco de mal humor.

Incluso si no había amistad ni cualquier tipo de relación entre ellos.

—Quizá debas cambiar de psicólogo —sugirió con tono amable. Al menos, esperaba que hubiera sido amable y no estrangulado a causa de la chispa de miedo que admitía podía llegar a sentir cuando veía a un hombre de su envergadura incapaz de contener su genio.

—¿Cambiar de psicólogo? —lo miró como si se hubiera vuelto loco—. No es posible. —Sin embargo, había un tono de duda en su voz—. Yo no puedo

escoger un psicólogo.

—Tú no, pero tu superior podría hacerlo, ¿no? Si estás seguro de que el actual no ha hecho bien su trabajo aprovechándose del conocimiento que tiene sobre tu vida personal, podrías solicitar una segunda opinión. —Sabía que no debía involucrarse con ese hombre, pero no pudo evitarlo. Le dolía verlo disgustado, supuso que estaba trasponiendo a Gabriel en él—. Conozco a alguien que podría ayudarte. Es una mujer, cuando la veas no creerás que se dedica a esto, pero es muy buena en su trabajo.

—¿Una civil? —inquirió como si estuviera listo para rebatirlo.

—En realidad, no. —Sonrió al pensar en Amelia. Llevaba casi dos décadas en el ejército de tierra y nadie se había atrevido a meterse con ella. Había ascendido como un ciclón y tenía un montón de hombres a sus órdenes. No solo era una psicóloga muy capaz, sino que a eso le acompañaban una serie de capacidades naturales que la convertían en alguien en quién confiabas de forma inherente, aunque su genio era épico y pocos eran los que se veían libres de él. La había conocido por casualidad en el hospital, cuando su sobrina se había roto una pierna y Arizona se había ocupado del caso. Confiaba en ella, habían forjado una buena amistad y sabía que no solo podría ayudar a Sam a volver al trabajo, sino también a hacer las paces consigo mismo y con el mundo que lo rodeaba—. Amelia Davidson lleva casi veinte años en el ejército. Ha trabajado muy duro para estar en el lugar que está y ha luchado contra muchas ideas preconcebidas. Se licenció en psicología y trabaja sobre todo con supervivientes de tragedias y soldados heridos.

—¿Amelia Davidson? —pareció barajar la idea un momento—. No estoy seguro de que sea posible, Warren, aunque te agradezco tu interés. Sé que a veces puedo portarme como un auténtico capullo, no esperaba tu ayuda.

—Mira, eres el mejor amigo de Jack y amo a Arizona. Sé que ellos querrían que te ayudara. De hecho, la misma Arizona te lo hubiera propuesto si

hubieras hablado con ella.

—Tengo problemas de confianza —canturreó encogiéndose de hombros—. Será mejor que me vaya. Debes estar cansado, después de pasar toda la noche de guardia.

No le sorprendió que se hubiera dado cuenta de que no había dormido en casa, aunque debía reconocer que le hacía gracia que asociara su ausencia al trabajo y no a que hubiera estado por ahí ligando. ¿Es que no podía imaginarlo con una vida personal?

Supuso que no.

—No estuve de guardia, fui a un bar.

Ahora sí que lo sorprendió, su reacción fue muy similar a como si lo hubiera golpeado.

—¿Un bar?

—Sí. Eso hice.

—No pensaba que fueras de esa clase de tipos. ¿Y tuviste una buena noche?

Podría decirle que sí, decir que había encontrado lo que estaba buscando, pero habría sido una enorme mentira.

—En realidad, acabé suturando un par de heridas con arma blanca en la sala de descanso. Un par de tipos bebieron más de la cuenta y la dueña no quería llamar a la policía, así que...

Carolyn era una buena amiga suya, lo había invitado a pasarse a comer un pedazo de tarta. Había cumplido cuarenta años ese mismo día y no quería beber sola para celebrarlo, así que se había presentado allí cuando acabó su turno y había acabado durmiendo en el sofá de su casa, encima del bar.

Se le notaban los años, a él que no a ella que estaba estupenda, porque le dolía cada hueso del cuerpo. El sofá era demasiado pequeño y duro para su propio bien. Iba a tener que decirle a Sam que necesitaba que lo ayudara a

ponerse en forma.

Un pensamiento llevó al otro y sin poder evitarlo se fijó en aquel cuerpo que se erguía perfecto ante él. Un sueño hecho realidad. Casi salivó, ojalá no lo deseara. Le caía mal, debía recordarse, no iba a saltar en la cama más próxima ni con él ni con nadie. Había dejado esa faceta de su vida atrás.

Si hubiera sido un hombre afortunado, Sam no habría notado su manera de mirarlo, pero eso habría significado tener suerte y Murphy siempre estaba de malas cuando se trataba de ir a su lado.

—Si te gusta y lo necesitas, solo tienes que pedirlo —aseguró.

—No necesito... Mira, era el cumpleaños de una amiga y solo fui a tomar un pedazo de tarta. No me interesa ningún tipo de relación con nadie.

—Tus palabras dicen eso, tu cuerpo otra cosa. Cuando quieras dejar de seguir engañándote, sabes dónde encontrarme.

—Vamos, no soy tu tipo. Estabas enamorado, ¿no? De otro hombre.

—La vida pasa, las relaciones terminan. Cuando aprendas que a veces hay que dejar el pasado descansar, es cuando podrás volver a vivir de verdad —aseguró Sam—. Soy un puto desastre, no el mejor para dar consejos, pero eso lo aprendí por el camino duro y parece mentira que después de todos los años que llevas ocultándote, no hayas aprendido tú también algo.

Y de vuelta al rechazo entre los dos, al dolor y las recriminaciones. Sam se marchó sin esperar alguna respuesta o defensa y Warren solo observó cómo se alejaba de él aquel sueño.

No era Gabriel era otro hombre, uno que podría hacerle mucho más daño que aquel que había destruido su vida y hecho pedazos su corazón marchándose.

Ojalá la muerte se lo hubiera llevado a él, así no tendría que pasar por este trance.

Miró al cielo y vio cómo la nieve empezaba a caer de nuevo, suspiró.

Encima y como remate, la Navidad estaría aquí más pronto que tarde. Regalos, risas y deseos que jamás se harían realidad.

Recordó a Jo y el misterio que traía entre manos.

Esperaba, realmente lo hacía, que no tuviera nada que ver con él, porque no estaba seguro de poder mantener la pose y sonreír, mientras la veía desear algo que su padre jamás podría tener.

Y si algo no quería hacer, era herir a su pequeña. Jamás se lo iba a permitir.

Y si tenía que besar a Sam para contentarla, por Dios que lo haría, incluso si eso suponía que tuviera que arrancar de cuajo de su alma, cualquier esperanza de salir ileso del trato con aquel hombre.

Capítulo 2

Sam se removió inquieto en la incómoda silla de la sala de espera de su nueva loquera. Amelia Davidson servía en el ejército de tierra y era muy respetada entre los suyos. No solían trabajar con los SEAL a menudo, aunque sí en ocasiones, y a pesar de que había sus resquemores y tiranteces entre los distintos cuerpos, en el fondo se respetaban mutuamente.

Le sorprendió el aroma del lugar en cuanto entró en él, no se parecía en nada a la consulta de su viejo psicólogo. Aquí olía bien, a flores, no podía identificar cuál, pero le gustaba. Había varias revistas en un revistero en la esquina, casi todas sobre armamento, naturaleza e historia, nada que ver con las de los cotilleos que habían llenado la ridícula mesa de cristal de una más ridícula sala con enormes sofás de antes. Le gustaba la sencillez, a pesar de todo. Estaba acostumbrado a esto, no a la ostentación y quizá, solo quizá, podría encontrar el camino correcto para volver a trabajar con sus viejos compañeros. En realidad, no con todos, la mayor parte había quedado tocada en la última misión que le había desgraciado la vida, pero podría tener una oportunidad de formar parte de un nuevo equipo y hacer cosas buenas.

Salvar el mundo otra vez.

No iba a rendirse hasta conseguirlo.

— Samuel Tuckson —pronunció la voz de una hermosa mujer que salió por la puerta de la consulta un instante después de que un soldado en silla de ruedas se dirigiera hacia la puerta del ascensor con aspecto de estar bastante enfadado.

Sam lo siguió con la mirada hasta que las puertas se cerraron, tomó una

bocanada profunda de aire y se obligó a dar un paso tras otro hasta atravesar la puerta. Una vez en el interior de la consulta, cerró tras él tras observar cada detalle. Había estanterías llenas de libros. Un escritorio de madera oscura con dos sillas frente a él y un cómodo sillón de cuero blanco, además de un diván en el centro de la sala. Esperaba no tener que tumbarse ahí, porque no le apetecía nada jugar a ese estúpido juego.

Empezó a negar sintiéndose insatisfecho, no podía seguir con esa farsa. Los psicólogos y él jamás podrían entenderse, era un hecho. Agradecía el interés de Warren por ayudarlo, pero...

Suspiró, le dedicó al hombre un segundo pensamiento. Había algo en él que sacaba su peor parte, al mismo tiempo que su cuerpo respondía a su proximidad. Había perdido al hombre que había amado en secreto, una relación imposible que nunca habría llegado a buen puerto, pero que igual dolía y, ahora, aparecía este ser escuálido y tan lejos de su prototipo que no solo lograba sacarle de sus casillas, sino que le hacía desear una relación seria, tranquila, formar un hogar.

Como si un SEAL en activo pudiera permitirse lo.

Trató de desterrar esa idea de su mente y concentró su atención en la mujer.

—¿He pasado el examen? —preguntó con decisión.

Sam carraspeó y trató de disimular. Mejor que no supiera en qué había estado pensando exactamente.

—Solo estaba pensando que no va a ser diferente estar aquí que donde estaba antes.

—¿Y dónde estaba antes, Samuel? —inquirió Amelia.

—Con el otro psicólogo.

—¿Y eso es así en realidad? —La mujer no hizo ningún tipo de valoración, solo lo miraba con esos enormes ojos. Parecía joven, mucho más joven de lo que se suponía que era.

—¿Usted es Amelia, no es así? Pensaba que llevaba veinte años en el ejército.

La mujer rio, negando.

—Esperaba algún tipo de generala prototípica. Supongo que una mujer de dos metros y ciento veinte kilos, con unas cuantas cicatrices y músculos marcados. Un poco hombruna, con más pelo y malas pulgas —Sonrió mientras se apartaba el flequillo de la frente con la mano derecha. Llevaba una bonita manicura musical—. Afortunadamente, existe la depilación láser. Con lo que he podido aliviar la carga de vello extra —bromeó.

Su respuesta fue una carcajada, ni siquiera pudo evitarlo. La tensión se aligeró un grado y la miró de otro modo.

—Si está intentado ligar conmigo con esa mirada suave y esa sonrisa, le advierto que estoy casada, tengo tres hijos, dos perros y un gato y soy muy feliz. Me gusta mi trabajo, ayudo a la gente, al menos lo intento y no me gustan las insubordinaciones. Sin embargo, aquí no hay rangos ni ninguna otra cosa que pueda llegar a existir fuera de esta consulta. Usted y yo somos personas con problemas que vamos a intentar resolver de la mejor manera posible.

Le caía bien, pero tuvo que sacar a colación el motivo por el que estaba allí.

—Yo tengo problemas, usted no.

—Ojalá eso fuera cierto—respondió mirándolo a los ojos—. Póngase cómodo, vamos a empezar por algo muy básico.

—Si me pregunta por mi infancia...

—¿Quiere hablarme de ella?

—Quiero que dejemos la formalidad. Es agotador. ¿Puedo tutearte, Amelia?

—Dentro de estas cuatro paredes, puedes llamarme hasta mamá, si quieres, y responderé.

—Eres demasiado joven para ser mi madre.

—Entonces supongo que tu madre es vieja.

—Mi madre es una madre. Una cocinera excelente, buena confidente, siempre puedo acudir a ella con mis problemas. Normalmente, acabo engordando un par de kilos cada vez que paso las vacaciones en casa.

—Suenas bien. Mi madre nunca supo cocinar, así que era mi hermana Helen quién se ocupaba de nosotros y somos siete hermanos, con lo que tenía mucho trabajo.

—¿Siete?

—Todos como yo, todos servimos a nuestro país cada cual a nuestro modo. Mi hermano Patrick fue uno de tus SEALs —añadió señalando una foto que descansaba en su escritorio—. Murió estando de servicio en algún lugar desconocido. Era confidencial, así que nunca sabremos dónde, cómo ni por qué.

La pena y la resignación resultaban contagiosas. Sabía muy bien de qué estaba hablando. Su padre también había muerto estando de servicio cuando él era muy joven, apenas si lograba recordarlo. Muchas veces hablando con Jack, se había preguntado si no sería por ese motivo por el que había buscado un hombre tan parecido a su capitán. Era un líder nato, paternalista con todos ellos, y había deseado que ocupara en lugar en su vida que siempre había estado vacío.

—Mi padre no era un SEAL, pero servía en la marina. Era un hombre muy valiente —confesó—, mi madre lo amaba muchísimo. Cuando lo perdimos, lloró durante siete días. Día y noche, sin descanso, hasta que una mañana se levantó, me miró y me dijo que íbamos a tener que salir adelante juntos. Estábamos los dos solos y no podíamos pasarnos la vida lamentando lo que ya no podíamos controlar.

—También lloré a mi hermano, incluso renegué de mi profesión. Patrick y

yo estábamos muy unidos. Fue un duro golpe. Y ahora mi hijo mayor aspira a seguir sus pasos. —Lo miró y negó—. ¿Por qué es tan importante ser un SEAL? La mayor parte del tiempo estáis solos, si algo va mal, es casi imposible un rescate. Sabéis a lo que os enfrentáis y aún así lo hacéis una y otra vez.

—Por la libertad, Amelia. La posibilidad de elegir, de mantener la paz, de proteger a nuestra gente. ¿Sabes lo que es tener constancia de que en muchos lugares de nuestro mundo la gente no tiene la seguridad de que va a poder mantenerse en su hogar, con su familia, a salvo? ¿Que no entrará alguien para arrebatarles todo lo que tan duramente han logrado construir? Nosotros aseguramos que tenemos una oportunidad de ser felices, de mantener a nuestras familias seguras, de acabar con el mal del mundo. Dictadores, guerras, terrorismo... podemos marcar la diferencia, hacer cosas que otros no pueden.

—Entonces ese es el secreto, eres un idealista.

—Quiero hacer algo que estoy capacitado para hacer. Lo he demostrado más de una vez.

—¿Y qué hay de la familia? ¿Del amor? ¿Los hijos?

—No hay nadie en mi vida, a excepción de mi madre, mi amigo Jackson, su mujer e hijas y mis viejos compañeros de equipo.

—¿No hay nadie especial?

Pensó en Warren. ¿Acaso era especial? No estaba seguro de en qué categoría meterlo.

—Tengo un vecino que me saca de mis casillas la mayor parte de los días.

Amelia arqueó una ceja.

—¿Un vecino?

—Sí, maldita sea. Warren es como un mosquito molesto, siempre cerca, picándote cuando menos te lo esperas, pero demasiado lejos de tu alcance

como para acabar con él.

—¿Hablas del mismo Warren que suplicó para que te diera una cita lo antes posible y te liberara finalmente de la obligación de soportar una terapia innecesaria?

No podía decir que sus palabras no lo hubieran sorprendido. ¿Warren pensaba que no necesitaba terapia? ¿En serio? A veces parecía mirarlo como si lo considerara algo peor que un loco descontrolado.

—Warren es... un buen tipo —se apresuró a decir. No quería profundizar más en ello.

—Lo es. Un buen tipo que necesita terapia —añadió, sin perder detalle de su gesto. Sabía que lo estaba estudiando, los psicólogos solían hacerlo, al menos los buenos, y ahora sí se estaba empezando a poner nervioso.

—Eso es asunto suyo.

—Me ha dado permiso para hablar libremente —aseguró Amelia—, de otra manera, no estaría hablando de él. ¿Sabes que perdió a su pareja a causa del cáncer? Gabriel era su nombre y al parecer tenéis cierto parecido superficial, lo que lo hace sentir confuso.

—No quiero hablar de ello.

No quería ni siquiera pensar en ello. Había oído hablar del tipo más de una vez, casi siempre a Jo, la hija pequeña de Warren. La niña parecía pensar que él era algún tipo de regalo para su padre. Si se lo permitiera, estaba seguro de que le pondría un enorme lazo rojo y le obligaría a sentarse junto al árbol de Navidad para convertirse en alguien que no era y que jamás podría llegar a ser. Gabriel había muerto de una desafortunada manera, pero no había nada que él pudiera hacer para cambiar ese hecho.

—Es un buen hombre —aseguró la psicóloga.

—Lo sé. Nunca lo he puesto en duda —aceptó con una aseveración—, pero Warren no tiene nada que ver con mi capacidad para volver o no volver a

mi trabajo.

—En realidad, puede que sí sea la clave.

—¿Vas a chantajearme?

Amelia lo miró con una seriedad que casi lo asustó, casi. La doblaba en tamaño y fuerza, sabía que no tendría problema para someterla si fuera necesario, pero era ella quién tenía la última palabra sobre su situación actual.

—Nunca vuelvas a lanzar una acusación de ese tipo.

Sabía que había cruzado una línea invisible, había forzado demasiado la cuerda y se había roto. Estaba allí con una misión y no le quedaba más remedio que ir a por todas. No podía fracasar. El fracaso supondría la depresión total. El vacío. Su vida ya no tendría sentido.

—No pretendía...

Una llamada a la puerta interrumpió su patética disculpa y casi lo agradeció.

—Doctora Davidson —dijo un hombrecillo que no podía medir más de metro sesenta, con aspecto juvenil y tan flaco como su dedo meñique—, ya es la hora.

—Gracias, Rule —respondió, la ira que había incendiado su pose hacía tan solo unos segundos quedó relegada a un segundo plano—. Voy a terminar mi conversación con este caballero y estaré disponible de forma inmediata.

—Claro —el hombrecillo lo miró y le sonrió, tenía un gesto infantil lleno de travesura. Le recordó a la hija pequeña de Jack y Arizona, Jo, que siempre que planeaba alguna trastada tenía esa misma mirada. Esa exacta mirada...

—¿Qué...?

El bribón desapareció antes de que pudiera decirle algo, no sin dejar de guiñarle un ojo, como si supiera algo que él desconocía. No había sido un flirteo, a pesar del tiempo que hacía desde su última relación, todavía era capaz de captar la diferencia, sino algo más del tipo de «preparate, porque no

sabes lo que te espera. Alguien se va a divertir a tu costa muy pronto».

Lo recorrió un escalofrío, una especie de sensación premonitoria que le advertía que se anduviera con cuidado, porque algo muy gordo iba a pasar.

Y era un SEAL, su sexto sentido jamás había fallado.

Hasta que lo hizo en la última misión, ¿no? Pero aquello había sido la excepción a la norma y estaba muy seguro, completamente convencido, de que ahora llegaba algo peligroso. Probablemente no tanto para su integridad física, como para su integridad mental y sentimental.

Y no estaba dispuesto a ser una víctima, nunca había sido ese tipo de persona y jamás lo sería. Era un luchador, dispuesto para la batalla anunciada o no. No iba a perder, no sin luchar para ganar.

Y si ese diablillo planeaba otra cosa...

«Te estás volviendo paranoico, ni siquiera te conoce». Sacudió la cabeza, tratando de sacarse de la mente el problema y se concentró en fijar la mirada en su nueva loquera, que lo estaba observando fijamente.

—¿Y bien? —carraspeó, tratando de aliviar su incomodidad.

—Espero que no se repita el tipo de acusación que acaba de lanzar, señor Tuckson, nunca he aceptado un soborno y no planeo empezar a hacerlo ahora.

—Lamento haberla ofendido, señora.

Probablemente lo correcto habría sido utilizar su rango exacto, pero se sentía extraño, dirigido a una mujer de su tamaño y tampoco había sido abiertamente irrespetuoso. Además, no estaba en activo, un hombre tenía derecho a relajarse un poco, ¿verdad? Esperaba que no estuviera planeando enviarlo a pasar la Navidad al calabozo.

—Que no se repita —miró su reloj de pulsera y chasqueó la lengua—. Warren va a sentirse decepcionado cuando se entere de que no va a recibir esta mañana el alta, señor Tuckson, pero considero que necesita replantearse algunas cosas y me temo que el tiempo que hemos dedicado a esta charla no

sea suficiente para emitir un diagnóstico apropiado. Le sugiero que dedique las fiestas a pensar en su situación actual, en sus necesidades y a replantearse su futuro. ¿Dónde quiere realmente estar? ¿A quién quiere tener a su lado? ¿Qué está buscando?

—Nadie, ni una maldita persona en el mundo, podría responder a esas preguntas. Ni siquiera un octogenario. Nadie está seguro de la respuesta correcta.

—Me alegra ver que es usted inteligente —sonrió la mujer poniéndose el abrigo y encasquetándose un sombrero de lana rojo, con la bufanda y los guantes a juego—, aunque no esperaba menos de un SEAL.

—¿Doctora Davidson, se marcha? ¿Así, sin más? —Cuando la vio coger su bolso, empezó a ponerse nervioso. No había firmado el alta y no parecía tener ninguna intención de hacerlo.

—Así sin más, le dije que tengo tres hijos y un marido, ¿verdad? Sin olvidar a mis queridas mascotas. Mis vacaciones empezaron hace tres minutos y planeo disfrutar de cada segundo de mi tiempo libre. Si le he recibido hoy, ha sido por Warren, para hacerle un favor y no precisamente para empujarle a sus brazos. Si piensa que él es tan mezquino como para chantajearle de esa manera, o yo tan estúpida como para permitir que me utilicen, es que todavía no está listo para volver al terreno. Reevalúe su vida y a aquellos que le rodean. Aprenda a ver otra vez, porque en mi opinión, su cuerpo y su mente están en perfecto estado para volver al trabajo, pero su corazón... ese está muerto y enterrado. No planeo dejar la vida de un equipo de hombres valientes en manos de un hombre ciego y esa es mi última palabra —concluyó dirigiéndose a la puerta y haciéndole un gesto para que él también abandonara la sala—. Feliz Navidad.

Sam quiso decir algo, específicamente lo correcto para poder librarse de alargar dos semanas más el veredicto. ¿Sería capaz de hacerlo? ¿Soportar la

inactividad y la probabilidad de no conseguir lo que siempre había deseado?

Llegó a la calle y sintió el frío golpearle con fuerza, le cortaba la piel. Algunos copos de nieve cayeron en su pelo, pero odiaba los gorros, tenía la sensación de que le oprimían. Sobre todo desde que había recibido esa estúpida herida en la cabeza que le había costado la mayoría de sus recuerdos.

Ahora había recuperado gran parte de ellos, a pesar de que todavía había algunas lagunas, pero no podía soportar la idea de esa presión, le recordaba a los vendajes y a su cautiverio.

Cerró los ojos con fuerza y respiró profundamente, tratando de controlar el pánico que a menudo llegaba con fuerza y amenazando con hacerle perder el control. Nadie conocía esos episodios, nadie había presenciado una de sus pesadillas, todo el mundo pensaba que lo que él decía era cierto, que estaba bien.

Probablemente, nunca volvería a estarlo.

Tiró de las solapas de su chaqueta y se refugió un poco más en ella, para resguardarse del frío. Le pareció ver un filón verde, pasando a toda prisa a su lado. Un hombrecillo extraño regocijándose de algo que solo él conocía, pero supuso que era solo su mente jugándole otra vez una mala pasada.

Tenía que superarlo. No todo el mundo estaba en su contra. No confabulaban para traicionarlo. Nadie había querido dejarlo tirado y nadie estaba empujándolo en una dirección concreta. La posible relación con Warren era algo que solo estaba en su subconsciente. Le atraía, incluso lo deseaba, había algo en él que llamaba su atención, a pesar de ser diferente a todo lo que hasta ese momento pensaba que deseaba.

Sí, tenía ese aire paternalista de querer tener todo bajo control, pero si uno de los dos era el más fuerte, ese tenía que ser él. No podía permitir que otro ocupara un papel dominante en su vida, porque no iba con su carácter, simplemente.

Jackson se lo había advertido, le había hablado de Warren, su personalidad, incluso le había contado pinceladas sobre su pasado compartido con Arizona, pero no podía mantenerse alejado de él. Tenía algo, una especie de imán que lo atraía en su dirección y le impedía dominarse. Lo convertía en un gilipollas agresivo y malhumorado que le lanzaba pullas constantemente. No tenía ningún derecho a exigirle nada. Eran tan solo dos desconocidos.

Miró hacia el otro lado de la calle, a una pareja que sonreía y caminaban abrazados, con bolsas llenas de regalos y una clara ilusión dibujada en sus miradas. Nunca había estado en ese lugar y se preguntó si algún día, él formaría parte de una relación así. Si alguna vez, sería posible.

Warren acudió a su mente y tuvo que luchar por contener esa extraña sensación de calidez que le advertía que el hombre era mucho más peligroso de lo que jamás se hubiera atrevido a imaginar.

Iba a tener que andarse con pies de plomo y cuanto más lejos de él, mucho mejor.

—No entiendo por qué tenías tantas ganas de venir a esta ciudad. Ni siquiera puede considerarse ciudad, es más un pueblo que otra cosa. Pensaba que eras una chica de la Gran Manzana.

—Vamos, Nick. ¿Acaso has perdido el sentido aventurero? Lugares nuevos, nuevas experiencias...

—¿Nuevas misiones? —preguntó con sospecha.

Sabrina fue toda inocencia, lo que le indicó que sí, algo estaba tramando y, conociendo a su mujer, no podía ser nada bueno. En el pasado, se había quejado constantemente sobre el secretismo que su madre había imprimido en

su trabajo, pero ahora, cuando era más que evidente que su esposa se traía algo entre manos, no podía hacer nada para evitar pensar que no solo iba a tener que dejarla que se saliera con la suya, sino formar parte de la trama.

—Vamos, maridito, no te pongas nervioso. Te prometo que esta vez, no te lo voy a poner muy difícil.

—¿Estás segura de eso? Porque reconozco esa mirada y lleva escrita la palabra «problemas» por todas partes.

—Podrías confiar un poquito más en mí, ¿cuándo he hecho yo algo malo? ¿Algo que te avergüence o incomode?

Nick la miró en silencio, valorando la posibilidad de contestar a esa pregunta, pero terminó descartándolo. Planeaba mantener todos y cada uno de sus privilegios de hombre felizmente enamorado.

—Lo único que me preocupa ahora es no llegar a tiempo para Navidad.

—Siempre lo logras, no veo por qué este año habría de ser diferente.

—Ya sabes... Los hombres somos como niños, nos preocupamos por cosas sin importancia.

—Oh, amigo. El sarcasmo no te va a ayudar precisamente —le advirtió tirándole de la borla de su gorro de lana—. Más te vale que te concentres en ser un buen acompañante hoy. Te recuerdo que me prometiste ir de compras conmigo y no fisgonear en mis asuntos.

—No fisgones, solo me pregunto por qué este pueblo y no otro —se giró repentinamente al tener la sensación de saberse observado. Localizó a uno de sus elfos no demasiado lejos de ellos dos—. ¿Se puede saber qué está haciendo mi seleccionador de correo en Gold River?

Frunció el ceño. Una cosa era que su mujer se dedicara a repartir bolas de Navidad y jugar con la magia ancestral para promover amor y reparar viejos errores navideños y otra muy diferente sustraer empleados bajo sus propias narices y sin pedir permiso.

Iba a dejarle muy claro que...

En cuanto la miró a los ojos, perdió el hilo de sus pensamientos. Parpadeó, tratando de recordar qué le ofendía tanto. Ah, sí. Rule...

—¿Siempre has sido tan bella o es cosa del frío navideño? Y hueles tan bien... —Hundió la nariz en su cuello y trató de salir del atontamiento que lo había apresado momentáneamente.

Sabrina se burló de él con una sonrisa.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué? —preguntó gruñón, dándose cuenta de lo que acababa de hacer—. ¿Acabas de usar la magia del Polo Norte contra Santa Claus?

—Solo probaba si eras inmune y he de decir que no me has defraudado, justo la respuesta que buscaba —le colocó las gafas con el dedo índice y sintió la calidez de sus labios sobre la nariz—. Te amo, Santa, cambia ese gesto. Solo ha sido una broma, te prometo que te lo compensaré más tarde.

Nick sabía que lo haría y ese fue el único motivo por el que le permitió librarse de su ira por esta vez.

Como si fuera capaz de enfadarse con ella o gritarle o cualquiera de esas cosas que algunos maridos hacían en sus hogares. Él no solo no quería hacerlo, sino que no podía. ¿Cómo iba a convertirse Santa Claus en uno de los malos?

Aunque tenía en mente ciertas travesuras que planeaba llevar a cabo lo antes posible. Justo cuando Sabrina se aburriera de comprar y le permitiera abrir una vez más el portal para volver al lugar al que ambos pertenecían.

—¿Qué más necesitas? —le preguntó, sin molestarse en ocultar la impaciencia que lo atenazaba—. Si nos damos prisa, puede que disfrutemos de una fabulosa cena antes de que tenga que revisar la lista.

—¿La lista definitiva, por fin?

Nick se estremeció. No, ojalá fuera la definitiva, pero era el borrador

número 313, que su querido Ron había decidido entregarle para contar con su visto bueno y ya había recibido varios mensajes que hablaban de incidencias que más pronto que tarde, tendría que resolver él mismo.

—Quizá —respondió vagamente—. Ya sabes cómo son estas fiestas, no tenemos descanso.

—No, no lo tenemos.

—Estaría más tranquilo si me prometieras que vas a quedarte en casa hasta el día 26 de diciembre. Después, te acompañaré donde tú quieras.

—Eso sería demasiado fácil, además, no soy ninguna mentirosa, Nick. No me obligues a tener que empezar ahora.

—¿Al menos podrías decirme detrás de quién vas?

—¿Tu madre te lo decía?

—¡Eres mi esposa, maldita sea! Tu lealtad debe estar conmigo.

Sabrina no se enfadó ante su estallido, sino que sonrió y lo besó castamente en los labios.

—Y lo está, pero esto es algo que tengo que hacer. No voy a ocultarte nada, puedes preguntarme lo que quieras. Juro por mi vida que seré plenamente sincera.

—No lo hagas. No sé si quiero que lo seas. Ya tengo suficientes preocupaciones, como para añadir una más.

—Esta es mi misión. La adquirí cuando me enamoré de ti y me siento orgullosa de nuestro trabajo. Es muy importante que lo haga, porque puede que gracias a mi intervención, consiga que dos personas sean muy felices el resto de sus vidas. Exactamente como tú y yo lo somos.

—No me recuerdes otra vez esa tarea que has decidido mantener. Entiendo su importancia, pero igualmente me preocupo.

—Pues deja de hacerlo, por favor, Nick. Sabes que puedo completar mi trabajo sin jorobarla. Los dos lo sabemos. Todo lo que he aprendido sobre el

amor, me lo has enseñado tú y creo que cada día nos vamos haciendo un poco más expertos, ¿no te parece?

—¿Y qué vamos a hacer con los niños? Si vuelvo a encontrarlos envueltos con papel de regalo lleno de caras de Rudolph y un enorme lazo en sus cabezas, voy a gritar.

Sabrina apretó los labios, sabía que estaba esforzándose por no reírse. A todo el mundo le había parecido muy divertido, pero él había tenido que hacer trabajo extra para poder arreglar el desperdicio que había provocado semejante broma.

—Vamos, cariño, no fue tan malo. Lo pasamos bien. ¿No recuerdas lo que sucedió después?

—¿Lo de todo el mundo viendo a mis hijos con el trasero al aire, escapando como si los persiguiera el diablo?

Sabía que estaba exagerando, pero también era consciente de lo mucho que adoraba su lado gruñón. Por alguna extraña razón, pensaba que era de lo más sexy.

Y lo cierto era que Santa tenía ganas de pasar un rato sexy, muy muy sexy, con su mujer.

—Sé lo que estás haciendo —lo advirtió, pero el interés que se había encendido en sus ojos, le dejó claro que estaba de acuerdo con la dirección que habían tomado sus pensamientos.

—Vas a dejarme usar un poquito de polvo mágico contigo, ¿verdad que sí?

—Eres obsceno.

—Qué va, es solo tu mente sucia trabajando —acotó al tiempo que metía la mano en su bolsillo para extraer la mágica herramienta—. ¿Ves? Materia prima del Polo Norte, exactamente lo mismo que tú has querido probar en el jefe de la Navidad. Lo justo es que yo...

El portal se abrió ante ellos antes de que pudiera concluir su enunciación y

fueron arrastrados hacia dentro.

Una forma poco elegante de llegar a casa, pero infaliblemente rápida, de eso no había duda.

Y cuando cayó en su cama, con su mujer encima y completamente desnuda, supo que su pequeña revancha iba a merecer la pena.

¿A quién le importaba un par de bolas navideñas aquí y allá? Tenía mejores cosas que hacer en este preciso momento...

Capítulo 3

Warren bostezó antes de poder evitarlo. Estaba agotado, le había tocado hacer un turno doble en el hospital y apenas conseguía mantenerse despierto.

¿Qué pasaba con el mundo que se ponía del revés cuando llegaba la Navidad? Varias embarazadas se habían puesto de parto al mismo tiempo, con lo que su formación como matrona había sido requerida más de una vez.

Ojalá inventaran un nombre más masculino para la tarea, se sentía insultado cada vez que los padres pensaban que era una mujer y se decepcionaban al verlo. Incluso desconfiaban de él.

El ginecólogo podía ser un hombre, a nadie le molestaba eso, pero ¿la matrona? ¿un hombre? ¡Sacrilégio!

Se frotó la nuca agotado y avanzando por inercia hacia la sala de descanso. Estaba pensando en tomarse otro café y darse una ducha, para despejarse lo suficiente como para coger el coche.

Siendo sincero tenía que admitir que no estaba en condiciones de conducir. Miró su móvil, una lucecita roja parpadeaba indicando que tenía mensajes. Hacía al menos dos días que no prestaba atención al aparato. Primero, porque no había tenido ganas de escuchar el mensaje de la nueva psicóloga de Sam y, después, porque el propio Sam había llamado varias veces para tratar de contactar con él. Era consciente de que no le habían dado el alta, Arizona se lo había dicho la noche anterior, ¿o fue por la mañana? Había perdido el sentido del tiempo, lo único de lo que estaba seguro era de que había hablado con ella.

—Warren —dijo la auxiliar novata. Belinda era su nombre y desde que la había ayudado a resolver algunos problemillas sin importancia, habituales en

el personal de nueva incorporación, lo había acogido de forma protectora bajo su ala. No era joven, podría ser casi su madre, pero tras dedicarse a su familia durante la mayor parte de su vida, se había reenganchado al mercado laboral y había encontrado lo que, al parecer, estaba buscando: alguien a quién cuidar. ¿Y quién mejor que él?

—Buenas noches, ¿ya has terminado?

—Dame las llaves del coche —exigió. Su pose y su tono no dejaban lugar a dudas.

—¿Perdón?

Se preguntó si sus hijos alguna vez se habían atrevido a llevarle la contraria, porque lo cierto era que a él lo asustaba como el infierno. Era incapaz de decir no.

—Las llaves —Negó con la cabeza al tiempo que chasqueaba la lengua—. Déjalo, ya lo hago yo.

Como si lo conociera desde siempre y tuviera algún tipo de autoridad sobre él, le rebuscó el bolsillo del pantalón (que sí, llevaba puesto), como si no tuviera ni voz ni voto en aquello.

Cuando encontró su objeto de deseo, las elevó triunfante en el aire.

—No te van a hacer falta hoy, cariño. Voy a llamar a Arizona para que venga por ti —aseguró—. Aunque es posible que no sea necesario, hay un hombre ahí fuera que pregunta por ti y lo he visto jugar con las llaves de un coche de esos de colección. A mi Jhon le encantan, por eso sé que es de los buenos. Más viejo que yo, seguramente, pero de esos que os vuelven locos a los amantes del automóvil.

No sabía de dónde había sacado que él era un amante de semejantes máquinas. Conducía y lo hacía con precaución. Era necesario, así que no lo pensaba demasiado. Ni le gustaba ni disgustaba, solo era algo que tenía que hacer.

—¿Qué hombre?

Esperaba que no fuera quién estaba pensando, porque no podía estar en más baja forma que ahora. No podía batallar ni verbal ni físicamente contra Sam hoy, no tenía ganas.

—Ese tan guapo. Creo que Arizona me contó que era un amigo de su marido. Un marine muy fuerte e inteligente que quiere hablar contigo. ¿Estás seguro de que no tiene una hermanita pequeña a la que estás cortejando? No me gustaría meterme con alguien como él, pero si te toca un solo pelo...

—Nadie va a tocarle el pelo —carraspeó una voz ronca desde la puerta. Una que solo podía atravesar el personal autorizado, pero ¿qué le importaban a un SEAL las normas? ¡Una mierda!

Se encontró con sus ojos y le mantuvo la mirada. No fue algo valiente ni tampoco inteligente, estaba seguro de que se había dado cuenta de su vulnerabilidad en el mismo instante en que el contacto se produjo. No estaba solo agotado, también aburrido de las apariencias, de mantener una sonrisa que ya no sentía pegada a la cara. Quería dejarse llevar por el dolor de haber perdido a su compañera de vida, odiar a Jack por lo que le había arrebatado y golpear a Sam por la única razón de que estaba vivo.

Estaba destruido, desesperado y hundido en su asquerosa miseria y el SEAL entrenado para localizar el punto débil de su enemigo, lo notó en un mísero momento, que no alcanzaba un segundo, porque todo su cuerpo se relajó, su postura de agresiva y lista para la batalla, pasó a convertirse en un lugar cándido y preparado para ofrecer protección.

Maldito fuera, porque sin importar quién estuviera mirando, quería atravesar la sala y hundirse en su abrazo. Llorar abiertamente toda su angustia y dejarse cuidar, solo durante un ratito. Permitir que Sam cargara con toda su pena y la transformara en un puñado de felicidad.

—¿Qué haces aquí?

Se preguntó si su voz sonó tan rota como le pareció. Rezó para que las lágrimas que luchaba por contener, se quedaran en su lugar, que no se deslizaran por sus mejillas y le dejaran aún más al descubierto.

El cansancio era una putada para un hombre que tenía tantas cosas que ocultar como él.

—Arizona me ha avisado de que ibas a salir tarde, cree que es mejor que no conduzcas. Como Jack no puede, pensó que yo podría acercarte a casa.

—¿Ves? Sabía que íbamos a encontrar una solución —aseguró Belinda, acercándose a Sam y dejando las manos de su coche en la del SEAL—. Asegúrese de que no conduce y de que alguien le trae al trabajo dentro de dos días y no antes. Le toca descansar y es algo que ha hecho muy poco últimamente.

Tras dar las instrucciones que consideró precisas y después de dirigirle una mirada de maestra de toda la vida, que dejaba caro que no podía ni debía llevarle la contraria o se arrepentiría, abandonó la sala sin decir nada más, pero con una satisfecha sonrisa.

Si fuera otra persona, le habría dicho un par de cosas, pero esa mujer tenía la facultad de salirse siempre con la suya.

Suspiró. Las mujeres siempre terminaban metiéndolo en un montón de líos.

—No necesito ayuda, me iré en autobús.

—No hay uno hasta dentro de tres horas —instruyó Sam. Como si no lo supiera, que lo sabía, pero no le apetecía meterse en un habitáculo diminuto con el hombre y escuchar algún tipo de recriminación sobre su baja

—No me importa. Me daré una ducha, echaré una siesta y después me iré en mi coche —extendió la mano—. Dame las llaves. Belinda tiene buena intención, pero puedo ocuparme de mis propios asuntos.

—Creo que no —metió las llaves en el bolsillo de sus vaqueros y se cruzó de brazos, retándolo a tocarlo.

—Mira, no importa. Me iré en autobús, así tenga que esperar tres jodidas horas en la parada.

—Eres testarudo, ¿eh? —bromeó. ¿Tenía ganas de reírse de alguien? No iba a burlarse de él.

—Ni se te ocurra, Sam. No estoy de humor, hoy no.

—¿Qué te va a pasar si subes a mi coche? Juro que no voy a violarte, no soy de esos tipos. Prefiero lo que me ofrecen de buen grado.

Warren miró hacia atrás, buscando algún intruso que hubiera accedido al lugar sin que se diera cuenta. Respiró con calma una vez que se percató que seguían solos.

—Tienes un problema real con esto, ¿eh? —El SEAL parecía asombrado—. ¿Por qué te da tanto miedo que se descubra? No es algo malo, a nadie debería importarle con quien jodes.

—Podrías ser un poco más elegante, ¿no?

—Soy un SEAL, Warren. No sé cuándo va a ser mi último día. ¿Acaso pretendes que mida mis palabras, mis actos y piense en lo que otros, gente que me importa un pimiento, opina sobre mí? Lo siento, pero me valoro demasiado para eso.

—Y de vuelta a la discusión de siempre, ¿no? —Se sentía dolido y por una vez no se molestó en ocultarlo—. Vete.

Las lágrimas abandonaron su prisión, así que se giró para ocultarlas. No podía ni quería hacer eso frente a él. ¿Romperse? ¿Frente a su enemigo? ¡Jamás!

—Joder, no hagas eso. —Maldijo, lo sintió moverse, pero no lo tocó ni se acercó a él. Empezó a dar vueltas por la habitación, como un gato enjaulado.

—Lo sé, los hombres no lloran.

—¿Quién te ha dicho semejante estupidez? Lo voy a matar. —Se atrevió a mirar en su dirección y lo vio desde una nueva perspectiva. Apretaba los

puños y parecía estar tratando de contener su malhumor—. Maldita sea, no me mires como si fuera a golpearte. Jamás voy a tocar un pelo de tu cabeza o cualquier otro lugar de tu cuerpo, a no ser que tú me lo pidas. Y nunca de forma violenta, no soy de ese tipo de hombres. Y si piensas eso de mí, quizá es mejor que me largue y no vuelva a mirar en tu dirección.

Warren se secó las lágrimas con el dorso de la mano y lo miró. Sabía que su cara tenía todas las papeletas de parecer un mapa de ojos rojos y nariz hinchada, pero no le importó.

—¿Entonces por qué vuelves?

—No lo sé —contestó con sinceridad—. Ojalá lo supiera, pero no lo sé.

—Ni siquiera te gusto —se quejó. Ignoraba que el hecho de que eso fuera así le molestara tanto. Sam no era su tipo, ellos dos no podían llegar a nada. Si Gabriel estuviera vivo, se estaría burlando de él en ese momento, porque siempre había asegurado que un hombre de las características del SEAL al que enfrentaba, jamás de los jamases podría levantar mínimamente su interés.

—Si piensas eso, es que todavía tienes mucho que aprender.

Se giró hacia él, lo miró. Había oscuridad y deseo, pero también preocupación en aquellos ojos que parecían atravesarle el alma y ver muy dentro de su cuerpo.

—Te empeñas en compararme, pero él y yo no somos iguales. Me da igual si mi aspecto te lo recuerda. Todos tenemos un jodido doble en el mundo, incluso más de uno, pero por dentro... Eso es lo que importa, Warren. Lo que nos identifica como personas únicas en este mundo. Si esperas que me transforme en tu amor, entonces será mejor que desaparezca.

—Habría sido lo mejor desde el principio.

Sam se giró y se dirigió a la puerta.

—Dúchate, cámbiate y haz lo que tengas que hacer, estaré fuera esperándote. No seas un idiota y no veas más de lo que hay en mi oferta. Solo

soy un tipo devolviendo un favor. La doctora Davidson es una buena pieza y creo que es mi última esperanza. Ayúdame a ayudarte, Warren. Necesito aprender de nuevo a ser yo, porque he olvidado cómo hacerlo.

Sacudió la cabeza, como si quisiera matar a un mosquito molesto y lo dejó de nuevo a solas con sus pensamientos.

Se preguntó por qué pensaba que él iba a marcar la diferencia en su tratamiento, pero prefirió dejarlo para otro día. También dedicó un par de minutos a valorar los aspectos negativos de permitir que lo llevara a casa y podía ser que estuviera muy cansado para pensar en ello, pero tampoco le pareció tan mal. ¿Por qué de pronto parecía que su tristeza y su enfado no eran para tanto?

El cansancio causaba estragos en su intelecto.

Corrió hacia la ducha y se apresuró a prepararse, mejor hacerlo antes de cambiar de idea. Sam no iba a estar allí fuera esperándolo para siempre, ¿verdad?

Rule sintió su corazón latiendo de forma apresurada. Se ocultó lo mejor que pudo entre las sombras y rezó para que la magia polar hubiera surtido efecto. Durante un instante se creyó descubierto, pero pasó tan rápido como llegó.

Había dudado sobre si utilizar o no aquellos polvos con Warren, parecía testarudo y no solían ser muy efectivos en ese tipo de personas, pero también estaba cansado y eso lo volvía vulnerable.

En cuanto implantó en él la idea de ir con Sam a casa, supo que todavía le quedaba otro paso que dar antes de poder volver a la base. El SEAL no iba a ser tan fácil de manipular, pero ni siquiera tenía que hacerlo, tan solo poner en el camino los elementos adecuados para que la historia se desarrollase

exactamente tal y como él quería. Ellos, en realidad. Había sido idea de Sabrina.

Se sacudió la chaqueta verde, no era inteligente permitir que el polvillo extra entrara en contacto con personas neutrales, nadie sabía lo que podría originar en ellos, así que el proceso de limpieza fue breve pero efectivo y se apresuró a seguir los pasos del otro hombre.

Lo vio subir al coche y golpear el volante con furia, para acabar descansando sobre él, inclinado sobre su brazo y tratando de respirar con calma.

Lo reconoció como lo que era, un alma rota y se alegró de que la señora Klaus hubiera aceptado su propuesta. Aquellos dos necesitaban exactamente el empujón que Johanna había pedido.

La dulce Jo, la niña más bonita y generosa del mundo. Algún día se convertiría en una mujer brillante y espectacular, algún día...

No era una elfa, así que fin de la discusión.

Lo desterrarían si supieran en qué estaba pensando. Asentarse con una compañera humana en el Polo Norte era casi impensable. Había alguna excepción pero su familia jamás lo aceptaría.

Si Santa supiera que planeaba casarse en el futuro con una de sus mejores devotas, lo mandaría al olvido y con razón.

Suspiró regañándose al tiempo que su móvil vibraba en el bolsillo.

«¿Primera fase completada?».

«Hecho, señora K. ¿El pez rojo ha pescado el anzuelo?».

«Ja, ja, ja. El pez rojo está totalmente satisfecho y descansando después de su merienda. En las próximas veinticuatro horas tendrás que entregar la primera. Procura que no te vean. La tendrás en tu apartado de correos a las 07:00h. Date prisa, antes de que el gato se coma al canario».

Rule se rio, no pudo evitarlo. Su jefe tenía una buena pieza como esposa,

le daba muchos quebraderos de cabeza, pero también muchas alegrías.

«¿Está segura de que quiere que sea yo el mensajero?».

«Esta es tu misión, Rule. Lo harás bien».

Semejante confianza... Ninguna señora K había entregado a un intermediario una bola de Navidad, ¿verdad? ¡Ninguna! Se sentía muy honrado y bastante nervioso. Tener un papel tan importante en el destino de dos personas era un auténtico regalo.

Y sabía algo sobre regalos. Al fin y al cabo trabajaba para Santa Claus.

«Gracias por su confianza, señora».

«Gracias por tu dedicación, Rule. Mantente en contacto».

Y lo haría, por supuesto que sí, pero ahora tenía que moverse deprisa o no llegaría a tiempo para la fase dos y, viendo que Warren abandonaba el hospital con paso enérgico, parecía que ya estaba en marcha.

Oh, sí. La Navidad estaba muy cerca y ya se podía respirar en el aire.

Capítulo 4

Sam no dijo ni una sola palabra cuando Warren abrió la puerta del copiloto y montó en silencio a su lado. Se limitó a ponerse el cinturón de seguridad y arrancar el coche. Graduó la calefacción, había empezado a parecer un congelador, de no haber salido cuando lo hizo, quizá se habría encontrado con un cubito de hielo.

Lo cierto era que había estado en lugares peores y con más frío, había sobrevivido, así que este solo era un agradable paseo por el campo. Le había venido bien enfriarse, no porque estuviera cachondo, en realidad, sino porque su ira había necesitado ese tiempo fuera para permitirle pensar como una persona civilizada y racional.

—Hace frío aquí —masculló Warren entre dientes—. Siento haber tardado tanto.

—Me gusta el frío, recuerda que suelo dormir en una tienda de campaña. Esto es casi el Rich.

—¿Por qué?

No supo qué decir a su pregunta. ¿Por qué? ¿Por qué, qué?

Lo miró, esperando que añadiera algo más. Dando tiempo al vehículo para que desempañara los cristales antes de abandonar el aparcamiento.

—¿Por qué has venido por mí? ¿Por qué me estabas esperando? Dime la verdad, ¿te ha obligado Jack?

Soltó una carcajada, porque no podía hacer otra cosa. ¿Jackson? ¿Obligarlo? ¿A él? ¿Por favor!

—Imposible, Jack no puede conmigo —dijo con diversión—. Además,

nadie puede obligarme a hacer algo que no quiero hacer. Lo dije en serio, solo es una especie de «gracias». Creo que voy a ganar con el cambio de loquero y ha sucedido porque tú has intervenido. No voy a darte un beso o un millón de dólares, así que tendrás que conformarte con un paseíto a casa en carruaje.

Warren casi sonrió. Apenas fue una mueca, pero lo ayudó a sentirse un poco mejor.

—Mira, siento lo que ha pasado ahí dentro. No era mi intención volver a tensar las cuerdas. Sé que a veces me paso de listo, pero es deformación profesional. Sabes a qué me dedico, tomo decisiones en un segundo y tengo que vivir con ellas cada día de mi vida. Ver que te cuesta tanto aceptarte, me resulta extraño y casi insultante. No es nada personal, es solo mi carácter.

—He tenido un día muy largo, no estoy capacitado para una conversación trascendental. ¿Te importa que lo dejemos para mañana?

—Solo si respondes ahora a una cosa. ¿Por qué me evitas?

—Porque eres peligroso para mí.

Sam frunció el ceño. ¿Peligroso? Sí, lo era, en casi todos los contextos, pero con Warren, no. No iba a hacerle ningún daño.

—Lo he dicho en serio, no pretendo hacerte daño. No peleo por placer, solo para ayudar a alguien que merece ser salvado, cuando la ocasión lo amerita. ¿Eso me convierte en un malvado?

—Jackson me ha dicho que eres un intelectual, pero me resulta difícil conjugar lo que él me ha contado con lo que yo veo.

Sam no sabía qué contestar a eso, porque ya no era el hombre que Jack conocía. Dudaba que pudiera volver a serlo. Ahora había algo muy oscuro en su corazón, que a menudo le daba miedo. ¿Qué pasaría si se lo confesaba a Warren? Probablemente, saldría corriendo del coche y no volvería a verlo.

Bueno para su cabeza, pero malo para su corazón. El hombre parecía tener algún tipo de habilidad para procurarle paz, por extraño que pareciera.

—No sé qué decir —respondió con sinceridad fijándose en que el cristal volvía a ser transparente de nuevo—. Supongo que tienes ganas de volver a casa.

Arrancó y se dirigió hacia la carretera en silencio. No puso la radio, odiaba que el ruido lo interrumpiera cuando conducía. Amaba el silencio, a pesar de que el mundo nunca estaba callado. Los pequeños ruidos acudían a sus oídos con mucha facilidad. No solo porque había sido entrenado para escuchar hasta la más mínima huella de sonido, sino porque amaba el detalle de saber que no estaban solos.

Si afinaba su oído lo suficiente, podría escuchar el latido del corazón de Warren, estaba seguro. Y al igual que a los bebés, que se relajaban con el rítmico pulsar del corazón materno, él lo haría, porque el enfermero era paz en estado puro, incluso si tenía la facultad de incendiar en apenas un instante su ira.

—¿Por qué llorabas?

—¿No íbamos a dejar las conversaciones transcendentales? —preguntó su copiloto—. Es demasiado largo de explicar. Ha sido un día muy largo y la presión sale de alguna manera.

—¿Ha sucedido algo malo en tu trabajo?

—No. La verdad es que no siempre se llora por algo malo, a veces lloras de emoción.

—Pareces triste, no feliz —aseguró, preguntándose en qué momento había empezado a fijarse en las emociones del otro hombre. O por qué le importaban.

—He traído a cuatro bebés al mundo hoy, permíteme disentir. No estoy triste, solo cansado. El estrés a veces me hace llorar.

—Y te presioné demasiado.

—No sabías que me sentía un poco vulnerable, así que no eres culpable de

nada.

Sam negó. Warren se equivocaba. Desde que había puesto un pie en aquella sala, había sabido que algo no estaba bien en él. Había visto el cansancio y los nervios. Incluso el hecho de que parecía haberse dado por vencido.

—¿Te deprime ver nacer a los niños?

Warren sonrió.

—No. En realidad, esa es la mejor parte de mi trabajo. Además, tuvimos tres niños y una niña muy sanos, a pesar de que uno de los niños nació con bajo peso, va a estar bien. Pasará unos días en la incubadora y después podrá irse a casa. Sin embargo, y a pesar de que mucha gente piense que una vez visto un nacimiento vistos todos, cada vez es como un milagro. Me toca por dentro y me vuelve débil y lloroso como una mujercita decimonónica atrapada dentro de un enorme vestido con un apretado corsé.

La comparación le resultó terriblemente cómica y se rio abiertamente.

—Lo cierto es que no te imagino.

Warren no hizo ningún gesto, pero sí había un intento de sonrisa mucho más real que el anterior, dibujado en su rostro. Por algún motivo que no alcanzaba a comprender, eso lo reconfortó.

—No me van mucho los vestidos, en ese aspecto tengo que darte la razón. ¿Y tú? ¿Alguna vez has visto nacer a un niño? Jackson ha contado algunas cosas, toda información no clasificada por supuesto, sobre alguna de las misiones. Creo que habló sobre algo que sucedió en Brasil.

—¿Brasil? —se encogió de hombros—. No recuerdo eso. Ten en cuenta que todavía tengo momentos perdidos. Puede que Jack haya dicho la verdad o no, quizá solo estaba fanfarroneando delante de su chica.

—No lo creo —rechazó de antemano Warren—. Jack es un buen tipo y te tiene en muy alta estima. Yo diría que te admira.

—Jack era mi mejor amigo. Un hermano.

—¿Era?

No estaba preparado para entrar a debatir eso.

—La verdad es que sí recuerdo un nacimiento en medio de la selva, puede que fuera Brasil o cualquier otro lugar. Estábamos saliendo de zona hostil, tratando de salvar a un pequeño grupo de rehenes y esa mujer empezó a gritar como si la estuvieran matando. Jack conducía y *Ironman* y yo íbamos en el remolque. El tipo solo sabe de ordenadores —bromeó— y nuestro médico había quedado atrás, ocupándose de... bueno, eso sí es clasificado —carraspeó y continuó—, la cosa es que me vi allí, en medio de aquella escena que parecía sacada de una película mala de humor y no sabía por dónde empezar.

—Supongo que no tuviste otra opción que proceder a atender a la mujer.

—Proceder, sí, exactamente —sonrió una vez más. Hablar con Warren y no discutir con él podía ser entretenido. ¿Cuánto tiempo hacía que no se comportaba como una persona normal? ¿Como el tipo risueño y agradable que solía ser?—. La cosa es que si me hubieras visto, no habrías podido parar de reír. Estaba acojonado.

—Si hubiera estado allí, yo me habría hecho cargo de la situación. Hay muchas cosas que pueden ir mal en un parto, si no hay un médico disponible para encargarse. O una matrona.

—Por suerte ese fue un parto fácil. —Se encogió de hombros—. En aquel momento me habría venido muy bien tenerte allí.

—Los tipos como yo somos útiles en cualquier situación —parecía más relajado cuando habló, de hecho se había acomodado en el asiento y había cerrado los ojos—. Qué cómodo es tu coche.

Parecía vulnerable allí con los ojos cerrados. Intentó pensar en su capitán y compararlos, pero fue incapaz. No porque no pudiera recordar al otro

hombre, sino porque eran tan diferentes como la noche y el día y, aún así, le hacía algo que no quería ni pensar.

—Descansa, voy a llevarte sano y salvo a casa.

—Lo sé —Y no había asomo de duda en sus palabras. ¿Confiaba en su habilidad como SEAL o en él como hombre?—. Y no te pareces tanto a Gabriel como todos dicen, cada vez te pareces menos.

Estaba medio dormido cuando dijo aquello, probablemente, ni siquiera era consciente de que había pronunciado las palabras en voz alta.

Podía preguntar, medio dormido, ni siquiera recordaría la conversación, pero cuando admitiera que era él, Samuel Tuckson, quién le gustaba y no algún recuerdo del pasado, quería que estuviera muy despierto y que fuera plenamente consciente de ello.

No iba a jugar con ventaja. Pasara lo que pasara entre ellos, iban a ir en igualdad de condiciones al terreno de juego.

SEAL o no, los dos merecían tener a mano las mismas armas para ganar.

Ryder golpeó con insistencia la puerta de la oficina de Sabrina, estaba abierta, así que se preguntó por qué no entraba sin más. Ya lo había invitado a hacerlo en varias ocasiones.

—¿Qué sucede? —preguntó a la vez que le hacía un gesto animándolo a acercarse.

—Buenas noches, señora K. Su esposo ha estado preguntando por Rule y no sé qué otra excusa inventar.

—¿Nick te ha estado incomodando? Deja que yo me ocupe de él. ¿Has tenido noticias de nuestro amigo en común?

—Se niega a desvelar cualquier información sobre la misión —se quejó. Sabrina pudo ver que se mostraba un poco resentido—. Supongo que ya no

confía en mí.

Se preguntó si Ryder podía suponer un problema, no era algo que se pudieran permitir, no con una historia como la de su nueva pareja a la vista, en juego. Así que ¿le importaría mucho a Santa Claus perder a otro de sus elfos en honor a su alta causa? Sonrió, sabiendo que encontraría la manera de gratificarlo.

Hacía unas galletas de jengibre realmente deliciosas.

—¿Te gustaría ayudar a Rule? Lo hemos hablado y estoy convencida de que le alegraría tenerte cerca. Además, tengo una segunda misión en mente que lo involucra y de la que no puede tener conocimiento alguno. —Había surgido como de la nada, había pensado ocuparse ella misma en persona, pero visto lo visto, un elfo envidioso quizá podría hacerlo para purgar su capital deseo y no llevarse un saco de carbón en Nochebuena...

—¿Cómo podría ayudar? No puedo abandonar el departamento de correo tradicional. Muchos niños siguen confiando en nosotros para hacer llegar sus deseos a Santa.

Eso era cierto, pero también había escuchado rumores de que se iba a reciclar no solo al departamento, sino a los integrantes de él. Reubicándolos en otros lugares estratégicos de la fábrica. Le preocupaba la reacción del pequeño equipo, especialmente cuando Rule aseguraba que no iba a establecer una tregua con las nuevas tecnologías.

No importaba, encontrarían una solución.

—Tengo una misión muy especial para ti, de la que Rule no puede tener noticia. ¿Lo harás por mí?

Los ojos del hombrecillo se iluminaron de orgullo y curiosidad. Todavía se sorprendía cada vez que veía el respeto y la aceptación en aquellas gentes. Había llegado y la habían recibido con los brazos abiertos, como si siempre hubiera pertenecido al Polo Norte. Tenía que agradecer a Nick que la hubiera

involucrado en cada aspecto y que confiara en ella de la manera en que lo hacía.

Amaba a ese hombre, a su marido, su compañero de vida y el padre de sus hijos.

Una sonrisa tonta y el despiste propio del enamoramiento, la mantuvieron distraída un ratito. Nunca hubiera imaginado que el amor fuera algo tan magnífico y tan fuerte.

—¿Señora K?

—Empezarás esta misma noche. Solo queda una semana para Navidad y el tiempo apremia.

—¿Qué es lo que espera de mí?

—Lo primero que tendrás que hacer es pedirle a mi marido unos días libres y después quiero que vayas a Gold River, el lugar en el que está Rule, y que hagas entrega de este paquete.

Se levantó y sacó de una de las estanterías una pequeña caja envuelta en papel de regalo blanco, con imágenes de un Santa simpático y un enorme lazo rojo, del que colgaba un pequeño sobre con un nombre y una dirección.

Sabrina sonrió, esa Navidad Johanna Shaw iba a recibir mucho más de lo que había pedido, solo esperaba que todo saliera tan bien como había planeado.

De lo contrario, Nick iba a echarle una buena bronca y además, odiaba meter la pata. Ññ'ñ'ñ'ñ

—Ve, Ryder, y lleva la alegría de la Navidad con tu presencia.

—Sí, señora K. Feliz Navidad.

Y antes de que pudiera responderle, con el regalo bajo el brazo, corrió lejos de su alcance.

Sabrina observó el retrato que habían hecho solo un año atrás, con toda su querida familia reunida, y se preguntó cómo era posible que pasara tan rápido

el tiempo.

Se estaba haciendo mayor y nunca había estado más feliz de ese hecho.

—Juegas con fuego, esposa.

—Nick.

—¿De verdad crees que puedes ocultarme algo? —la abrazó antes de que pudiera disimular su sorpresa—. Te amo, pero eres una mentirosa muy mala. ¿Cuántos años va a tener que esperar Ryder antes de poder volver a casa?

—No soy tan mala.

Nick arqueó una ceja y negó.

—No, no lo eres. Solo te falta mucho que aprender sobre nuestras leyes —suspiró y la besó en la nariz—, pero lo cierto es que se lo merece. Vino a mí y me contó con vivo detalle todo vuestro plan.

Sabrina lo miró sorprendida. No podía creer que ese envidioso elfo de malas pulgas.

Miró ofendida al hueco vacío de la puerta y luego miró a Nick.

—Me las va a pagar.

—Olvídate de él, Ryder va a tener su justo castigo. Cumplir la misión que le has encomendado.

—¿Piensas que mis misiones son castigos? —preguntó apenada. ¿No comprendía lo importante que era transmitir, repartir y fomentar el amor?

—No, mi amor. Tus misiones son bendiciones, excepto para mis elfos, que no tienen ni idea de a qué se exponen, una vez que abandonan el Polo Norte, sin una causa loable, solo por pura envidia cochina. —La miró y la besó con dulzura solo para apartarse otra vez, con un suspiro—. ¿Sabes que te amo más que a nada en este mundo? ¿Sabes que quiero compartir contigo cada segundo de mi vida, los buenos, los malos, los felices y los frustrantes?

La miraba como si esperaba que dedujera algo, pero le estaba costando, porque todavía no podía quitarse de la cabeza la traición de aquel

desgraciado.

—Nick, no sé qué quieres que entienda. Dilo sin más.

Santa Claus suspiró y negó con diversión.

—Pues que independientemente de que queden siete días, ocho horas, veinte minutos y trece segundos para el día más estresante de mi año, tienes un copiloto en esta aventura. Cuenta con Santa Claus para tu causa, señora K, porque este año este matrimonio va a quemar rueda en Gold River. ¡Y que vivan las vacaciones en familia! Y las buenas causas románticas.

—¿Quieres decir que vas a venir conmigo a entregar mi magia?

Nick la miró ceñudo.

—Nuestra magia, querrás decir.

—Sí, sí. Nuestra. Lo que tu digas, cariño. ¡Te amo, Nick! ¡Te amo! ¡Te amo! ¡Te amo! —Lo llenó de besos, porque sin importar que estuviera entrometiéndose en su terreno, sabiendo qué pensaba él sobre aquellos líos, la reconfortó saber que de verdad iba a poder contar con él.

—No vamos solos, nos llevamos a los niños. Quizá no deberías alegrarte tanto.

—¡Son nuestros hijos!

Nick la miró con duda.

—¿Tú crees?

Sabrina se mostró indignada.

—¿Me estás acusando de algo?

—Santa Claus, cierra tu boca —se dijo, provocando su risa. Sabía por qué dudaba, no era una duda real, tan solo una vieja broma. Eran tan traviesos que a menudo dejaban las travesuras de su padre en vergüenza, al menos eso decían los registros más viejos—. La cosa es, querida esposa, que vamos a entrometernos en la vida de esos dos pobres hombres. Que los dioses nos protejan.

—No seas exagerado.

—Créeme, no lo soy.

Sabrina puso los ojos en blanco, pero no podía discutir con él, porque se sentía feliz por su propuesta. Sí le molestaba que se hubiera enterado, iba a hablar muy seriamente con Rule sobre la necesidad de secreto en su trabajo, pero por otro lado, tener al hombre que dirigía todo el cotarro para ayudarla en esta misión especial iba a valer la pena.

—¿Cómo planeas intervenir?

—Deja que sea mi famoso carisma quién nos saque del aprieto —comentó muy seguro de sí mismo.

Y Sabrina se preguntó si no tendría que arrepentirse de esto.

Capítulo 5

Warren se preguntó qué sucedía, cuando Sam detuvo el coche y se acercó a él para susurrarle el oído.

—Hay alguien en tu casa.

Se sobresaltó con el contacto. En algún momento se había quedado profundamente dormido y el olor a limpio y la calidez del hombre le habían resultado reconfortantes y estresantes al mismo tiempo. Algo extraño en lo que ahora, precisamente, no tenía tiempo para pensar.

—¿En mi casa? Serán las niñas —se estiró para abrir la puerta, pero el otro hombre se lo impidió.

—Quédate aquí. Entraré a ver, no parecen amigos. Han forzado la cerradura, ¿ves?

La puerta oscilaba con el frío aire nocturno y si parecía provenir algún ruido de dentro. Nunca habían entrado a robar en su casa o en la de algún vecino, que el supiese, era extraño e inquietante.

—No entres. Si hay alguien dentro, podría hacerte daño. Llamaré a la policía.

Sam lo miró con impaciencia.

—Un policía de pueblo no va a hacer mi trabajo mejor que yo. Quédate aquí, no me obligues a noquearte. Entraré sin que se enteren de que estoy dentro. Voy a tardar siete minutos en librarme del intruso, como mucho, no te muevas.

Warren lo sostuvo por la solapa, para retenerlo un instante más y tragó saliva asustado.

—Ten cuidado.

El otro se limitó a asentir, pero no le dijo nada reconfortante, tan solo se desvaneció dejándolo allí solo en la oscuridad. Bloqueó las puertas como un cobardica y se sentó a esperar, el sueño había pasado, ahora solo quería salir de allí, para bien ser con Sam a su lado. ¿Y si algún torpe ladrón le disparaba y por casualidad acertaba a darle en el corazón y se desangraba en el suelo antes de que pudiera llegar hasta él? ¿Y si por su culpa no podía tener la oportunidad de volver a hacer aquel trabajo que tanto amaba porque estaba muerto? ¿Y si no podía volver a enfurecerse por sus toscas maneras y exigencias? ¿Y si...?

La puerta se abrió de golpe, ni siquiera tuvo tiempo de darse cuenta de ello, cuando vio a Sam entrando en el coche y guardando un arma, aparentemente cargada en la guantera, rozándole las piernas en el proceso.

—Solo era un gato.

—¿Has entrado en mi casa armado y le has apuntado a un gato? ¿Acaso estás loco? —Salió nervioso y demasiado rápido. Tan rápido que se tropezó con sus propios pies y de no haber sido por la habilidad de Sam habría acabado en el nevado suelo, empapado hasta los huesos.

—Ten cuidado por dónde vas. —El contacto produjo un chispazo entre los dos, Warren lo sintió y sabía que el SEAL también lo había hecho. Lo soltó tan deprisa, después de estabilizarlo, y puso tanta distancia entre los dos como pudo, que dejó claro lo que había sentido.

—He revisado la casa. Ha entrado alguien, pero ya se ha ido. Puede que se hayan llevado algo, no lo sé, han sido bastante torpes, han destrozado la cerradura, pero puedo arreglarla de forma temporal hasta que consigas cambiarla —hablaba sin parar, como si no quisiera que pronunciara una palabra que lo condujera a algún lugar al que ninguno de los dos quería ir.

—Sam, ¿estás bien?

El soldado alzó la mirada y asintió, pero había un gesto duro en su cara.

—No lo parece.

—Lo estoy.

—¿Qué te pasa? Te tiemblan las manos, nunca te he visto así.

—Estoy bien —respondió de nuevo, afianzando su respuesta con un gesto afirmativo—. Te acompañaré y lo arreglaré. Puedo hacer guardia esta noche, para que te sientas seguro hasta que amanezca. Solo son unas pocas horas.

—No creo que sea una buena idea...

—Joder, me quedaré en la calle. No voy a...

Warren lo miró repentinamente furioso.

—¿Por qué siempre piensas lo peor de mí? —se acercó a él y le dio un empujón. El otro hombre se tambaleó, probablemente porque no se lo esperaba—. Eres un idiota, un valiente tonto que no piensa en su propio bienestar. ¿Y si te hubieran disparado? ¿Y si te hubieras tropezado en la oscuridad y te hubieras roto el cuello? ¡Te odio! ¡Odio lo que me haces!

—Warren, tranquilízate. Lo he hecho mil veces, un millón. ¡Es mi trabajo!

—¿Tu trabajo? ¡Una mierda!

Volvió a empujarlo, Sam le sujetó los puños, pero estaba tan furioso con él, que no pudo sostenerlo y cayeron rodando al suelo. Puede que no estuviera entrenado para el combate, incluso que estuviera tan cansado que no sabía a quién pertenecía su cuerpo, pero la adrenalina producida por el miedo tenía un gran poder.

—¡No vuelvas a ponerte en peligro! ¿Y si mueres? —Esa pregunta lo bloqueó. No podía llorar, no podía gritar, no podía moverse. ¿Y si Sam moría? ¿Y si un desafortunado accidente terminaba con su vida? ¿Y si una odiosa enfermedad se lo arrebatara?

Trató de alejarse de él, pero esta vez el otro hombre no se lo permitió. Lo amarró con fuerza contra el suelo y lo miró.

—No voy a morir. Mírame, no moriré. Hoy no.

Warren apartó la vista, cerró los ojos. No quería mirarlo. No quería pensar en lo que le pasaría a él si algo así ocurría. No quería ni imaginar cómo iba a seguir adelante si lo perdía por segunda vez.

Samuel y Gabriel no eran la misma persona, pero ambos, por razones diferentes, se habían sumergido en su alma tan profundamente, que imaginar un mundo en el que ninguno de los dos estuviera...

Moriría en su lugar. Lo haría una y mil veces. Estaba cansado, tan cansado de luchar.

—No puedo más —susurró y Sam no dijo nada. No hizo nada, se quedó allí mirándolo, como si esperara un nuevo golpe o alguna reacción por su parte. No la obtuvo—. Estoy tan cansado de todo...

Llevaba semanas batallando con la certeza de que estaba luchando contra una depresión. Ya había salido de ella una vez, pero silenciosa y traicionera había vuelto a colarse en su vida sin avisar. Solo las peleas verbales con aquel hombre al que no quería ni podía desear, habían marcado la diferencia, la habían mantenido en los límites, como creando un escudo protector.

¿Y si hubiera muerto, qué habría sido de él? Era egoísta, un maldito egoísta que no merecía nada.

—Todo irá bien. No creo que se hayan llevado nada de valor, lo analizaremos juntos —murmuró ayudándolo a levantarse, pero las piernas no lo sostenían, así que sorprendiéndolos a ambos, lo cogió en brazos y lo miró—. A la mierda con los vecinos, si ven que vean.

Y por extraño que pareciera, a Warren no le importó.

Ninguno de los dos pensó en Jo, su más interesada vecina, que habiendo escuchado el inesperado ruido de la pelea, se había asomado a la ventana para ver a su padre y a Sam empezar a cumplir su deseo.

Cuando Warren entró en el cuarto de baño, una vez que se aseguró de que no había nadie acechando allí dentro, esperando para hacerle daño, Sam se permitió relajarse. Se dejó caer contra la pared, poniendo todo hecho un desastre y sabiendo que más tarde tendría que correr con los gastos de la pintura, pero no le importó. Había detectado algo allí, algo más allá del allanamiento que no lo dejaba tranquilo. No sabía qué era, pero estaba preocupado por Warren. Alguien había escogido su casa por una razón, no tenía pinta de ser algo fortuito. No habían dedicado tiempo a revisar si faltaba algo o no, el enfermero estaba exhausto y no solo por la falta de sueño. Si él mismo batallaba contra el estrés postraumático, Warren luchaba contra algo tan profundo e igual de retorcido. Puede que hubiera enterrado muy profundamente esa vieja pena, pero había vuelto para morderle el culo y dejarle muy claro que seguía vivita y coleando.

Y, según se temía Sam, él era el culpable. Verlo reabría diariamente viejas heridas, algo que le hacía daño. No quería ocasionar semejante dolor a un hombre que no lo merecía. A pesar del antagonismo entre los dos, siempre le había ofrecido una mano amable, cada día, cada vez que su batalla verbal iba más y más lejos, Warren le demostraba que sin importar los detalles de esta extraña relación, iba a estar ahí para ayudarlo.

A él, un virtual desconocido. Un SEAL desmemoriado que ya no se sentía capaz de confiar ni siquiera en su mejor amigo.

—Deberías irte a casa —le dijo el otro hombre, que había abierto la puerta en algún momento mientras estaba perdido en sus pensamientos. Toda una proeza, si pensabas que estaba entrenado para detectar el más mínimo movimiento. Quizá su psicólogo tenía razón y no estaba listo para esto. Durante un momento, cuando se internó en la oscura casa, había dudado sobre

sí mismo. En el instante en que el gato se hizo notar, se dio cuenta de que la mano con la que sujetaba el arma había empezado a temblar. No se trataba de miedo, solo un viejo flashback de algo que había acudido a su mente, exigiendo atención. Algo que ahora ni siquiera tenía importancia.

—No estoy aquí para molestarte, solo quiero asegurarme de que estás bien —se incorporó, estirándose y tratando de disimular la fea mancha que había dejado en la pared. Parecía que siempre estaba importunando a Warren, comportándose como un capullo maleducado. Con razón no quería saber nada de él—. Si dejas que me quite la mugre de encima, me quedaré en tu sofá. No voy a molestar.

—Duermes en la casa de al lado. ¿No crees que escucharías el alboroto, si alguien tratara de matarme?

La pregunta abandonó sus labios cansados, no quería que se fuera, comprendió, solo le estaba dando la oportunidad de largarse sin mirar atrás, pero lo vio. Vio algo que nunca imaginó que estaría allí. Necesitaba un apoyo, alguien en quien confiar.

—No es por ti, es por mí. Me quedaría más tranquilo. No voy a poder dormir en la otra casa y aquí conseguiría relajarme. ¡Juro solemnemente que no voy a violarte!

—Deja de decir gilipolleces. Jamás te he acusado de nada.

Sam lo miró, la sonrisa tiraba de su cara, podía sentirla. Hacía mucho que no tenía ganas de reír, pero ahora sí, porque empezaba a ver la rendición por parte del otro, algo que no creía posible.

—Era una broma —aseguró, esforzándose por aparentar una calma que no sentía—. ¿Me permites...?

Warren puso los ojos en blanco, impidiéndole continuar.

—Te permito lo que quieras —respondió. Sam sabía que no había querido decir lo que él podría entender, así que se recordó que su interlocutor estaba

realmente cansado, después de un largo y agotador turno doble, lleno de nacimientos. Emoción y cansancio unidos, empezaban a hacer mella en él.

—¿Tienes toallas y un pijama que pueda utilizar?

—No tengo pijamas, hay toallas en el armario del lavabo. Te traeré un pantalón de chándal.

Sam no quería pensar en cosas que no debía, pero una duda, curiosidad más que otra cosa, surgió en su cerebro. No era un hombre que pudiera con el suspense, así que hizo la pregunta que rondaba por su cabeza:

—¿Cuando estabas casado con Arizona, dormías desnudo?

Warren se encogió de hombros, sin darle importancia.

—Arizona no tenía problema con eso y la verdad es que odio sentirme atado en la cama —bostezó sonoramente—. De todos modos, en invierno uso la ropa interior o cuando sabía que había posibilidades de que mis hijas se afiliaran al calor paternal por la mañana —bostezó una vez más y añadió—: siento mucho haberte pegado.

—Vamos, esto no ha sido nada. Una caricia de dos amigos que pretenden que ambos tienen razón —se encogió de hombros—. ¿Alguna vez la deseaste?

Warren lo miró, no parecía aturdido, como si el cambio de tema no le afectara en lo más mínimo.

—Ojalá lo hubiera hecho —confesó girándose y perdiéndose al final del pasillo.

Sam se preguntó el porqué de su interés. No se comprendía a sí mismo. Algo había cambiado, porque solo podía pensar en descubrir el misterio que era Warren Shaw. Saber por qué actuaba como lo hacía y por qué había tomado la decisión de esconderse en una relación que no había tenido sentido.

Era un hombre peculiar. Atractivo por fuera, con una sabiduría infinita reflejada en los ojos y una fortaleza que muchos desearían para sí, pero también con esa disfrazada de necesidad de un apoyo. De la compañía de un

protector, alguien en quien poder confiar para caerse y levantarse una vez más.

Iba a entrar al baño cuando decidió mandar todo a la mierda, si dejaba pasar este momento, no volvería nunca. Avanzó en la misma dirección en que el otro se había perdido y abrió la puerta del dormitorio para descubrir que estaba profundamente dormido en una butaca que parecía demasiado pequeña para él.

Entre las manos tenía una fotografía enmarcada, a punto de caer al suelo. En la imagen un Warren más joven abrazaba a un hombre que si bien se parecía físicamente a él, carecía de la dureza que el tiempo le había impreso a fuego en la piel.

No tenía su musculatura, su piel era un tono más pálida que la suya y sus ojos estaban llenos de inocencia. Era más un niño que un hombre, quizá tendría veinte años, como mucho, no parecía el tipo de pareja que Warren elegiría.

Sin embargo, nadie mandaba en el corazón, eso era algo que había aprendido por sus propios medios.

Depositó la foto en la cómoda y alzó al hombre entre sus brazos, sin pensar en lo que estaba haciendo. Cuando lo dejó sobre la cama, lo contempló un momento, bajo la tenue luz de la lámpara y se preguntó si alguna vez ellos dos llegarían más allá de aquel angelical ex, que había dejado un agujero tan profundo tras su partida.

Negó para sí, no debía pretender parecerse a nadie, no podía hacerlo. Si alguien lo quería, iba a tener que aceptarlo tal y como era, con sus escasas virtudes y sus muchos defectos, incluido su malhumor y su carácter autoritario. ¿Sería Warren capaz de lidiar con él? Tenía sus dudas. Ambos eran fuego y solo había dos posibilidades, o repelerse al entrar en contacto de repente, tal y como decían las leyes de la naturaleza o crear uno más grande, tan inmenso que nada ni nadie fuera capaz de apagarlo jamás.

Abrió el armario, encontró unos pantalones y una camiseta que le podrían servir y salió del dormitorio, cerrando con suavidad tras él.

Mañana sería otro día y haría bien en desaparecer antes de que un Warren en plena capacidad de raciocinio se despertara y quisiera acabar definitivamente con él.

Capítulo 6

Rule observó disgustado la bola de Navidad que iba a tener que entregar. Había escuchado rumores al respecto, pero nunca esperó que no fuera más que un puñado de agua turbia y sucia. Por más que la agitó, no apareció nada.

La base era de madera de roble, pulida y barnizada, pero muy anodina. No había nada especial en ella que hablara de Navidad o amor. Había vivido toda su vida con la magia y, de pronto, todo estaba siendo tan real que se planteaba su deseo de viajar y permanecer en el mundo de los humanos.

Cuando miraba a Sabrina veía Navidad, cuando se concentró en la bola de nieve que debía entregar a Samuel, solo vio realidad. Una que no le parecía nada atractiva.

«Estaría mejor en el Polo Norte, haciendo mi trabajo».

Su vieja ilusión parecía ahora un castillo de naipes que se había desmoronado con el más leve soplo del viento. Tenía que encontrar un pilar básico y potente para fundamentar lo que deseaba en el futuro. Reevaluación de su situación actual, para tomar buenas decisiones de cara a los días que estaban por venir.

»Voy de camino a Gold River. La señora K me ha encargado una misión secreta. No puedo hablar sobre ello, ni siquiera contigo, Rule. No me sonsaques. Tiene que ver con Johanna Shaw.

»¿Qué pasa con Jo? —escribió tan rápido como pudo y lo envió sin pensar que estaba demostrando un interés que ni Ryder ni ningún otro elfo debían conocer.

»¿Jo? ¿Qué te pasa con esa niña? No podemos involucrarnos con ninguno. Somos mensajeros —sonaba a reproche y advertencia.

»Nuestra vida son los niños, por supuesto que nos involucramos — aseguró, sin entrar a dar más detalles—. ¿Qué misión te ha encomendado la buena de la señora K?

»No te lo voy a decir. No me presiones.

Rule conocía lo suficientemente bien a Ryder como para saber que no necesitaría de mucha persuasión por su parte para conseguir una respuesta. Se habían criado juntos, crecido casi como hermanos, sabía de qué pie cojeaba su amigo.

Adoraba presumir de su importancia. Le gustaba sobresalir en todo, ser mejor que él.

Y lo aceptaba, porque era su mejor amigo, casi su hermano y lo quería.

»Pensaba que nos lo contábamos todo.

»Tengo una caja sorpresa para Johanna. Sospecho que se trata de algo muy importante.

No sabía qué había dentro, pero si se lo había entregado Sabrina... No podía ser cierto. Jo era una niña, muy pequeña aún, para semejante regalo.

»Debes estar confuso. La señora K no puede haberte entregado una caja para Johanna, porque solo Santa Claus se ocupa de los regalos de los niños buenos.

»No lo estoy. Te aseguro que ha sido ella quién me lo ha entregado. Lo que pasa es que no soportas que yo sea más importante que tú.

Elfo tontorrón, seguía picándose sin motivo. Si había alguien a quien le importara, ese era él. Jamás lo haría sentir inferior, porque lo quería.

»Lo siento —se disculpó, una disculpa a tiempo valía millones—. Solo me ha sorprendido. La señora K no suele enviar cajas a las niñas como Johanna, eso es todo.

No hubo respuesta, ni siquiera le llegó el mensaje, lo que le dejó claro que, muy probablemente, lo habría apagado para evitarlo. Se le pasaría, quizá

en tres o cuatro días y su relación volvería a lo de siempre. No le preocupaba, porque sabía que todo saldría bien.

Volvió a mirar el agua turbia y se preguntó si Sabrina no habría cometido un error. Pensó en consultarlo, pero no quería dar muestras de incompetencia, que terminaran con él despedido o, peor, trasladado a objetos perdidos, el único lugar en toda la fábrica de Santa en el que ningún elfo de su clase soportaría estar.

—¿Estás seguro de que es aquí? —preguntó Sabrina a su marido, observando el lugar. Parecía desangelado, el cartel del frente de la tienda estaba desvencijado y colgaba precariamente sobre una esquina. El interior estaba lleno de cajas de cartón y polvo. Aquel lugar estaba abandonado.

—Ha pasado mucho tiempo desde que mi bisabuelo estuvo aquí, pero con pasar el plumero y fregar el suelo volverá a estar como nuevo.

—Y con una buena dosis de magia polar —masculló arrugando la nariz. Le picaba y sabía que se pondría a estornudar en cualquier momento.

—Eso también —concordó Nick—. Aún así, tiene mucho potencial y un pequeño apartamento en la parte superior. Los niños estarán encantados en cuanto los recojamos.

Ambos sabían que eso no iba a pasar. En cuanto su tío Noah llegó, no habían vuelto a verles el pelo y por más que los habían instruido sobre sus vacaciones en familia, no habían encontrado nada más que una nota sobre la cama. Más dibujo que mensaje, en el que claramente dejaban entender que ni aunque se congelara el infierno iban a salir del Polo Norte.

Lo cierto era que Sabrina lo entendía, a pesar de que Nick había mirado ceñudo los vivos colores y había negado contundentemente.

Nada que alguno de ellos fuera a tener en cuenta. Los niños se saldrían con

la suya, porque claro, estaba el tío Noah allí y sus primos y ni todos los dulces del mundo harían que dieran un paso en dirección opuesta a su paraíso personal hecho realidad.

Sin olvidar las deliciosas galletas de su tía...

—Es mejor que dejemos clara una cosa, cariño. Los niños no van a venir y cuanto antes lo aceptemos, mejor. Además, estamos aquí por trabajo y si, de paso, logramos pasar unos días a solas, ¿no te parece que es el premio gordo? Esta romántica tiendecita de juguetes, un apartamento silencioso, tu mujer más que dispuesta a hacerte feliz...

Nick la miró y sonrió, no podía hacer otra cosa.

—Creo que me gusta esa última parte: silencio y mujer dispuesta. Mmm, podría acostumbrarme a eso.

Sabrina se rio.

—Sabía que con eso te convencería. ¿Por qué no vamos a ver qué sorpresas nos aguardan en el piso superior? —Incluso su marido tuvo que forzarse para disimular un escalofrío—. No puede ser tan malo, ¿no?

Pero lo era. Desde el momento en que vio la horrible cama niquelada con un somier de muelles y un colchón de lana, supo que tenían un duro trabajo por delante y muy poco tiempo para ocuparse de las cosas que realmente eran importantes.

—Magia polar, Nick.

—Es un bien escaso.

—También lo son los Santas Claus y sus respectivas Señoras K. Hazme el favor. Esto es un bien a la humanidad en su totalidad.

—Usted manda, señora.

Y haciendo uso de sus dones de nacimiento, hizo lo que mejor sabía hacer, cumplir con los deseos de una niña buena.

De su vieja lista, la mejor.

Capítulo 7

—Papá, papá. ¡Tienes que llevarme a esa tienda nueva de juguetes! Todas mis amigas dicen que es chulísima. —Jo entró corriendo a toda prisa en su cocina. Warren todavía estaba cansado, a pesar de que había dormido como un bebé y que estaba tomándose el segundo café de la mañana. Sam había desaparecido sin dejar más rastro que una oscura mancha en la pared del pasillo, frente al cuarto de baño.

Por suerte aún no había pintado la casa, no había tenido tiempo de hacerlo, lo que le daba la excusa perfecta para eliminar una porción del rosa que venía de fábrica.

—¿Qué tienda? —preguntó obligándose a concentrar su atención en su hija—. ¿De juguetes? Pensaba que eras muy mayor para esas tonterías.

—No soy muy mayor para juguetes, solo te dije que este año podrías regalarme algo menos infantil, más maduro. Ya sabes que soy la mejor de mi clase y la que mejor razona. Mi profesora te lo dijo en la última reunión, ¿a que sí?

Warren ocultó su sonrisa tras la taza de café. Sin importar qué dijera o quisiera, Johanna seguía siendo su bebé y le alegraba que quisiera ir a una tienda de juguetes.

No deseaba perder a su niña tan pronto. Rosie ya era una mujer, pero la pequeña Jo, no. Y si él tenía algo que decir al respecto, ese cambio iba a tardar mucho tiempo.

Hasta que él tuviera canas.

—¿Se lo has pedido a Jack?

Arizona y él habían hablado sobre la necesidad de que Jo se abriera al

nuevo marido de su madre. A la niña le estaba costando un poco confiar en él, lo que estaba ocasionando bastante ansiedad en la mujer mayor, que había acudido a él en busca de ayuda.

—Papá, me gusta Jack, pero no me siento cómoda diciéndole algunas cosas —confesó—. Además, no ve y así es muy difícil que se emocione por la belleza de otro mundo del escaparate.

Warren arqueó una ceja ante la calificación de su hija del lugar.

—¿Belleza de otro mundo?

—Eso me ha contado Mary. Venga, papá, por favor...

—Tengo que esperar a que instalen la cerradura de la puerta —instruyó buscando una excusa. Al final, el propio Sam se había ofrecido para hacer la reparación definitiva, con el fin de compensar el desastre de la pintura. No era que hubiera hablado con él esa mañana, pero mientras estaba preparándose el desayuno, le había dejado una nota por debajo de la puerta, informándolo sobre lo que planeaba hacer.

No le gustaban los hombres mandones, pero este en particular tenía algo especial y no tenía nada que ver con su parecido con Gabriel, para nada. Tomó otro sorbo de su café y observó el ceño fruncido de su hija.

¿De verdad iba a comportarse como un hombre egoísta?

—Está bien, te llevaré.

—¿De verdad, papá? ¿De verdad? —Dio un salto en el aire, feliz y corrió llamando a su hermana—. ¡Ha dicho que sí, Rosie!

—Felicidades, gremlin y ahora déjame en paz —se escuchó el habitual portazo y los golpecitos de Jo en la puerta.

—Vas a estar en la lista de los malos de Santa este año.

—¿Y qué más puede hacerme? ¡El idiota de Jhonny ha extendido ese odioso rumor sobre mí! Por mí, a Santa puede follárselo un pez.

Warren se atragantó con el café.

—Rosie —llamó, pero su voz se perdió con los airados gritos de Jo, que ofendida corría en su dirección para quejarse con su padre sobre lo que su hermana había dicho.

Parecía mentira que solo el día anterior dijera que echaba de menos su vieja vida, con lo tranquilos que eran ahora sus días sin esas dos diablillas poniéndolo todo patas arriba.

—Papá, Rosie está diciendo malas palabras.

—Rosie está de mal humor, eso es todo.

—Siempre está de mal humor.

Eso era cierto, no se había tomado especialmente bien la adolescencia y aunque en algunas contadas ocasiones volvía a ser la niña dulce y risueña de antaño, la mayor parte del tiempo era como Lucifer en un mal día.

—Rosie está pasando por una fase difícil y tenemos que intentar comprenderla.

—Las chicas no gritan a través de puertas cerradas —aseguró con voz de autoridad en la materia su hija pequeña—. Es de mal gusto.

—¿Y quién te ha dicho eso?

—Pues mi nueva abuela, la mamá de Jack. Dice cosas muy raras, pero algunas son guays.

—¿Estás contenta con tu nueva abuela? —preguntó, con cierta preocupación. Conocía a la mujer, todos la habían conocido desde hacía años, habían hecho vida común, reuniéndose para cenas y comidas en más de una ocasión, esperaba que no fuera demasiado complicado para las niñas aceptar el cambio de parentesco. Siempre se habían llevado bien, pero de vecina a abuela había un gran trecho.

—Siempre ha sido como mi abuela, papá. No es tan nueva como Jack.

En eso tenía razón. Dio un último sorbo y dejó la taza en el fregadero. Dedicó un momento a pensar en Arizona y Jack, sabía que no les importaría

que se ocupara de acompañar a Jo a la tienda. De hecho, ellos habían salido para comprar los regalos de Navidad y le habían pedido el favor de que la distrajera.

Suponía que no acabarían por cuestiones de azar en la misma tienda.

—Jo, ¿por qué no te pones el abrigo? Tengo que hacer una llamada.

—¿A quién vas a llamar? —preguntó con sospecha.

—A Sam, va a venir más tarde a arreglar la cerradura. Tengo que avisarlo de que vamos a salir un momento.

—Más de un momento, papá.

—Lo que sea. Venga, ve o te quedas en tierra.

Johanna salió a toda prisa y así pudo aprovechar para avisar a Arizona, por un mensaje de texto de dónde iba a estar. También escribió a Sam para informarle de que no iba a estar en la casa hasta unas horas más tardes. Le iba a sugerir que se reuniera con ellos en la tienda de juguetes, pero no lo hizo.

La batalla en su interior entre dejar o no dejar que el otro hombre tuviera cierta importancia en su vida, estaba en pleno auge. Aceptarlo era como traicionar a Gabriel y no hacerlo, también. Había hecho una promesa que llevaba dos décadas incumpliendo, quizá era hora de dejar ese estúpido escudo a un lado y simplemente dejarse llevar por la vida.

Al fin y al cabo nadie sabía cuándo iba a ser su último día.

«Te enviaré la ubicación de la tienda, por si llegas a tiempo para reunirte con nosotros. Quizá podríamos comer algo juntos».

Su dedo titubeó sobre la flechita que enviaría finalmente la segunda parte del mensaje. Debatiendo consigo mismo sobre qué hacer, el tiempo apremiaba, pasaba tan rápido que cuando quisiera darse cuenta habría pasado su oportunidad. Era consciente de ello, pero también estaba asustado.

«Nadie gana nada teniendo miedo. No seas un cobarde, Warren. Así no era el hombre del que me enamoré».

Por un instante se tambaleó, había tenido la sensación de escuchar a Gabriel alto y claro. Se giró buscándolo en la habitación, pero, obviamente, no estaba allí.

Iba a volverse loco. La falta de sueño y la sobredosis de café, hacían que viera fantasmas donde no había nada. Solo un triste vacío.

Sin embargo, sí lo reconocía en aquellas palabras y no estaba dispuesto a decepcionarlo, así que apretó la tecla para enviar su mensaje y asintió para nadie en particular, a excepción de sí mismo. Quizá era hora de avanzar al fin y al cabo.

Con decididas pisadas caminó en dirección a la puerta y se concentró en dejar a un lado las preocupaciones y los miedos, hoy iba a disfrutar con Jo de una pre-Navidad espectacular y nadie iba a empañar eso.

Sam sintió vibrar su móvil dentro del bolsillo derecho de sus vaqueros, pero no lo sacó. Cualquier mensaje podría esperar a que terminara de hacer lo que estaba haciendo, antes de tener tiempo de arrepentirse.

Aparcó el coche y salió al frío exterior. Se puso el abrigo, sobre todo para combatir el viento helado y contempló la blanca ciudad frente a él. Se preguntó por qué se había quedado allí. Había ido por Jack, para mirarlo a la cara y descubrir su cobardía, pero había encontrado algo que no esperaba. No solo a su amigo medio ciego, que tenía que esforzarse para poder delinear una imagen, sino también a un hombre enamorado, que tras años de frustración había encontrado lo que siempre había estado buscando.

Había sentido muchas cosas, casi todas enfrentadas. Por un lado, se alegraba por él, pero por otro lo odiaba por haberlo dejado atrás y haber decidido avanzar dándolo por muerto.

Habría sido más fácil para todos que hubiera terminado sus días cuando

explotó aquella bomba, pero no había sucedido. La vida le tenía preparada una segunda oportunidad. Algo que no esperaba.

Sin embargo, esta vez tampoco iba a ser fácil. Tenía que luchar contra la imagen de un hombre muerto. Alguien que había alcanzado el estatus de héroe.

Aspiró una bocanada del frío aire y volvió a mirar al horizonte, empapándose de la atmósfera hogareña de aquel lugar. Por algún extraño motivo, se sentía como si hubiera encontrado algo que llevaba buscando mucho tiempo, en diversos lugares del mundo, y que nunca había encontrado.

Ahora tenía esa sensación en el estómago que le advertía que estaba a punto de pasar algo. Ese instinto que le había salvado la vida en incontables ocasiones.

Sabía que era ahora o nunca, si no se marchaba de aquel lugar, quedaría atrapado en las redes de la gente, del clima agradable de pueblo y de Warren. Un enfermero con un gran corazón que conseguía excitarlo y cabrearlo a partes iguales.

Lo deseaba, pero también quería más. Quería exigirle que gritara al mundo quién era y qué quería.

Y esperaba que él estuviera en algún lugar de la postal, porque estaba cansado de no ser el hombre adecuado cuando su corazón se esforzaba por dar ese salto.

Quería comprometerse, siempre lo había querido, incluso si había luchado por mostrar lo contrario al resto del mundo.

—Será mejor que cambies el rumbo de tus pensamientos, antes de que piense seriamente que vas a saltar por ese barranco —pronunció la voz de Jack tras él.

—No lo haría —contestó sin girarse, contemplando el cielo y los hogares que parecían tan lejos de ellos en este momento—. ¿Arizona está de acuerdo con que le robe a su marido precisamente hoy?

Jack sonrió, no lo miró, pero lo escuchó en el sonido de su voz.

—¿Quién crees que me ha traído? —Se colocó a su lado y carraspeó—. Bonito lugar para una pelea.

—¿Quién dice que vayamos a pelear?

Jackson se encogió de hombros, como si fuera algo que daba por hecho.

—Me lo merezco y lo acepto. Tienes derecho a desahogarte. Te dejé en la estacada y eso no se le hace a un amigo. Además, tendrás ventaja. Seguro que no lo veré venir —intentó bromear, pero fue más como un puñal que le atravesó las entrañas.

—No quiero pegarte, Jack —suspiró, estaba cansado. Quería recuperar su vida, a sus amigos. No quería mirarlos y sentir que, después de todo, él había sido el mejor parado—. Estoy cansado de esta mierda.

—¿Te vas a largar?

—Ojalá pudiera hacerlo, pero no puedo —Sacudió la cabeza, tratando de desterrar los pensamientos que lo atenazaban—. Estoy jodido, Jack. Muy jodido.

—¿Qué ha pasado?

—No he conseguido el alta psicológica.

Jackson no contestó, pero su gesto taciturno le dijo sin palabras que ya estaba enterado. No ofreció una disculpa, tan solo se quedó a su lado en silencio, esperando a que continuara.

—Joder, sigue siendo igual que siempre y lo odio, porque ya no somos los mismos y nunca volveremos a serlo.

—Sam, sabes exactamente lo que me importas y haré cualquier cosa que esté a mi alcance para echarte una mano.

—Entonces dime cómo lo haces. ¿Cómo puedes simplemente sentarte y aceptar que nunca vas a volver?

Jack sonrió, esta vez sinceramente.

—Porque ya he encontrado lo que estaba buscando. No necesito seguir haciéndome el héroe. Siendo yo, simplemente yo, marco la diferencia en la vida de mi familia cada día.

—Te odio —soltó sin acritud alguna.

—Lo sé. Yo también me odiaría a mí mismo de no estar en mi lugar.

Sam volvió a concentrar su atención en nada en particular, solo en dejar vagar la mente por lugares sin sentido. Lugares en los que quizá había estado alguna vez, pero sobre los que no recordaba nada.

—Nunca recuperaré los recuerdos que he perdido.

—Recuerdas lo importante. Tu familia, tus amigos...

—No sabes lo que es mirarte al espejo y no saber quién eres. Algunos días, me siento así.

—Sé lo que es perder una parte de tu esencia y no me refiero solo a la creciente ceguera. Algo cambió en mi cabeza cuando supe lo que te había sucedido en realidad. Lloré tu pérdida, maldita sea, mi vida se partió por la mitad cuando desapareciste y ahora que has vuelto, siento que me comporté como un jodido cobarde. Ojalá pudiera cambiar las cosas, Sam. No creo que pueda perdonarme jamás.

Sam no estaba de acuerdo, nadie era culpable, por lo que no había necesidad de pedir perdón.

—Todo sucede por alguna razón. No te culpes, porque yo no lo hago. Nadie en su sano juicio lo haría.

Jackson asintió, pero quedaba claro que no estaba convencido de ello.

—Lo digo en serio —aseguró Sam. Si al principio había ido hasta allí para dejarle claro que lo había decepcionado y reprocharle sus actos, las cosas habían cambiado ahora—. No eres culpable de nada, más bien al contrario, salvaste mi vida y me devolviste una parte de lo que era. Puede que no vuelva a ser aquel hombre, pero recuerdo lo suficiente del viejo Sam como para

decirte que quiero que formes parte de la vida de este nuevo Sam. Sigues siendo mi hermano, eso no cambiará nunca.

—Sam...

—Por eso quería hablar contigo, necesito ayuda.

Jackson se irguió y lo miró con preocupación. Su ceño fruncido y la tensión de su cuerpo mostraban lo mucho que se interesaba por su bienestar.

—¿Ha pasado algo?

—Muchas cosas, pero algunas tendrán que resolverse por sus propios medios.

—¿Vas a volver a los SEAL?

—No lo sé. No estoy tan seguro hoy como lo estaba ayer —se encogió de hombros, de pronto aunque era importante, no parecía ser tan imprescindible. Había otras cosas en su cabeza que exigían que les prestara atención con más urgencia—. ¿Crees que me he vuelto un tipo hosco, irascible y desagradable? ¿Que tengo problemas de ira?

—Todos sufrimos estrés postraumático, cada uno con una sintomatología diferente. No eres el único que está en tratamiento psicológico. Arizona y Warren presenciaron uno de mis momentos cuando todavía estaban juntos, fue lamentable. No soy consciente de ello, no tengo el recuerdo, pero cuando mi mujer me lo ha contado... —negó con disgusto—, no es algo fácil de llevar. No se supera de pronto, pero estar tranquilo y rodeado de la gente que quieres y te quiere ayuda mucho. No es que hayas cambiado, es que tus circunstancias ahora son diferentes. Poco a poco lo dejarás atrás, todos lo haremos.

—¿Y si eso no sucede? ¿Y si sigo siendo el mismo cabrón que soy ahora dentro de diez años? O peor, ¿y si vuelvo al servicio activo y pierdo los nervios? Podría poner en peligro no solo al equipo y su seguridad, sino también la misión. ¿Quién en su sano juicio me permitiría reengancharme?

—No tiene por qué pasar así, quizá necesitas un poco de tiempo para

poner en orden tus asuntos. Tómate un tiempo sabático y no decidas apresuradamente —aportó Jack, aunque en su voz había dudas. Se conocían, los dos sabían que no era un tipo especialmente paciente.

—¿Sabes que cuando tienes un problema de memoria pierdes los recuerdos, pero no las habilidades? Al menos, en mi caso ha sido así. Puedo hacer lo mismo que hacía, sin pensar en ello, pero cuando trato de recordar algo concreto, soy incapaz la mayor parte del tiempo. Algo ha quedado tocado en mi cabeza, lo sé y creo que ellos también lo saben. Soy un peligro andante.

—Creo que estás confuso y es normal, Sam —reincidió Jack—. ¿Sabes qué es lo mejor? No estás solo y no tienes que superarlo por tus propios medios. Arizona y yo vamos a ayudarte siempre que nos necesites. Y Warren también lo hará.

—Warren. —Jack era su amigo, ¿debería decirle lo que estaba sintiendo? ¿Lo que deseaba?

—¿Ayer lo dejaste en casa, verdad? He oído que la puerta sufrió un accidente.

—No fui yo. Cuando llegamos, descubrí que la habían forzado. No había nadie dentro, solo un gato callejero. No estoy seguro de si le han robado o no, me fui esta mañana temprano.

—¿Esta mañana? —inquirió con curiosidad.

—No es lo que te imaginas. Entre Warren y yo no hay nada.

—¿Estás seguro de eso? No es malo que lo haya, el capitán...

—No tiene nada que ver con el capitán. No tiene nada que ver conmigo, solo somos antagonistas. No nos soportamos. Cada vez que lo veo, tengo la necesidad de golpear verbalmente y él tampoco es que reaccione especialmente bien a mi presencia.

Jackson lo miró con tanta concentración que lo hizo sentir nervioso. Se removió en el sitio y trató de defenderse.

—Además, parece que soy un mal recuerdo para él. Una copia exacta de su ex.

—He visto una foto —contestó Jackson—. Os parecéis, pero no es para tanto. Dudo mucho que Warren piense en el otro hombre cuando te mira.

No quería hablar sobre eso, no estaban aquí para ello. Solo quería poner las cartas sobre la mesa. Reencontrarse con su amigo del alma, hacer resurgir esa conexión que habían tenido desde el primer momento en que sus caminos se cruzaron.

—No estoy seguro de que tengamos que tener esta conversación. Recuerdo lo nervioso que te ponías cuando salíamos y me fijaba en algún tío —se rio, era un buen recuerdo. Lo habían pasado bien y, aunque Jackson había luchado por disimular su aversión, no había podido hacerlo cada vez. No lo había juzgado, había sido un amigo de verdad, pero al fin y al cabo no podías cambiar la reacción visceral de una persona. El hecho de que hubiera estado a su lado y lo hubiera tratado como a su igual, era mucho más de lo que el resto de sus compañeros hicieron. Con el tiempo, se los había ganado a todos, habían sido iguales, hermanos hasta la muerte, pero no había sido un camino liso.

—Mientras no trates de hacerme ver el atractivo del exmarido de mi mujer, vamos bien —aseguró preparándose para el golpe.

—Admiras a Warren —le recordó.

—Lo hago. Le debo todo a ese hombre. Cuidó de Arizona y de mi hija desde el momento en que yo las abandoné. No puedo pagarle ni aunque pase toda mi vida arrastrándome cual esclavo.

—No las abandonaste. No lo sabías. —Sam no estaba de acuerdo con las palabras de Jack, aunque le permitieron ver que no era el único que le ocasionaba remordimientos, había mucho dolor en él. Dolor que solo podría superar con el paso del tiempo y, tal y como le había dicho, rodeado de la

gente que lo quería. Warren y Sam incluidos.

—Tenerte de vuelta hace que las cosas sean más fáciles.

—Aunque te lo he puesto difícil desde que llegué y lo siento. Estaba furioso con todo el mundo, sobre todo conmigo mismo. Por eso te pedí que nos reuniéramos aquí, quería pedirte perdón. No fue justo que te culpara de algo sobre lo que no tenías control alguno. Siento haberme comportado como un capullo, porque los amigos no hacen eso —terminó, tenía un nudo en la garganta—. Espero que puedas perdonarme.

—Los dos tenemos que aprender que no se trata de perdón, se trata de estar ahí y de olvidar lo que ha pasado. Hagamos borrón y cuenta nueva, con el marcador a cero —extendió su mano—. ¿Hay trato?

Sam la estrechó con fuerza y tiró de él para abrazarlo.

—Ahora podemos hablar del atractivo de Warren, si quieres.

Jack se apartó y puso cara de horror.

—No, gracias. ¿Vas a pedirle salir o algo?

—O algo. No creo que a nuestra edad tengamos que volver a las citas de colegio, ¿no te parece?

—¿Va a ser más del tipo «aquí te pillo, aquí te mato»?

—No responderé a esa pregunta para evitar que tengas indigestión hoy —se burló, dándole un codazo—. ¿Me acompañas a la ferretería? Tengo que cambiar una cerradura.

—¿Me estás preguntando si prefiero ir a hacer cosas de hombres que de tiendas con mi mujer? Oh, sí. Sálvame del infierno.

—Si Arizona te escuchara, herirías sus sentimientos.

—No lo haría, sabe lo mucho que me molestan los centros comerciales. Soy una compañía nefasta.

—Avisa de que te vas a retrasar y monta en el coche. No me iré sin ti.

Jack sacó su teléfono y pulsó las teclas sin mirar. Se alejó un poco del

coche, para tener intimidad y él se giró para entrar en el coche. Sin embargo, cuando abrió la puerta, escuchó una melodía navideña proviniendo de un tocón de nieve.

Cerró la puerta y caminó hacia el lugar, tratando de ubicar perfectamente la música, excavó con la punta de la bota y algo brillante apareció a sus pies. Se agachó y terminó de liberarlo con la mano, sacó una helada bola de cristal, parecía una bola de Navidad. Le sacudió los restos de nieve y la miró. El agua parecía turbia al principio, pero en cuanto se asentó, un rayo de calidez subió por su brazo y su mente se inundó de imágenes, se vio transportado a un lugar en el que no había estado, un momento que no estaba seguro de haber vivido aún.

»Había pensado que no saldría vivo de esta. La misión no había sido fácil, pero el resultado había sido lo suficientemente bueno, como para que empezara a plantearse dejarlo atrás. Empezaba a sentir el peso de sus cuarenta y cinco años. No era edad para estar correteando por la selva, justo como decía Warren cada vez que volvía a casa herido.

Ahora se lo estaba planteando de verdad.

Bajó del tren, el andén estaba lleno de gente. No esperaba que fueran a recogerlo. Arizona le había dicho que Jackson y ella iban a tener que asistir a la graduación de Rosie y sabía que Warren no se la perdería. Él había llegado tarde, así que se uniría a ellos en el restaurante para la celebración. Toda la familia unida, porque eso eran todos ellos, una familia.

Avanzó entre la gente, con cuidado de no golpear a nadie con su macuto, llegó al aparcamiento y miró en todas las direcciones tratando de recordar dónde había dejado aparcado su coche la última vez.

«GUAU. GUAU. GUAU». Conocía ese ladrido, se giró buscando. Le habían dicho que no iban a ir a recogerlo, pero parecía que le habían engañado.

—¡Donnie! —gritó Warren corriendo tras el perro—. ¡Se suponía que era una sorpresa!

El labrador corrió en su dirección y saltó sobre su pecho desestabilizándolo. Una vez retomado el control de su propio cuerpo, con el perro más calmado, se agachó para abrazarlo y rascarle las orejas. El animal le lamió la cara haciéndole reír y sentir tan normal como cualquier hombre que volvía a casa podía ser. Se levantó aferrando el perro a un lado, sin dejar de darle su dosis de amor y recibir su afecto de bienvenida y miró a Warren. Sonrió.

—Hola, extraño. Ha pasado un tiempo.

—Hola, desconocido. Tienes que afeitarte y que ducharte, uff —se acercó y se alejó tan rápido como se había aproximado a él. Había venido directamente y después de casi dos semanas en la selva, sí, necesitaba ducharse. Con razón sus compañeros de vagón habían hecho mutis por el foro.

—Qué maravillosa bienvenida —espetó sarcástico—. Donnie no se ha quejado.

—El pobre sufre de sinusitis —ironizó Warren—, pero yo no tengo esa suerte.

Sam arqueó una ceja.

—Entonces supongo que de mi beso nada, ¿no?

Warren se rio y bromeó:

—¿Aquí? ¿Frente a toda esa gente?

—Tienes que...

—Joder, cállate —tiró de su camisa hacia él y lo besó en la boca, sin pensarlo ni un instante—. Y lo digo en serio, necesitas una ducha antes de que atufes a la pobre Rosie el día de su graduación.

—Ah, no. Todavía no.

Esta vez lo besó él, dejándole ver lo mucho que lo había echado de menos, lo mucho que lo había necesitado.

—Te amo, Sam.

—Lo sé —lo acercó a su lado, provocando que Warren contuviera la respiración y ceñudo espetó—. ¿Dónde aparqué el puto coche?

—Tan romántico como siempre...

La visión desapareció y lo dejó completamente aturdido, sin poder articular palabra. Jack estaba a su lado, hablándole, pero no había escuchado nada. Todavía podía sentir y oír a Warren a su lado. Miró la bola, que ahora tenía una imagen clara y nítida en su interior. Dos hombres abrazados y un perro en una estación de tren con pequeños copos de nieve cayendo sobre ellos. Pensó en arrojarla lejos, aquello parecía una ilusión imposible, pero por otra parte...

La guardó en el bolsillo de su abrigo y miró a Jack.

—¿Ya has avisado a tu mujer?

Jackson asintió.

—¿Todo bien?

—Perfectamente —respondió con convicción.

Y realmente sentía que las cosas podían mejorar. No sabía por qué había imaginado aquello, era obviamente una visión del futuro, pero sabía que sin importar que fuera real o no, tenía una cosa por hacer.

Luchar para sentir aquella paz y aquel bienestar que había sentido cuando se había visto junto a aquel hombre, dentro de una pareja consolidada.

Era eso lo que necesitaba para volver a estar en paz consigo mismo, para poder sentir que, finalmente, había encontrado ese pedazo de sí mismo que había perdido cuando se esfumaron sus recuerdos.

Warren era su respuesta y estuviera él o no de acuerdo, iba a hacer que no

quedara en el olvido. Iba a demostrarle que junto a él tenía algo que hacer, algo bueno, y sin importar lo mucho o poco que se pareciera a su amor pasado, iba a conseguir que el otro se diera cuenta de que ante ellos se extendía una importante promesa.

Juntos podían cambiarlo todo.

Juntos podían tener una verdadera vida.

Capítulo 8

—¿Les gusta lo que ven? —inquirió el dueño de la tienda. Era un hombre joven con gafas, estaba en forma y no tenía más aspecto de Santa Claus que él, aún así llevaba puesto un traje que perfilaba su figura a la perfección y su barba rubia casi blanca, era abundante y bastante espesa. Completamente real —. Acaba de llegarnos una entrega especial de castillos de princesas completamente fabricados a mano y pintados por los elfos del mismísimo jefe del Polo Norte —le guiñó un ojo a Jo, mientras pronunciaba sus palabras—. ¿Te gustaría verlos?

Su hija estaba emocionada y, si era sincero, tenía que admitir que él también. Aquel lugar parecía una puerta a otro mundo. Un mundo en el que solo existía la Navidad y en el que todo era posible si tan solo creías en ello. No había tanta gente como habría esperado, pero los que había estaban completamente fascinados y tocaban los juguetes con algo parecido a la adoración.

Había una mujer en la caja, que entregaba a cada niño con cada compra un delicioso bastón de caramelo. Parecía muy feliz, de vez en cuando lanzaba una mirada al que debía ser su marido, como si estuviera más que feliz de encontrarse allí.

Le gustó ver que aún quedaba ese tipo de amor en el mundo, justo como entre Jack y Arizona. Había conocido varias parejas últimamente que lo hacían sentir triste y esperanzado al mismo tiempo.

—Nick, cariño, ¿por qué no te llevas a esta princesa a ver los castillos? Creo que yo puedo enseñarle una remesa especial a su aburrido papá. —No se dio cuenta de cuándo se había acercado a ellos, pero lo había hecho y parecía

estar mirándolo con cierto interés.

El aludido asintió, pero la miró diciéndole algo que no llegó a comprender, sin ni siquiera emitir una palabra.

—Vamos, todo saldrá bien, no hay que preocuparse tanto —lo tranquilizó dándole una palmadita cariñosa en el pecho.

Warren observó cómo su hija se acercaba junto al Santa Claus al fondo de la tienda. Había otros niños allí, incluso una de las amigas de Jo estaba admirando el suntuoso castillo.

Quiso ser niño para poder disfrutar de aquella magia otra vez, pero a su edad había que hacer frente a otro tipo de situaciones. Podía decir que le gustaría volver a ese momento, pero estaría mintiendo, era feliz de poder tener un trabajo que lo ayudaba a sentirse realizado. Unas hijas maravillosas. A Arizona, con toda su belleza y ese corazón que la hacía querer y acoger a todo el mundo e incluso a Jackson. Por más que al principio hubiera sentido cierto rechazo hacia él, se había convertido en un miembro más de la familia.

—Tenemos algo muy especial para adultos, ¿le gustaría acompañarme? Su hija está más que segura con Nick, se lo puedo asegurar. Le encantan los niños, lleva dedicándose a esto mucho tiempo.

—Sí, claro —asintió conforme, aunque sin dejar de echar un vistazo a Johanna, podrían decir cualquier cosa, pero al final del día, no podías confiarle tus hijos a nadie.

—Vamos, está aquí mismo.

Lo guio hacia un estante que parecía medio oculto tras una escalera de caracol que accedía a la parte superior del local y le mostró una remesa de bolas de cristal, tras abrir una de las puertas con una curiosa llave.

—Son muy delicadas. Por eso las tenemos cerradas bajo llave.

La madera de la base estaba completamente pulida y brillaba en tono

caoba. No había ninguna inscripción o marca especial que permitiera diferenciarlas, excepto una. No sabía qué era diferente en esa, aparentemente era muy similar al resto, lo único distinto era su necesidad de tocarla.

Estiró la mano y en el último momento encogió los dedos.

—No creo que deba, estoy aquí por Jo.

La mujer pareció impaciente.

—A veces tenemos que pensar también en nosotros. Cógela, Warren. Hay oportunidades que solo vienen una vez en la vida y si la dejas pasar desaparecen para siempre.

La miró, sorprendido. Había dicho su nombre, ¿verdad? No creía que se lo hubiera imaginado.

Volvió a mirar el objeto. El agua de su interior estaba un poco turbia, aunque tenía un destello que llamaba su atención, exigiéndole que la tocara.

Volvió a estirar la mano y, esta vez, la alcanzó.

En cuanto sus dedos rozaron el cristal, la calidez lo inundó. El olor a galletas de Navidad y hogar llenaron su corazón. Dejó de sentirse solo.

»Porque no estaba solo. Estaba rodeado de todos aquellos a quienes quería. Rosie, Jo, Jack y Arizona lo esperaban ansiosos mientras Donnie, su perro labrador, y él hacían acto de presencia. Habían estado paseando mucho tiempo, dando vueltas y vueltas. Hacía varios meses, Sam había vuelto con la promesa de que iba a abandonar su puesto de forma definitiva, pero antes de que pudiera hacerlo, había sido reclamado para una última misión. No había tenido tiempo de cursar su solicitud de retiro y había tenido que unirse al equipo en una zona muy peligrosa.

Dos meses después, aún no había vuelto. Entonces, empezaron a temerse lo peor. Nadie sabía nada. Ni siquiera sus viejos amigos, con un satélite pirateado, habían logrado dar con él. Ni sus jefes, nadie podía contactar con el equipo.

Habían sido declarados desaparecidos en acto de servicio, una vez más.

Warren había sentido cómo toda su vida se tambaleaba. Su final feliz se había ido por el desagüe, todo por un problema burocrático, Sam jamás volvería a casa. Ni su mal humor o su risa ni sus malas palabras ni los momentos de felicidad compartida.

Le había ayudado a ver que el mundo era un lugar mejor cuando estabas de verdad en él y no solo en los márgenes. Había aprendido a confiar en sí mismo y en su amor. Había encontrado, finalmente, la pieza que faltaba para sentir que tenía un auténtico hogar, pero ahora sin Sam, todo parecía estar patas arriba.

—Espero que esa cara larga no sea por mí...

Esa voz parecía llegada de ultratumba, porque no podía estar allí, justo detrás de él.

Las lágrimas surgieron raudas, bajaron por sus mejillas y fue incapaz de hablar, mientras observaba la emoción en el rostro de Arizona y las enormes sonrisas en las caras de sus hijas y Jack. Todos eran conscientes de ello y no habían dicho nada.

Se giró lentamente y lo miró, buscando señales de que de verdad estaba allí y no era un simple sueño.

—Sam.

—Siento llegar tarde para cenar —el tono bromista llegó con una nota de tristeza, pero también alegría por estar al fin allí, en casa.

—Nunca llegas a tiempo —su voz era más ronca de lo que parecía humanamente posible, luchaba por no dejarse llevar por la emoción del reencuentro, pero hacía tiempo que había mandado las apariencias al cuerno.

Fue hacia él y lo abrazó con tanta fuerza que el otro hombre se quejó.

—Estás fuerte. Has estado entrenando sin mí.

No había encontrado mejor salida a su ira y su dolor que utilizar su sala de entrenamiento, sin embargo, nunca podría estar a su altura. Eso lo tenía claro y no le importaba, había aprendido a vivir con ello.

—¿Dónde has estado?

Ambos sabían que no podía haber una respuesta sincera a esa pregunta, así que encogiéndose de hombros respondió:

—En un atasco —pero la mentira no abandonó su boca en soledad, sino que vino acompañada de un gesto. Sacó un sobre del bolsillo trasero de sus vaqueros y se lo entregó—. Ya es definitivo. Vas a hartarte de tenerme aquí y vas a tener que mantenerme, porque no pienso mover un solo dedo.

Warren sonrió, porque lo conocía muy bien. Sabía que era incapaz de estarse quieto. No sabía qué haría ni cómo lo resolverían, pero estaba seguro de que eso era un detalle sin importancia. Lo que era de verdad importante estaba allí frente a sus ojos: no volvería a poner su vida en peligro intencionadamente.

—¿No más paseos por la selva? —se obligó a preguntar. Quería una respuesta contundente y verbal.

—Solo si tú estás a mi lado y solo de vacaciones.

Estaba inclinado sobre Donnie, sin soltarlo. Le rascaba las orejas al mismo tiempo que miraba a su compañero de vida con una promesa sincera.

Ahora sí podía prometerle el para siempre.

—Pues entonces, cástate conmigo, joder.

—Y se supone que tú eres el romántico —se rio su SEAL, provocando una carcajada en todos los presentes.

Warren salió de su visión bastante aturdido y con las emociones a flor de piel. Buscó a Sabrina, pero no estaba allí. La vitrina volvía a estar cerrada con llave, la mujer en la caja y su hija arrastraba una cesta con el enorme

castillo de madera y algunas otras cosas que no alcanzaba a descubrir.

Sacudió la cabeza y se frotó los ojos, tratando de descubrir qué le había pasado. Se preguntó si lo que había visto era real o solo una fantasía absurda de su imaginación. Observó la bola de Navidad y vio a la pareja y al perro, felices y sonriendo, a punto de disfrutar de una fantástica cena familiar.

—¿Vas a comprar eso, papá?

—Por supuesto —concretó, aclarándose la voz. No podía dejarla atrás, se sentía especialmente posesivo con ella.

—Es muy bonita, me gusta. Yo he elegido esto, pero no todo es para mí. Este regalo es para mamá, para Jack, para Sam, para Rosie y el castillo, si te parece bien, para mí y para la nueva hermanita.

Warren se atragantó, mirándola.

—¿Nueva hermanita?

—Ups. No he dicho nada, papá. Es una sorpresa para todos. Shhh, no te chives a mamá, ¿vale?

¿Arizona estaba embarazada? ¿Era eso acaso posible? Después del segundo embarazo y de sus dificultades, había entendido que no, que no podría tener más.

Le hubiera gustado hablar con ella, levantar el teléfono y preguntarle qué estaba pasando, pero la conocía muy bien y sabía que acudiría a él cuando estuviera preparada para hablarlo.

Una niña. Otra persona más para su extraña familia. No sabía cómo sentirse al respecto.

—Vamos, papá. Date prisa antes de que nos pillen y nada de esto sea sorpresa.

Warren se movió tan rápido como pudo. Pagó todo y una vez en sus respectivas bolsas bien envueltos, estuvieron listos para salir de allí.

Dejaron todo en el coche y no pudo evitar enviar un mensaje a Arizona:

«Me gustaría hablar contigo. ¿Podéis venir tú y Jack a almorzar con nosotros? Quizá venga Sam también».

«Hecho», respondió Arizona.

Y Jo y él se dirigieron a su restaurante favorito del centro comercial.

Supuso que así podría matar dos pájaros de un tiro, podría comprarle algo al hombre que podía o no ser en el futuro más que especial para él.

¿Una boda pública? Apenas si lo podía imaginar.

—Bueno, ha ido bastante bien. ¿No te parece? —Preguntó Sabrina a su marido.

—El pobre hombre parece haber recibido una conmoción cerebral en vez de una bola de nieve. ¿Estás segura de que no le has golpeado con ella en la cabeza? —preguntó en tono bromista.

—No tiene gracia, Nick —gruñó con tono de advertencia—. Ha ido estupendamente.

—Sabes que el hecho de que haya aceptado tu regalo, no implica que la visión se haga realidad. No sería la primera vez que las parejas no siguen por el camino que el amor le marca.

—Lo sé, lo sé. También sé lo que puede suponer que las cosas no salgan como están destinadas. Solo serán felices juntos, justo como tú y yo.

Nick la abrazó con fuerza y la besó.

—Doy fe de que merece la pena.

—Te quiero.

—Yo a ti también te quiero, cada día que pasa un poco más. —Nick miró el lugar en el que el armario de la señora K había estado hasta hacía un momento, ahora no había nada. Solo una pared desnuda y vacía—. ¿No vas a intentar unir a más parejas esta Navidad?

Sabrina negó.

—Esta es demasiado importante como para jugármela intentándolo a varias bandas, además, también quiero poder disfrutar de mi marido unos días. Hasta que tengamos que volver al habitual caos de casa en estas fechas.

—Puedo quedarme cuarenta y ocho horas más, antes de que mis muchachos desaten el Apocalipsis.

Ambos habían esperado poder estar si no las dos semanas que faltaban, al menos siete estupendos días, pero Nick había recibido doscientos ochenta y tres mensajes exactamente. Todo el mundo quería algo de él.

—Ser tú es muy estresante, maridito.

—También muy satisfactorio, te tengo a ti y la alegría de todos esos niños que creen en mí. Merece la pena.

—También a nuestros hijos.

Nick torció el gesto

—Ni siquiera me quieren, prefieren a Noah y yo soy su padre y Santa Claus. ¿Qué niño en su sano juicio no desearía ser mi hijo?

Sabrina se rio ante su contrariedad.

—Te quieren muchísimo más que a cualquier otro, solo son niños, no pueden estarse quietos durante mucho tiempo. ¿A quién buscan cuando tienen sueño, hambre o miedo?

Nick pareció tranquilizarse con esas palabras, algo que hizo sentir muy satisfecha a Sabrina.

—Siempre sabes qué decir.

—Te conozco. Eso es todo.

La puerta de la tienda se cerró como por arte de magia, justo después de que los visitantes empezaran a abandonar el lugar uno a uno.

—Pensaba que la magia es un bien escaso del que no debemos abusar...

—El tiempo de Santa también lo es y necesito ver con mis propios ojos esa

ropa que has estado ocultando todo el día en secreto, solo para mí.

Sabrina se rio llena de satisfecha diversión:

—Se supone que era sorpresa y no tenías que saberlo.

—Sobran palabras y ropa, pero falta tiempo. Bésame, mujer —exigió con tono hosco, pero lleno de afecto, al tiempo que le hacía cosquillas con la barba en el cuello—. Este Nick está muy necesitado, la Navidad va a esperarnos cuarenta y ocho horas más, que pienso pasar contigo.

—Y yo contigo, cada segundo de ese tiempo.

Lo besó con todo el amor y la pasión que seguía sintiendo como él, desde aquel primer momento y hasta el fin de sus días.

Eran compañeros eternos, almas gemelas.

Amor verdadero.

Capítulo 9

No debería haber acompañado a Jackson. Tras leer el mensaje de Warren había querido conducir a toda velocidad para encontrarse con él y Jo, justo después de llegar con las herramientas a su casa y ver que no estaban.

Había sentido la llegada del mensaje cuando estuvo en la fría nieve, fuera, antes de que llegara Jack, pero lo había dejado para más tarde y se le había olvidado.

—Es mejor que me vaya —dijo en el instante en que aparcó el coche en el centro comercial—. No creo que a tu mujer le haga mucha gracia verme, sobre todo ahora que piensa que te he dado una paliza.

—Se va a dar cuenta enseguida de que sus miedos eran infundados. Le dije que no podrías hacerme daño.

—Solo por eso me gustaría romperte la nariz —gruñó.

—Pero no lo harás, porque me quieres.

—Más quisieras tú —salió del coche, antes de darse cuenta de qué estaba haciendo—. Warren está con tu mujer, ¿no te molesta?

—Warren ha estado casi veinte años con mi mujer. No me molesta.

—¿Y si hacen cosas a tus espaldas? —preguntó con cierta inquietud.

—Arizona nunca me engañaría y Warren no tiene ese tipo de deseos. Te lo aseguro.

Le molestó que dijera eso, a él no le constaba que la pareja no hubiera estado teniendo sexo en el pasado y que los hubieran engañado a los dos. Todo podía ser, ¿no?

Mierda estaba celoso. Verlos juntos, cómo se conocían y compenetraban a

la perfección le ponía de mal humor. Nadie debería llevarse tan bien con Warren, a excepción de él.

Pero ni siquiera eran amigos, no hacía mucho que se habían conocido y aunque había forzado mil y un encuentros, a cada cual más desagradable, no conocía cuestiones básicas sobre su persona.

Esa visión que había tenido era un absurdo. Debería largarse de allí cuanto antes, no fuera a ser que cometiera un desliz y acabara exactamente donde se temía y deseaba terminar.

—No te preocupes tanto. ¿Los ves? —preguntó Jack. Por un momento había olvidado que su amigo no veía prácticamente nada. Hacía unos minutos que los tenía localizados. Arizona había hecho un gesto con la mano para que se acercaran a ellos. Con la mano que tenía libre, pues la otra estaba enlazada al brazo de Warren mientras le susurraba algo que hizo reír al otro hombre como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo. ¿Dónde estaba la depresión del día anterior? Esa mujer parecía tener la cura en su mera presencia.

Iba a empezar a odiarla.

—Los veo. Vamos a reunirnos con la pareja feliz.

—¡Sam! —La vocecita de Jo llamó su atención de forma instantánea, corría hacia él como si se alegrara de verlo. Saltó a sus brazos y no pudo hacer otra cosa que sostenerla, para evitar que ambos cayeran rodando por el suelo.

—Eh, hola —Estaba un poco incómodo, no solía relacionarse con niños de su edad. Allí estaba completamente fuera de su terreno.

Y esta niña era una copia de su padre biológico. Era más que evidente que Warren había tenido éxito al dejar embarazada a Arizona. Nadie podía discutirle eso.

Frunció el ceño al darse cuenta y le pasó la niña a Jack. Su amigo la

recibió con una sonrisa y tras darle un beso en la mejilla la dejó en el suelo.

—¿Lo has pasado bien con Warren?

Jo asintió y se obligó a sonreír. Sam sabía que su amigo no podía verlo, pero no era idiota y lo notaría. Había algo con la relación entre Jackson y Johanna que no iba como debiera, algo que lo preocupó. Se preguntó de qué manera podría ayudar. Tenían que resolver esto.

—¿Por qué no vamos a comer ya? Me muero de hambre.

—Dicen que vamos a un asador —informó la niña.

Warren observó a Sam en silencio, tan solo lo saludó con un gesto, como si no supiera qué decirle o estuviera pensando en algo que no quería compartir con nadie.

Le resultó extraño mirarlo ahora, después de esas imágenes que había visto, en las que eran tan cariñosos el uno con el otro. Eso no había pasado, había sido una fantasía personal y debía recordarlo, no hacerlo lo dejaría en una situación muy incómoda.

Carraspeó, quizá era mejor marcharse.

—Voy a volver a trabajar en esa puerta, no quiero interrumpir este momento familiar.

Arizona lo agarró con decisión por la mano.

—De eso nada, vas a comer con nosotros. Faltaría más, tú eres parte de esta familia —aseguró con un tono que no daba pie a discusión alguna—. No puedes abandonarnos. No querrás decepcionar a Jo, ¿verdad?

—No creo que sea buena idea que yo...

Warren lo agarró con decisión.

—Te quedas.

Miró esa mano que lo sostenía y no supo por qué estaba pidiéndole que se quedara, no tenía ningún sentido.

—¿Crees que voy a obedecerte?

Warren lo miró.

—Tienes hambre, serías un idiota si no lo hicieras —aportó encogiéndose de hombros.

Había algo más en su mirada, algo diferente, lo que le dio una pista sobre lo que podía o no estar pensando. ¿Había allí una oferta silenciosa de algo más?

—Os va a encantar el restaurante. Jack y yo lo descubrimos hace un par de semanas. Nunca había comido un asado tan delicioso.

—¡Y la salsa! —exclamó Jack—. Es como ambrosía de los dioses, ni ellos han probado algo tan sabroso, os lo aseguro.

—Además, aprovecharemos para daros una maravillosa noticia —anunció Arizona.

Sam la miró y después se fijó en Jack, pero ni uno ni otro dijo nada más, tan solo mantenían una expresión cómplice y misteriosa.

—Puede que se me haya escapado antes, mamá —dijo Jo con arrepentimiento—. He arruinado la sorpresa.

Arizona negó con infinita paciencia.

—Seguro que no, cariño. Vamos, Jack. Dejemos que se cuezan en su propio jugo un poco más, mientras vamos pidiendo mesa. Jo, no te quedes atrás.

Los tres iniciaron la comitiva. Warren esperó a que se alejaran un par de metros, antes de girarse en su dirección.

—Gracias por lo de anoche y por ofrecerte para arreglar la puerta, no es necesario, pero te lo agradezco.

—¿No me quieres cerca de tu casa? No planeo hacerla saltar por los aires —intentó bromear, pero sabía que había sonado un poco demasiado serio. Había cometido varios errores con Warren y antes o después iba a tener que pagarlos.

Y no iba a ser con dinero.

—Te agradezco que arregles mi cerradura, no se me da bien la carpintería. Puedo pintar, poner azulejos o actualizar la instalación eléctrica, pero la madera me supera. Es un hecho —aseguró—. Iba a esperar en casa a que llegaras, pero Jo quería ir a la juguetería, no debería haberte invitado a ir, pero...

—Habría ido —aseguró Sam cortándolo—, pero no vi el mensaje hasta que ya había pasado bastante tiempo. Quedé con Jack para hablar de hombre a hombre y aclarar las cosas —se encogió de hombros—. Nos está costando volver al punto en el que estábamos antes de la misión.

—Lo conseguiréis. Jackson es un buen tipo. Mal que me pese... —aceptó retomando la marcha. Podían ver desde lejos al trío hablando con el encargado del restaurante.

Se dirigieron en aquella dirección.

—¿Estás enamorado de ella? —preguntó Sam con tono ronco.

—La amo, pero no de esa manera —respondió buscando sus ojos—. Nunca fue de esa manera entre nosotros.

—¿Y Jo? —La pregunta salió entrecortada, le molestaba el mero hecho de haberse permitido hacerla.

—Solo tres palabras, Sam: tratamiento de fertilidad.

El SEAL se quedó callado y continuó caminando a su lado.

—No le des más vueltas. Sé que no es lo habitual, pero esa ha sido mi vida los últimos años y no me arrepiento de ello —aseguró Warren, antes de que pudiera aportar alguna maldición de su propia cosecha—. Espero que eso no interfiera en lo que sea que haya o pueda haber entre nosotros en el futuro. Yo soy lo que ves y nunca me ha pesado el haber pasado estos años junto a Arizona. Mentiría si dijera lo contrario. Fue una decisión meditada y personal, que espero consigas respetar, incluso si no logras entenderlo.

Sam era consciente de que no tenía ningún derecho a juzgarlo, por mucho

que le molestara aquel hecho, así que supuso que era mejor correr un tupido velo sobre el asunto y cambiar de tema.

—Ya casi es Navidad.

—Odio la Navidad. Todos los años termino con agujetas en la cara de tanta sonrisa y tanta felicitación. No es lo mío —aseguró el hombre sorprendiéndolo—. No pongas esa cara, soy un tipo duro. Tanto como tú, incluso si yo no me gano la vida cargando un fusil de asalto a la espalda.

—Nunca te he considerado una dama decimonónica, te lo aseguro —decretó haciéndolo reír.

—Creo que nunca me dejarás olvidar eso —se lamentó Warren.

—Jamás.

Los dos se miraron durante un instante, sus ojos engarzados en una lucha silenciosa en la que ninguno quería salir perdedor. Sam pensó que por su formación tendría más fortaleza para mantenerse allí, en ese punto de tensión que no podía desencadenar nada. No allí ni en este momento, delante de toda aquella gente. Sin embargo, cuando Warren se lamió los labios, tratando de encontrar el valor para decir algo que probablemente tendría la capacidad de cambiar algo fundamental entre los dos, fue el avezado SEAL, el guerrero eterno quien se retiró.

No por cobardía, sino debido a la certeza que tenía de que a veces era mejor retirarse de una pequeña batalla, con el fin de lograr ganar la guerra.

Y Warren era un hombre que sabía mantenerse en su lugar y hacerle sentir casi débil. Solo casi.

Su mera presencia hacía promesas que se negaba a valorar, al menos de momento.

—Será mejor que vayamos a ver qué sorpresa nos tienen guardada.

—Una nueva incorporación a la familia —instruyó Warren adelantándolo—. Es todo lo que puedo decir. A Jo se le escapó.

—Jackson es una tumba, no ha mencionado nada.

Tras pronunciar la palabra «tumba» quiso morderse la lengua. ¿Y si le había recordado a su ex muerto?

No era nada sutil y le faltaba un pelín de tacto.

—No quise decir...

—No seas absurdo. Si saltara de mi cuerpo cada vez que alguien habla sobre la muerte... —Lo miró, ofreciéndole una tranquilidad que se creía incapaz de sentir—. Pasó hace mucho tiempo y, aunque te parezca imposible de creer, lo he superado.

No lo parecía. Lo miraba como si todavía lo tuviera muy presente.

—Ojalá no me pareciese en nada a él.

—No te pareces tanto como puedas imaginar, créeme. Sé ver la diferencia. A primera vista, un observador imparcial podría ver ciertos rasgos comunes, pero cuando miras por segunda vez... —Warren le sonrió de una manera en que no lo había hecho nunca—. Queda claro que sois personas diferentes. Y ahora vamos a sentarnos antes de que mi hija venga por nosotros. Está impaciente por vernos a todos juntos.

Johanna estaba impaciente por verlos a ellos dos juntos, de forma específica. La niña parecía querer hacer las veces de casamentera, que Dios los ayudara a todos.

—Está bien. Hagámoslo de una vez.

Con la risa de Warren rebotando en sus oídos se acercó al grupo, seguramente se habría ruborizado, maldito fuera, como si fuera un tipo más blandurrio y menos experimentado.

No había pretendido decir lo que el otro parecía haber entendido, pero se la iba a cobrar durante la comida, de eso no tenía ni una sola duda.

Arizona observó a la pareja. Los había sentado juntos y aunque parecían esforzarse mucho por no tocarse, con cada roce parecían surgir chispas. Sonrió con satisfacción, las cosas estaban saliendo mucho mejor de lo que habría esperado. Warren parecía diferente hoy, como si algo fundamental hubiera cambiado en su vida.

—Pues como os decía, vamos a adoptar a esta preciosa niña. Se llama Iona y fue abandonada por su familia cuando apenas era un bebé. Ya tiene tres años, sigue sin encontrar padres adoptivos, ha pasado por algunas familias de forma temporal y cuando Jack y yo conocimos el caso no pudimos resistirnos, así que empezamos a intentarlo. Está saliendo muy bien, tenemos de nuestro lado a las fuerzas de la ley de Gold River, se han volcado con nosotros.

—¿Estáis seguros de esto? —inquirió Warren, que se fijaba en Jo distraídamente. Arizona sabía que le preocupaba su hija, un cambio más, tan pronto... pero la niña estaba hecha de una pasta muy dura y ella sabía que a la larga, la nueva incorporación a la familia la beneficiaría.

—Será bueno para todos —aseguró Jackson.

—Los niños siempre son buenas noticias —concordó Sam, interviniendo por primera vez y sorprendiéndola al ofrecerle su apoyo. Tenía la sensación de que no le caía muy bien, supuso que por celos, lo que no sabía era a causa de quién. ¿Warren o Jack?

—Sí, exacto. ¿Ves, Warren? Todo saldrá bien —le aseguró a su exmarido.

Aunque se había visto tentada a correr en su dirección y consultárselo antes de tomar una decisión, sabía que eso no habría sido justo para Jack. Se había esforzado en dejar este asunto solo entre su marido y ella, para demostrarle que ahora era él en quién confiaba y con quién contaba para avanzar en su camino por la vida.

Justo como debía ser.

—Cualquier cosa que te propongas, la harás bien. Siempre podrás contar

con mi apoyo, Arizona. Lo sabes.

La mujer asintió emocionada. Lo sabía. Lo había sabido siempre.

Quería abrazarlo, pero se contuvo. Jo salvó a su madre de un momento emocional muy embarazoso.

—Mamá, ¿puedo ir al cuarto de baño?

—¿Quieres que te acompañe?

—Está justo allí y ya soy mayor —no lo dijo de forma expresa, pero le estaba pidiendo un poco de espacio y confianza.

Le costaba mucho permitir que siguiera creciendo, pero asintió tras mirar a Warren y a Jack. Gesto que no pasó desapercibido para Sam, que la fulminó con la mirada.

Warren seguía siendo el padre de Jo y eso no iba a cambiar nunca, pero tendría que demostrarle al mejor amigo de su esposo que no iba a luchar en su contra por el afecto de su ex.

—Me alegra mucho que hayas decidido unirme a nosotros, Sam. Y que hayas dejado a mi marido intacto, la verdad es que cuando me habló de vuestra reunión, estuve un poco preocupada.

—Todavía me queda un poco de civilización en el cuerpo, a pesar de la pérdida de memoria —dijo en tono tranquilo—. Jack era mi hermano, le he echado de menos y me alegra haber tenido la oportunidad de lograr reencontrarme con él.

—¿Entonces volvéis a estar bien? —le preguntó con preocupación.

—Ari, estoy aquí. ¿Por qué no me lo preguntas a mí?

—Quiero que él lo confirme —le explicó señalándolo con un dedo.

—Confirmado queda. Poco a poco, volveremos a conectar, seguro.

Warren miró entonces a Sam con curiosidad. El SEAL se encogió de hombros, como restándole importancia.

—Soy irresistible —aseguro Jack—. Nadie puede resistirse a mis

encantos.

Y entonces Arizona rio, porque a pesar del momento, de la seriedad que parecía haber descendido sobre aquella mesa para charlar sobre algo tan trascendental como una profunda amistad casi perdida, todos se encontraron en un punto intermedio de compañerismo y promesa de un futuro incierto, pero compartido.

Y, solo por ver a su marido, a su exmarido y a su familia feliz, iba a merecer la pena.

Capítulo 10

Rule estaba sentado en un promontorio que despuntaba en el suelo del lugar que había escogido para entregar la promesa de amor hecha regalo a Samuel. Una bola mágica de Navidad que garantizaba que una vez fueras elegido, encontrarías el amor verdadero. Algo que solo conseguían un mínimo y selecto grupo de personas en el mundo. Y él, un elfo más de los muchos que trabajaban en el Polo Norte para el gran hombre, había sido elegido por la Señora K para llevar a cabo dicha noble acción. Algo que lo había llenado de orgullo e ilusión y que, poco a poco, se había ido disipando. No había sentido nada de lo que imaginó que sentiría cuando, finalmente, concluyera su misión.

No había habido fuegos artificiales, luces o cualquier tipo de efecto mágico que dejara a todo el mundo boquiabierto. No se había producido la explosión momentánea y estruendosa en la que el hombre declarara al mundo cuáles eran sus sentimientos. Era posible que, hubiera pasado lo que hubiera pasado, no cambiara gran cosa el rumbo de su camino, o quizá solo lo suficiente para guiarle en la dirección adecuada. Una que debería haber conocido por sí mismo.

No entendía nada. Había observado a Sam de forma minuciosa. Había querido ser testigo de ese instante en que todas las piezas ocuparían su lugar en el puzle y, al final, no había sucedido. Sin importar cuánto esfuerzo y cuánta magia hubieran sido invertidas en el proceso, aquel hombre ceñudo y fortachón no había modificado apenas su gesto. Tan solo se había quedado quieto, mirando el vacío, como si viera algo que se manifestaba solo a sus ojos. Algo que él habría querido conocer, ser partícipe, descubrir qué era tan importante en la incuestionable tarea de su señora y jefa.

Pero al parecer eso era algo que quedaba entre la mítica mujer y sus elegidos, porque el pobre elfo segundón no tenía ni idea de por dónde iban los tiros.

Y eso lo enfurecía, pero, sobre todo, lo desilusionaba. Porque al fin y al cabo, tras tanto tiempo imaginar el amor verdadero, ahora se daba cuenta de que no significaba nada. El mundo real era demasiado normal para su gusto.

Había que medir las palabras, los mortales no debían conocer su existencia. No podías usar la magia e incluso tenías que ocultar algunos rasgos propios de tu persona.

Por ejemplo, en su caso, tenía que esforzarse en vestir como una persona muy corriente para evitar llamar la atención. Tampoco podía olisquear el aire en busca de tinta fresca, algo que lo contrariaba sobremanera.

No, definitivamente, este lugar no era el suyo. Ya era hora de volver a casa.

Sacó su nuevo *Smartphone*, un obsequio de su nueva jefa, y tecleó un mensaje rápido comunicándole que había hecho la entrega y que había sido un éxito. También envió su renuncia. Pocas palabras, pero claras:

«Señora K, ha sido un placer trabajar con usted, pero tengo que volver a casa. Este no es mi sitio, nunca lo ha sido y nunca lo será. Gracias por su confianza, podrá encontrarme para cualquier incidencia en el departamento de correo tradicional. Atentamente, su más fiel servidor: Rule».

Tomó aire y exhaló lentamente. Ya había concluido la parte más fácil, ahora tenía que enfrentar a un viejo amigo y tratar de hacer las paces. No podía marcharse sin hablar con Ryder, aunque esas charlas siempre terminaran llevándolo al lugar equivocado.

Esta vez iba a tener que ponerse serio y no tolerar ningún tipo de comportamiento desagradable por parte de su amigo. Ya era hora de que se comportara como un adulto y no como un crío.

Se permitió rebuscar en su bolsillo un poco de polvo de Navidad y lo usó para personarse en el lugar más cercano a Ryder que no dejara a ambos al descubierto.

Lo hizo sí, pero dentro de un cochambroso armario escobero. ¿Algún día iba a cambiar su suerte?

Ryder se sentía bien, orgulloso de sí mismo y de lo que había conseguido en la vida. No solo había ascendido rápido en su puesto anterior, alcanzando el estatus de encargado del departamento de correo tradicional, sino que todo el mundo lo admiraba. Lo tenía todo para triunfar: belleza, carisma y los amigos adecuados en lugares estratégicos.

Puede que por eso le hubiera molestado tanto que la Señora K hubiera elegido a Rule por encima de él. Rule se había extralimitado llevando el correo antes de tener su visto bueno, algo que hablaría con él a la vuelta. No por ser su mejor amigo, podría hacer una excepción. Todos sus inferiores debían ser tratados por el mismo rasero. Ryder creía en la igualdad de trato para todos los elfos y elfas, para todos, excepto para sí mismo.

Cuando alguien estaba por encima de los demás, era algo que había que respetar. Igual que Santa Claus. Era quién era por méritos propios, se lo había ganado y, algún día no muy lejano, él sería su mano derecha y juntos volarían en el trineo para entregar los regalos a los niños en Nochebuena.

Por suerte, su amigo Rule no tenía las mismas aspiraciones que él, por lo que no tendría que aconsejarle que se retirara en la carrera ante el poder, a costa de su amistad.

Lo conocía lo suficiente como para saber que sería capaz de hacerlo. Le faltaba arrojo y determinación.

No se trataba del amor, se trataba de la ambición. Si no luchabas lo

suficiente por aquello que querías, no había sentimiento suficientemente fuerte en el mundo que pudiera empujarte a lo más alto.

Eso era algo que tenía claro.

Terminó de enfundarse en el traje de Santa Claus, sintiéndose muy cómodo. Quizá algún día fuera más que su mano derecha, quizá hasta pudiera sustituir al mismísimo Santa y, por segunda vez en la historia, la familia Klaus quedara relegada de la sagrada misión.

Lástima que Nick aún fuera joven y tuviera tanta pasión por los niños...

Chasqueó la lengua, descartando la peligrosa idea que se estaba forjando en su mente y se acomodó el cinturón de los pantalones. La barriga artificial era muy molesta y la barba postiza picaba horrores, pero haría lo que fuera necesario para cumplir con su tarea. Johanna debía recibir el regalo sin dilación y, según su reloj de la Navidad, préstamo temporal de su nueva jefa, estaba a punto de cruzarse en su camino.

No podía dejar pasar el momento, tenía que entregar su paquete y tenía que hacerlo exactamente en doce minutos y treinta y tres segundos.

En ese momento escuchó el ruido en el armario y caminó hacia él con desconfianza, lo abrió de golpe y cuando vio a Rule le lanzó una mirada acusatoria.

—Tú. ¿Se puede saber qué haces aquí? ¡Este es mi momento!

Su amigo se enderezó y se sacudió el polvo, ignorando el tono molesto de su voz, como si aquello no fuera con él o como si ni quiera lo hubiera notado.

—Te estaba buscando. Me marchó a casa, estoy harto de este lugar —se encogió de hombros y lo informó—: acabo de presentar mi renuncia a la Señora K. Prefiero revisar el correo en casa, aquí todo es tan raro, tan diferente a nuestro hogar... Me siento desubicado, tengo miedo a perder mi identidad.

El muy idiota no comprendía la importancia de que ellos hubieran sido los

elegidos, que estuvieran aquí, en este preciso momento y lugar. Tenían una misión importante, algo que nadie más en casa había hecho nunca antes.

Al menos, que se supiera.

—¿Estás seguro de que has renunciado? —Si lo había hecho, estaba a tiempo de ocupar su lugar, antes de que cualquier otro lo intentara.

—Lo he hecho.

—¿Te marchas a casa? —preguntó nuevamente, quería que quedara claro, que nadie pudiera acusarlo de traicionar a un amigo. A nadie le importaría que fuera capaz de hacerlo, tan solo si no se veía obligado a demostrarlo.

—Me voy, es lo mejor. He venido a buscarte para que vengas conmigo.

—No he terminado todavía, voy a encontrarme con Johanna.

El rostro del otro elfo cambió ante el nombre de la niña, pero fue apenas un momento, tan rápido como apareció se desvaneció, devolviendo aquel tinte de desilusión al gesto.

—Entonces te deseo buena suerte. Te esperaré en casa. ¿Cenarás conmigo esta Nochebuena?

Los dos sabían que sería su día libre. El trabajo estaría hecho y terminado y nadie iba a preguntar por ellos. Solían pasar el día juntos, haciendo tonterías, pero no este año. Este año iba a conseguir hacer realidad su sueño.

Convertirse en alguien realmente importante para la Navidad.

—Ya hablaremos sobre ello. Ahora no puedo llegar tarde.

Lo esquivó sin despedirse y salió al encuentro de su destino. Iba a empezar un show que iba a tener que representar muy bien.

Johanna se había separado de los adultos para ir al cuarto de baño. Había pedido el debido permiso y como la puerta al aseo se veía desde el lugar donde estaban sentados, le habían permitido ausentarse en soledad.

Algo raro en estos días, la verdad. Parecía que todo el mundo estaba pendiente de ella, como si fuera hacer alguna locura. ¡Ella no era Rosie! Aunque lo cierto era que empezaba a entenderla un poco mejor.

Sí, le estaba costando adaptarse al cambio en su vida. Era su casa de siempre, pero no su familia. Su padre ya no estaba y aunque quería que su madre fuera feliz, lo echaba mucho de menos. Jack estaba muy pendiente de ella y procuraba hacerla sentir especial, pero ahora que habían empezado con el proceso de adopción de una nueva niña, se preguntaba cuál sería su papel en aquella historia.

Rosie era hija de Jack, pero no lo era ella. Warren se había ido a vivir a otro lugar, su padre iba a enamorarse de Sam, quizá ya lo estaba. Había visto cómo se miraban, parecía que su deseo de Navidad iba a hacerse realidad y, aún así, sabiendo que iba a recibir lo que más había deseado, se sentía un poco perdida y muy sola.

¿Qué le pasaba? Quería ser la niña feliz de siempre a la que todos querían, pero algo en el corazón le dolía.

—Ho, ho, ho. ¡Feliz Navidad! ¿Qué puede hacer Santa Claus para alegrar esa cara tan triste?

Johanna lo miró repentinamente asustada, no lo había visto venir ni lo esperaba. La pilló desprevenida. Observó a todas partes, preguntándose si sería algún tipo de secuestrador de niñas indefensas, pero se dio cuenta de que todo estaba bien, cuando encontró el sillón de Santa vacío y un montón de niños mirando en su dirección con cara de malas pulgas.

Había llamado la atención de todo el mundo, incluso de su madre, que le estaba susurrando a Jack, que ya iba en su dirección. ¿Qué le pasaba? ¿No podía dejar de hacerse el héroe?

Conocía la respuesta a esa pregunta, no importaba que estuviera ciego o que le rompieran las dos piernas, atravesaría el mismísimo infierno para

mantener feliz y tranquila a su madre, porque la amaba.

Ojalá alguien, alguna vez, la quisiera de la misma manera.

Estaba siendo muy egoísta, porque no era más que una niña. No tenía derecho a estar celosa de nadie, no era su momento y eso era todo.

—Pareces demasiado pensativa para ser tan joven —añadió el falso Santa Claus. Porque era falso, de eso estaba segura. Podía ver la barba cayendo por un lado de su cara y la barriga se movía de formas que ni siquiera quería imaginar. Sonrió, ante lo cómico de la imagen:

—Estoy bien.

—Mis fuentes dicen que eres una niña muy buena, pero pareces triste. ¿No te ha dado tiempo a enviarme tu carta? Puedo llevármela en persona. Te garantizo que en Nochebuena, visitaré tu casa. Ho, ho, ho.

Aunque era un Santa un poco torpe, le hizo gracia. Le colocó la barba y sonrió.

—Mi carta ya debe haberle llegado, la envié hace meses, debe de haberse colado en algún rincón. Quizá la Señora Claus la esté reservando para entregársela esta noche.

—Mmm, ahora que lo dices... —bajó del hombro el enorme saco que llevaba a sus espaldas y metió la mano dentro para sacar una preciosa caja blanca con un lazo rojo—, creo que tengo una entrega especial para Johanna Shaw. ¿No serás tú, verdad?

Ahora sí se quedó muda. ¿Cómo podría aquel Santa Claus falso conocer su verdadero nombre? Tenía que ser cosa de Jack, seguro. Por eso se acercaba en su dirección con paso rápido.

Iba a quejarse, volverse un poco como Rosie, pero supuso que su corazón era más blando, porque tanto se estaba esforzando Jack en complacerla, que no podía hacerle daño. Incluso estaba empezando a quererlo, un poquito.

—¿Para mí? No puede ser. No he sido tan buena.

—Yo creo que sí. Vamos, Johanna, cógelo. Déjame saber si mi esposa y yo hemos acertado.

Tomó la caja en sus manos y desató el lazo con premura. La curiosidad podía con ella. ¿Qué había pensado su nuevo padre/padrastro que le gustaría? ¿La conocería lo suficiente para haber acertado?

Cuando el envoltorio cayó a los lados, se quedó muda de la sorpresa. Una bola de nieve poco más grande que el tamaño de la palma de su mano, descansaba en el interior, rodeada de espuma de embalar, muy bien protegida.

Con la mano izquierda la sacó y acarició el frío cristal. Le pareció ver un efecto de luz, algo brillando en el interior, una imagen fugaz que no logró descifrar, una promesa de algo que era incapaz de comprender y en la base de la preciosa bola, con la imagen de una niña con los brazos abiertos y mirando al cielo, disfrutando de los diminutos copos de nieve que caían sobre ella, se leía: «Cuando llegue tu momento, lo encontrarás».

Palabras tan misteriosas como aquel regalo, como aquel momento, como el mismo Jack.

Se giró en dirección al hombre, que ya estaba a su lado y lo miró, después observó su palma, el pequeño objeto y sonrió:

—Gracias, Jack —lo abrazó con sinceridad, por primera vez en mucho tiempo, quiso hacer lo que hacía—. Es un regalo muy especial.

Jack parecía confuso, pero supuso que los mayores siempre hacían esas cosas, para tratar de disimular su intervención en asuntos de magia navideña...

—¿Por qué...?

—Solo di «de nada, Jo».

—De nada, Jo —contestó Jack, con tono de lorito provocando la risa de la niña y le devolvió el abrazo—. Vas a tener que decirme qué he hecho, para poder repetirlo más veces. Me gustan estos abrazos.

Johanna se sorprendió descubriendo que a ella también le gustaban:

—Supongo que lo sabrás cuando llegue el momento —contestó, parafraseando las palabras de la base de la bola que aferraba con fuerza entre sus dedos.

Había algo especial allí, algo que la llenaba por dentro de una manera que no alcanzaba a comprender. Supuso que además de la magia de la Navidad, el amor también significaba algo.

—Estoy aprendiendo a quererte, Jackson Sanders.

—Por ahora, me conformo con eso —aceptó Jack, acariciándole el pelo en un gesto cariñoso—. Puedo decir que yo ya te quiero, Johanna Shaw, robaste mi corazón la primera vez que te vi y lo tendrás para siempre.

Estaba claro que su madre tenía un gusto excelente, no solo para acercarse a las personas correctas, sino también para compartirlas con ella.

Por primera vez en las últimas semanas se sintió un poco mejor, menos traidora, apretó la mano de Jack y miró a su verdadero padre. Warren parecía un poco tenso, pero le pasaba siempre que Sam estaba cerca, aún así, todavía no se habían insultado ni habían empezado a pelear. Habían logrado concluir la comida de forma amistosa y en paz.

Supuso que alguna especie de tregua que habían pactado en su ausencia, para no confundir a la niña.

Jo se rio, si tan solo supieran que por más que fuera pequeña, no era nada tonta... pero los mayores no entendían de esas cosas, eso había quedado más que claro.

Algún día, cuando los años pasaran y ella tuviera algo que decir, todo iba a ser muy diferente. Los adultos entenderían mejor a los pequeños y nadie volvería estar en la emisora incorrecta.

De eso se encargaría ella.

Y quizá le robaría a Jack su papel, quizá algún día dentro de no mucho tiempo, en vez de Jo sería superJo, la conocida y benevolente heroína de la

Navidad y la gente.

Buscó a Santa para darle las gracias, pero ya estaba rodeado de niños y supo, con esa certeza que poseen los niños, que todo estaba en el lugar correcto, cada pieza encajada exactamente donde debía estar.

Así que siguió a Jack y se unió a su familia, su extraña y un poco disfuncional familia, porque en el fondo, todos eran perfectos tal cuales eran, al menos para ella, y así, precisamente así, los quería.

Capítulo 11

Nick odiaba ciertos momentos de su trabajo y, aunque no lo había hablado con Sabrina, porque no quería hacerla sentir mal al respecto, iba a tener que ser un poco duro con Ryder. El elfo se había extralimitado más de una vez y se había acabado el tiempo en que haría la vista gorda. Había demasiado en juego.

Esperó a que el último niño se hubiera marchado y lo siguió a la sala en la que debía dejar el traje prestado. Cerró tras él y esperó a que se percatara de su presencia.

—Jefe —exclamó con sorpresa—. ¿Ha sucedido algo?

—No te pongas nervioso, mi esposa y yo estamos al día en la cuestión relativa a tu participación en esta tarea. No estoy aquí por eso, lo cierto es que lo has hecho mucho mejor de lo que yo esperaba. Sabrina es demasiado benévola con vosotros, sobre todo desde que nacieron los niños.

Las mujeres se ablandaban con la maternidad en un sentido, aunque en muchos otros se hacían más duras. Sin embargo, podía afirmar que su corazón ahora estaba más lleno de amor que nunca antes.

—No he abandonado mi puesto.

—Lo sé, Ryder. Tu trabajo está más que cubierto. Aunque no lo creas, en el Polo Norte no hay nadie imprescindible, es un trabajo de equipo. Incluso si yo no fuera capaz de salir en Nochebuena, los regalos se entregarían. No me cabe duda alguna.

—¿Entonces por qué parece como que fuera a recibir una mala noticia?

—No es una mala noticia necesariamente —lo informó—. ¿Alguna vez has leído el libro de normas del Polo Norte?

—Todos nosotros lo hemos estudiado durante nuestra formación, señor. No sé a qué viene esto. —El elfo parecía a punto de dejarse llevar por un ataque de pánico. Nick no quería hacerle pasar por ello. Si bien no iba a gustarle lo que iba a decirle, esperaba que no hiciera una montaña del asunto. Tampoco era para tanto, solo un par de décadas de castigo, si era capaz de superar con éxito la gran prueba.

—Te informo de que en base a la norma trescientos veinte, del apartado dos del capítulo cinco, que se refiere al loable e inestimable trabajo de la señora K, en su misión de bendecir al mundo con la autentica magia de la Navidad, quedas vinculado por firme contrato a convertirte en el guardián de la señorita Johanna Shaw, hasta que dicha joven encuentre aquello que le ha sido prometido por un ambicioso elfo. —Lo miró con intención—. La generosidad se premia con generosidad, la ambición se premia con ambición, querido Ryder. Harás bien en recordarlo a lo largo de tu andadura en estas tierras, aunque lamento decirte que hay una pequeña cláusula que...

El elfo se había quedado completamente blanco, negaba en silencio y lo miraba horrorizado. Cada palabra que salía de su boca, parecían puñaladas en su pecho, pues había retrocedido tanto que casi tenía que gritar para ser escuchado, pero eso no iba a detenerlo, tenía que aprender su lección como todos ellos, como muchos otros antes que él.

—¿Cláusula? —preguntó con apenas un hilo de voz.

—No recordarás absolutamente nada sobre tu persona. No eres un elfo, no vives en el Polo Norte y, sobre todo, no conoces tu misión. Buena suerte, Ryder. Que la magia de la Navidad te acompañe.

No le dio tiempo para angustiarse más, dejó que la misma magia que lo había metido en aquel lío se ocupara de él. Dejó caer una bola mágica frente a él, que abrió un portal y lo succionó convirtiéndolo en otro hombre, uno totalmente diferente. El nuevo profesor de Historia de la siempre agradable

Johanna Shaw.

Le esperaba un largo camino por delante. Un camino que, con suerte, lo ayudaría a tocar con optimismo la vida de muchas personas que lo necesitaban y que se beneficiarían de esa naturaleza olvidada que lo acompañaría a cualquier lugar que fuera.

No había desaparecido su magia, tan solo estaba oculta, esperando a ser descubierta.

Y eso solo sucedería en el momento correcto. En ese preciso instante en que la verdad se revelara ante sus ojos.

Y Johanna iba a tener mucho que ver con ello, de eso no tenía duda, ni necesitaba que Sabrina lo ilustrara.

Le esperaban unos cuantos años de paz antes de que todo se desatara, aunque conociendo a su mujer, esto solo acababa de empezar. ¡Estaba deseando llegar al final!

Y poder cantar mil y un felices para siempre.

Sam y Warren volvieron a casa en coches diferentes, por suerte, de no haberlo hecho así algo habría pasado, Warren era consciente de ello. No se debía solo a lo que creía haber visto en esa bola de nieve que a pesar de estar oculta en la guantera, quemaba en su alma exigiendo su libra de carne. Quería gritar al mundo de la misma forma en la que él quería hacerlo.

Tenía miedo, mucho miedo. No sabía qué sería mejor, si dejarlo pasar, hacer como que nada había sucedido, alejarse de aquel hombre que podía darle un futuro mejor y más feliz, después de sufrir una buena dosis de angustia, o lanzarse a sus brazos y la piscina del amor. Demostrarse que podía aceptarse a sí mismo y que se merecía todo lo bueno que la vida decidiera entregarle.

—Veo cómo giran las ruedecillas de tu cabeza —dijo Arizona divertida—.

¿Qué está pasando? No dejas de mirar la guantera y me estás poniendo nerviosa, al final vas a hacer que nos estrellemos.

—Solo estoy pensando en algo. Ya sabes... no me gusta la Navidad, estas fechas me ponen un poco melancólico y desagradable.

—Eso es imposible, no sabes ponerte gruñón. Ni un poco. Te conozco desde siempre. ¡He crecido contigo! A mí no puedes engañarme. Es por Sam, ¿verdad?

—Estoy confuso —confesó. Si no podía hablar de esto con Arizona, ¿con quién?

—Lo sé, por eso he insistido en que Sam y Jack se lleven a Jo, quería que habláramos a solas. Me preocupas, te he visto triste y no me gusta.

—¿Yo? ¿Triste?

Arizona lo miró como si pretendiera regañarlo, pero debió cambiar de opinión porque suspiró y negó:

—Crees que eres muy buen actor y, en el pasado, podrías haberme engañado, pero ahora no. Sé que estás teniendo problemas de autoestima y creo que sé por qué.

—Ilústrame, sabihondilla —trató de quitarle peso al asunto, pero ambos sabían que esto era importante. Tan importante que las manos empezaron a temblarle, por lo que aferró con mayor firmeza el volante.

—Estás enamorado de Sam o en proceso de enamorarte, no estoy muy segura. Te gusta, te gusta tanto que te agobia pensar que va a sustituir a Gabriel y te sientes mal por querer ser feliz otra vez, a costa de la persona que tanto quisiste, pero con la que ya no puedes estar, porque ahora todo es diferente.

—Crees que sabes mucho, ¿eh? —procuró bromear, pero se le secó la boca y su corazón latía desbocado.

—Lo sé, lo entiendo y te puedo asegurar que se sale de ese punto. Yo he estado ahí. Contigo y con Jack. No hace tanto tiempo... ¿recuerdas?

—No es lo mismo, Ari. No lo es.

—Casi lo mismo. Te quería tanto... mejor dicho, te quiero tanto que dejarte casi me destroza, Warren. Vivir con Jack, sin ti... ha sido muy duro. Me despertaba llorando por la noche. No podía contárselo a Jack porque sabía que se iba a sentir herido y no podía contártelo a ti porque no era justo. Y he sido una auténtica zorra, porque he hecho daño sin querer a los dos hombres que más quiero —las lágrimas abandonaron sus ojos y aunque se las secó con rapidez, Warren se percató de ellas y tuvo que parar el coche a un lado de la carretera para mirarla.

—No llores, no eres ninguna zorra.

—Lo soy. No por buscona, pero sí por egoísta. Lo quería todo, Warren. Te quería a ti y a Jack, no quería elegir, pero al final todo se reduce a lo mismo. Una decisión que te cambia la vida. No pierdes nada, no desaparece nada, solo se modifica el papel que esas personas ocupan en tu vida.

Arizona lloraba mientras hablaba, Warren tuvo que contenerse para no acompañarla.

—No estoy enamorado de Sam —decretó, aunque incluso para él sonó como una mentira—. No puedo estar enamorado de él, porque solo hemos peleado desde el mismo momento en que nuestros caminos se cruzaron, no hemos mantenido una conversación civilizada en ningún momento de nuestra relación, si es que puede llamarse así a lo que nosotros tenemos.

—Tenéis una relación y si te dejas llevar, podrá convertirse en algo real. Algo como lo mío con Jack, pero vas a tener que luchar por ello. Lo bueno siempre conlleva sacrificio y esfuerzo.

Arizona asintió con convicción, como si aquello no tuviera contraargumentación posible, pero la tenía.

—Gabriel está muerto y no debería ser así. Yo...

—Ni se te ocurra decirlo, porque me encargaré de matarte yo misma —le

advirtió—. Las personas mueren y no podemos hacer nada para evitarlo. Perderlo fue una desgracia, pero no tienes que dejar de vivir por eso. Te ayudé una vez a hacerlo, pero ahora voy a empujarte hacia fuera, hacia la vida, porque si hay alguien en este mundo que se merezca ser feliz ese eres tú.

—Me sobrevaloras.

—No, te quiero. Te quiero tanto que me duele verte infeliz, inseguro y de mal humor. Tú no eres así.

Miró por la ventana, fijándose en la nieve que empezaba a cubrir el cristal con una fina capa. Dio al limpiaparabrisas, para no perder la visibilidad y volvió a negar.

—No, Arizona. No me pidas que haga algo que no estoy listo para hacer. Haría cualquier cosa por ti, cualquier cosa, pero...

—Esta vez no se trata de mí, se trata de ti y de Sam, incluso de Gabriel. ¿Crees que a él le gustaría verte así de derrotado?

Sabía que no, pero no había nada que ninguno de ellos pudiera hacer por él. La vida era la que había decidido. Estar con Sam exigiría un doscientos por cien de él y no sabía si iba a estar a la altura.

—Soy demasiado viejo para empezar de nuevo.

—Solo eres demasiado cabezota para intentarlo. Vámonos, no quiero quedarme atrapada en medio de la nieve con un anciano, tendría que arrastrarte de vuelta a casa y al final acabaríamos los dos en urgencias.

Warren puso los ojos en blanco, ¿qué otra cosa podía hacer? Y retomó el camino. Ojalá las cosas fueran tan sencillas como el resto del mundo las veía, para él todo aquello era una inquietante cuesta arriba.

Y estaba demasiado cansado para iniciar el ascenso.

Cuando Sam se despidió de sus pasajeros, cogió la caja de herramientas y

se puso manos a la obra con la puerta. El dueño de la casa aún no había llegado, lo que le había puesto de muy mal humor. ¿Por qué se habría entretenido tanto en el camino?

Miró la hora, dejó el destornillador en el suelo y empezó a dar vueltas de un lado a otro. ¿Y si habían tenido un accidente? Quizá debería salir en su busca, solo para asegurarse de que estaban bien.

Negó. No habían pasado más de veinte minutos, quizá se habían entretenido haciendo algo. Cogió la herramienta y volvió a la tarea, su mente se llenó de imágenes que quería desterrar. Como Warren acariciando a Arizona, besándola, riéndose con ella.

Lanzó la herramienta con tanta rabia que se astilló una de las baldosas de la entrada. Warren iba a pensar que la tenía tomada contra su casa. Nada más lejos de la realidad.

No sabía si se trataba de los sentimientos que habían empezado a surgir en su corazón o de su tocada cabeza jugándole de nuevo una mala pasada, pero fuera lo que fuera estaba a punto de llevarlo al borde de un abismo que iba a verse obligado a saltar sin paracaídas, con lo que ello conllevaba.

Una muerte segura. No en el sentido literal de la palabra, sino más bien del tipo de «suicidio emocional». Había pasado años ocultando sus sentimientos por su capitán, ¿también tendría que hacerlo ahora? ¿Con Warren? ¿Acaso lo quería de esa manera? No estaba seguro de nada, a excepción de que no quería que Arizona estuviera cerca. No estaba preparado para ver eso, no quería estarlo. Necesitaba esa exclusividad que le había sido negada durante tanto tiempo.

Necesitaba que su propia identidad fuera reconocida y respetada. Ser Samuel Tuckson, el auténtico, no una copia barata y desdibujada de lo que debía ser.

Un SEAL en plenas facultades, físicas, intelectuales y emocionales. Capaz

de mirar a la vida y a la muerte de frente, sin temor, como se había esforzado por disimular que hacía durante los últimos quince años de su existencia.

«Quizá el jodido psicólogo tenga razón, estoy para que me encierren».

No podía dejarse llevar por la depresión, porque no era su naturaleza y no planeaba dejarse ganar esta batalla en particular. Iba a recuperar su identidad, sin importar qué tuviera que hacer.

Y planeaba empezar con Warren. Si para ello tenía que decirle a Arizona lo que pensaba del constante troteo con su exmarido, hablaría con ella y dejaría claras las cosas: lo había dejado atrás, ahora era suyo.

«No podemos poseer a las personas». Esa vieja voz de la razón empujó en su mente, recordándole que solo podía aceptar a aquellos que ofrecían su compañía y amor de buena voluntad y dejar a un lado el egoísmo personal. Esa inclinación un poco prehistórica a reclamar sin dar opción a réplica a su deseado.

Pero con Warren iba a tener que dejarse llevar por su instinto y defraudar al hombre que en otro tiempo lo fue todo para él: guía, amor platónico y padre a partes iguales.

Su capitán. Habría muerto por él, de la misma manera en que él había dado su vida a cambio de la de ellos.

A pesar de lo mucho que había perdido y la importancia de aquello que había dejado atrás.

Todavía no había reunido el valor suficiente para reencontrarse con la viuda y los niños, tan solo a distancia y palabras amables, no lo que ella había esperado de él.

Iba a tener que encontrar el momento para hacerlo, la fortaleza y mirarla a la cara, confesar que había sido un traidor, que había intentado arrebatarle aquello que más amaba.

Y al final, se lo habían robado a los dos, sin que ninguno de ellos pudiera

decir una sola palabra.

El ruido del motor del coche de Warren lo sacó de sus lóbregos pensamientos y provocó que su ceño se frunciera una vez más.

Vio cómo Arizona bajaba del asiento del copiloto y le dedicaba un saludo con la mano, un instante antes de salir a toda prisa en dirección a su casa. Warren se retrasó un poco más. Seguía sentado, con el motor en marcha y mirándolo a través del parabrisas, como si estuviera esperando que le diera una razón para salir huyendo.

Se irguió, plantándose firmemente sobre sus piernas y esperó. No podía forzarle a dar un paso en su dirección, si él no quería o no se sentía preparado. Tenía que dejar que tomara la decisión por propia iniciativa o la historia entre los dos no llegaría a ninguna parte.

Buscó sus ojos y por un único instante se comunicaron sin palabras. Sam sintió como si recibiera un brusco golpe de energía que le sacudió desde las entrañas. Todo su cuerpo reaccionó a él, a la tensión que reclamaba que se aproximaran y se aceptaran mutuamente.

Warren abandonó por fin el vehículo y, sin dejar de mirarlo, avanzó en su dirección. Llevaba algo en la mano derecha, un objeto que parecía aferrar con todas sus fuerzas, como si fuera algo muy valioso o, incluso, algo que necesitaba para poseer la fortaleza suficiente para dar el siguiente paso.

Sam esperó, no podía moverse y no quería hacerlo. Si daba un paso en falso, quizá perdería lo que quiera que se le hubiera metido en el cuerpo para ir tan decidido a reclamar algo que era obvio que quería.

¿Sería él? Eso esperaba, pero no podía hacer nada. No debía hacerlo. Tenía que ser Warren quien tomara esa decisión. Él quien dijera que solo Samuel y ningún otro iba a ser el elegido. Ningún Gabriel debía opacar eso, por mucho que lo hubiera amado y muy presente que estuviera, a pesar de los años que habían transcurrido desde su muerte.

—No vas a ser siempre quién decida en esto. No vas a ser el SEAL que cree que siempre tiene razón. No vas a dirigir mi vida. No vas a ser capaz de impedir que coja justo lo que he venido a buscar, lo que necesito.

No esperaba esas palabras ni esa actitud tan dominante. Había pensado en Warren como alguien que fácilmente se dejaría llevar y se doblegaría a sus deseos. Había estado muy equivocado.

Debería haberse dado cuenta de ello en el instante en que su guerra abierta había empezado, apenas unos meses atrás.

—Se lo he dicho a Arizona, somos demasiado dominantes los dos como para estar juntos. Llevo una vida entera ocupándome de todos a mi alrededor y no me importa quién seas ni lo fuerte que creas que eres, nadie va a ser capaz de doblegar mi voluntad, jamás. Ni siquiera tú.

Lo aprisionó contra el dintel de la puerta, consiguiendo que se quedara mudo de la sorpresa.

—No voy a ser el tipo que se queda en casa esperando a que el SEAL grande, fuerte y malo venga a salvarlo. No soy esa persona, si eso es lo que buscas, si es lo que necesitas, entonces lárgate ahora.

—Quizá sea yo quien necesite que lo salven, después de todo —dijo con tranquilidad. Una verdad tan grande como él, tan sincera y tan clara que salió sin ni siquiera haber pensado en lo que estaba diciendo.

—¿Estás seguro de eso? —Inquirió Warren—. ¿Estás seguro de que puedes dejar que alguien cuide de ti?

—¿Estás seguro de que eres capaz de cuidar de mí aquí mismo, ahora mismo sin importar qué piensen? —Miró alrededor, señalando el ahora desierto lugar. La gente estaba en casa, al calor de las calderas, pero era probable que alguien estuviera mirando en aquella dirección a través de cualquier ventana.

Le agradó ver que Warren ni siquiera se inmutó.

—Te pareces en algo a Gabriel, después de todo.

Odió ese nombre pronunciado justo ahora.

—No me parezco en nada a él.

El otro hombre asintió.

—Lo haces. Él siempre creyó que yo tenía miedo de que el mundo conociera el amor que sentía por él, pero nunca se dio cuenta de que lo único que sucedía era que no necesitaba demostrarle nada a nadie. Nunca lo oculté, nunca solté su mano cuando caminábamos juntos, nunca evité besarlo cuando deseé hacerlo, tan solo no sentía la necesidad de decirle a cada persona con la que me encontraba que lo amaba, por el mero hecho de que la única voz que a mí me importaba era la suya. No me avergüenzo de ser como soy, Sam, nunca lo he hecho. Y, desde luego, no me avergüenzo de sentir lo que siento.

Samuel lo miró, no sabía exactamente qué decir, no sabía si debía corregirlo y decir que nunca había pensado que se avergonzara de su identidad sexual, porque había sido un tema recurrente entre ellos. Algo que le había arrojado a la cara una y otra vez, una acusación tan común en los últimos meses, que sentía la necesidad de bajar la cara, avergonzado por su actitud.

No lo había conocido lo suficiente como para juzgarlo y, aún así, lo había hecho. Parecía que había olvidado todo lo que su capitán le había enseñado.

—Hay muchas cosas que nos faltan por descubrir el uno del otro — concordó. No había más que decir, tan solo la verdad. Si iba a surgir algo aquí y ahora, iba a tener que empezar exponiendo los hechos tal cual eran.

—No lo veo a él cuando te miro —se acercó más, podía sentir su cálido aliento sobre los labios. Olía a café y sus ojos estaban llenos de sentimientos. Brillaban, como si hubiera lágrimas por derramar en ellos, que estaban siendo contenidas a duras penas—. Eso es lo que me da tanto miedo.

—¿Temes olvidarlo? Tienes que seguir adelante con tu vida. Los dos tenemos que hacerlo.

—Temo amarte tanto como lo hice entonces y cualquier día perderte de nuevo. No creo que pudiera sobrevivir a eso.

—Entonces no pienses en el futuro, no pienses en nada más que en este momento. No me ames, si te asusta, no te esfuerces en amarme. Solo siente, Warren. Siente exactamente lo que yo siento.

Esperó porque tenía que hacerlo. Podría haber dado el paso, haberlo pensado y haber empezado de una vez por todas, pero la pelota estaba en el tejado de su enfermero particular, no podía apresurar las cosas, esto era demasiado importante como para hacerlo.

—Solo siento que estás tan cerca y te necesito tanto que tengo que tenerte.

Y fue entonces cuando lo besó. Allí, en la puerta de entrada de su casa, con la cerradura a medio arreglar y rodeados de herramientas. Bajo una despelujada y novedosa ramita de muérdago. Allí fue donde Sam redescubrió quién era, los recuerdos se agolparon en su memoria, exigiendo su momento, pero los desterró, porque aunque deseaba con toda su alma descubrir quién fue, más anhelada deleitarse en quién era hoy, ahora, en este momento, junto a Warren.

La promesa de amor que se le había hecho hacía tanto tiempo y que, al fin, era su realidad.

Y a lo lejos, lo suficiente como para no ser descubiertos, pero tan cerca como para poder observar con libertad la escena, Nick y Sabrina contemplaban con cierta satisfacción a la prometedor pareja.

—Después de todo, parece que tenías razón —aceptó Nick, besando la frente helada de su esposa. Pequeños copos de nieve habían quedado atrapados en sus pestañas y tenía la nariz muy roja. Sonrió, era una auténtica belleza y aún después de media docena de años de relación, seguía estando tan

enamorado de ella como la primera vez.

—Podría decir te lo dije, pero mentiría. Creo que al final, esta vez, ha sido un trabajo de equipo. No podría haberlo hecho sin ti.

—Todo lo que tú y yo hacemos es un trabajo de equipo, Señora K.

—Estoy pensando en tomarme unas vacaciones estas Navidades y acompañar a cierto y simpático gordinflón a repartir regalos...

La puerta de Warren se cerró con la pareja en su interior. Nick prefirió no hacer especulaciones, había ciertas partes en la intimidad de una pareja que debían quedar entre los dos, pero suponía lo que haría él de encontrarse en su situación. Sabrina había dicho algo, ¿verdad?

—Lo que tú digas mi amor.

—No has escuchado ni una sola palabra, Nick —lo regañó.

Tenía razón, no lo había hecho. Había empezado a pensar en cómo desnudarla sin perder más tiempo. Tenían que aprovechar el momento, porque en cualquier momento llegaría un mensaje con algún tipo de emergencia que él y solo él podría arreglar.

Aunque en el fondo nadie fuera imprescindible, los buenos de sus elfos le hacían creer que él sí lo era.

—Estaba imaginándote desnuda —una dosis de sinceridad, siempre le llevaba por el buen camino.

—Casi me has convencido —lo besó y señaló su abrigo—. Está sonando, así que supongo que ya es hora de volver a casa, a la rutina.

—¿Y qué va a pasar con tus protegidos? —inquirió, cabeceando hacía la casa.

—Ahora ya no es cosa nuestra, Nick. El futuro está en sus manos, desde aquí están solos. La señora K solo puede conceder una visión, no arreglar la vida sentimental de todo el mundo —se encogió de hombros—. Les esperan momentos difíciles, pero si son capaces de comprender que juntos pueden

sobreponerse a cualquier cosa, tendrán éxito.

Santa Claus sabía que su señora había dicho una gran verdad, así que... ¿para qué contrariarla? A veces era mejor guardar silencio y disfrutar de esa paz que a menudo descendía sobre ellos y les daba esa sensación de hogar, sin importar en qué lugar del mundo se encontraran.

El Smartphone de Nick tronó con la melodía más salvaje, esa que estaba reservada para cierto número y que ambos reconocían a la perfección. La emergencia más grande de todas estaba a punto de explotarles en la cara.

—Abre el portal, vamos Nick, deprisa. ¡Deprisa!

Sabrina se había puesto pálida, así que la abrazó con fuerza y la guió a través de la esfera celeste, directamente al corazón de la fábrica.

Y lo que allí encontró fue exactamente lo que se estaba imaginando.

Un par de niños metidos en un buen lío, que los miraban con esas caras inocentes que tan bien conocían.

—¡Lo hemos arreglado nosotros, papá! —dijo su hijo mayor, señalando el desbarajuste.

—El tío Noah se ha enfadado por nada, mamá. Solo es un poco de papel de regalo, ¿verdad? —el más pequeño los miró con esos ojitos tan suyos que le hacían compadecer a su madre, que desde el cielo debía estar destornillándose de risa al verlos ahora cómo los conquistaban a ellos.

Sabrina y Nick se miraron y la carcajada fue casi simultánea, al tiempo que atrapaban a las pequeñas bestias traviesas y los abrazaban con fuerza.

Solo ellos eran capaces de hacer que la vida tuviera sentido y mereciera la pena. Sin importar que su vida fuera Navidad todo el año, los pequeños Santa Claus en ciernes, prometían que el futuro iba a estar cargado de momentos, grandes y pequeños, que iban a hacer de cada día una nueva y maravillosa aventura.

Y Nick estaba ansioso por verlo.

EPÍLOGO

Cinco años después.

25 de diciembre

La fiesta de Navidad había sido un éxito. Como siempre, el viejo equipo se había reunido en la que hoy seguía siendo una enorme casona rosa, el hogar de Warren y el suyo propio, ahora que eran, oficialmente, una pareja. Un matrimonio. ¿Quién iba a decírselo? Nunca se había visto de esa manera, de los que se comprometen, pero así había surgido y allí estaban, con nada parecido a un final feliz, sino más bien como una historia con su etcétera, lleno de momentos y personajes a cada cual más rocambolesco. Allí estaban todos los miembros del antiguo equipo 6: el cojo, el ciego, el paralítico, el sordo y el desmemoriado. Sam sonrió ante semejante descripción, pero esa era la realidad.

Probablemente, ya no tan real, porque sin importar las lesiones que arrastraran de su pasado, todos habían logrado reencontrarse con quiénes eran ahora. No importaba el camino que hubieran seguido, todos habían encontrado la forma de lograr aquello que deseaban.

Todos no, casi todos. El viejo *Ironman* estaba de mal humor, había recibido una invitación de boda y estaba que se subía por las paredes. Había bebido más de la cuenta y era muy probable que al final Jack tuviera que intervenir y retirarle el vaso de ponche que tenía en las manos. Estaba dando una muy mala imagen a su pupila. Rosie lo miraba con desconcierto. Había vuelto de la universidad con un título en Ingeniería de telecomunicaciones, que aseguraba había conseguido gracias al hombre y lo observaba un poco

embobada, como si estuviera medio enamorada de él.

Algo que nadie, a excepción de él, parecía haber notado. Estaba muy claro, pero cuando lo había hablado con Warren hacía unos días, lo había descartado como si nada.

No había discutido el asunto, pero había ido hablar con su viejo amigo y le había preguntado sus intenciones. Sentía a la chiquilla como una especie de hija, a pesar de que no los uniera ningún tipo de lazo sanguíneo. Habían tenido algunas charlas muy esclarecedoras y, por algún motivo, confiaba en él.

Esperaba que siguiera su consejo y se apartara del amargado exSEAL, antes de que la arrastrara a su miseria.

Dejó el asunto para otro momento y fue a atender a la puerta. El timbre parecía haber sonado solo para sus oídos, pues el resto de los presentes ni siquiera reaccionaron.

Abrió sin pararse a mirar quién era y cuando vio quién se encontraba al otro lado, se quedó completamente paralizado. No podía decir qué fuera un viejo fantasma, pero lo cierto era que no esperaba que esta vez hubiera aceptado su invitación.

—Hola, Sam.

—Bienvenida, ¿quieres pasar? Hace frío fuera. ¿Puedo servirte algo?

Estaba nervioso, la única mujer que tenía la capaz de convertirlo en un tonto imberbe se había presentado allí, haciéndole preguntarse cómo actuar o qué decir para no meter la pata.

Como siempre, Warren llegó al rescate. Se pegó a su lado y lo rodeó con un brazo. Había un toque de posesión allí y también de apoyo. Le sorprendió que un tipo de su calaña pudiera sentirse reconfortando con esa mera presencia.

Pero amaba al tipo, maldita sea. Habían pasado por suficientes cosas juntos como para poder afirmarlo sin temor y saber que no se estaba

equivocando.

—Bienvenida a casa, te estábamos esperando —aseguró Warren.

—Sí —asintió la mujer, estrujándose las enguantadas manos—. Supongo que sí.

—Has tardado un tiempo en decidirte, pero eres bienvenida —aseguró nuevamente el hombre, sorprendiendo a Sam. Habían pasado por lo menos cuatro años, desde que había tenido el valor de presentarse en casa de la mujer y hablar con ella, tras la muerte de su marido.

—No sabía a dónde más ir —aseguró con apenas un hilo de voz—. No sé qué hacer.

Sam se puso alerta, deformación profesional, supuso. Se había retirado hacía poco más de seis meses, pero aún seguía sintiendo el impulso de adrenalina cada vez que olía algo parecido a problemas. Incluso después de la pesadilla que había sido la última misión y que aún lo acompañaba por las noches.

—¿Qué ha pasado?

—John ha decidido seguir los pasos de su padre, no para de ver todas esas medallas y...

Si mal no recordaba, John debía de tener unos diez años ahora. Era demasiado pequeño como para que fuera un problema real en este momento.

—¿Por qué no entras y tomas algo caliente? ¿Dónde están los niños?

—Con sus abuelos, no paran de meterles esas ideas... No puedo más. No sabía a quién acudir.

Warren la atrajo a sus brazos y la apretó con calidez, confortándola. Sabía de primera mano lo bien que se le daba eso. Siempre estaba ahí, siempre podías contar con él, por eso amaba tanto a ese hombre. No era egoísta, tenía un alma noble y un corazón generoso.

Y él estaba empezando a convertirse en un poeta.

—¿No te molesta que se tome tantas familiaridades con tu marido? —
inquirió la voz de Arizona, mientras él cerraba la puerta.

—Ya no.

La mujer sonrió. Había aprendido a quererla, sobre todo después de la charla que ambos habían tenido en la que habían dejado claras las cosas. Bueno, en realidad, solo había hablado él: «Warren es mío y yo no comparto». Arizona se había mostrado muy seria y había asentido, después le había dado un plato de galletas recién hechas y le había asegurado que jamás se entrometería entre los dos, pero que no podía hacer nada para evitar querer al que había sido su marido durante casi dos décadas.

Por supuesto, con el tiempo, había llegado a entenderlo y había descubierto que cuantas más personas estuvieran en tu vida, mucho mejor.

Ahora disfrutaba de una hermana con la que charlar y pelearse de vez en cuando. Se alegraba de haberle dejado ocupar ese lugar en su vida.

Ya no sentía celos, porque ahora era él quien podía comunicarse con Warren con una sola palabra, él a quien recurría cuando necesitaba alguien con quien hablar.

Se querían, eso había quedado claro, y tenían ese lugar especial que solo compartían ellos y nadie más.

Ni Gabriel ni Arizona. Solo los dos.

Se preguntó si había hecho bien permitiendo que Warren se ocupara de la recién llegada. Hacía años que no la veía, pero lo cierto era que nunca había tenido una relación muy profunda con ella. Sabía lo mucho que la había amado su capitán, solo por eso la había respetado, incluso sin conocerla, pero ahora... ahora ya no parecía la misma mujer. Estaba más delgada y tenía un aspecto triste y desolado, como si estuviera sola en el mundo.

Decidió que sería un miembro más de su familia, porque así lo habría querido ese hombre al que había amado, más como mentor que como amante,

sin importar lo que hubiera pensado ataño.

Iba a cuidar de ella, se lo debía.

—¡Sam! —Llamó entonces otra mujer que había cambiado el rumbo de su vida. La ilustre y ceñuda psicóloga que lo había puesto en su sitio más de una vez a lo largo de los últimos años y que le había hecho respetar la psicología como algo más que un engaño bobos.

—¡Doctora! —La abrazó con fuerza y la miró con una sonrisa decidida—. No pasan los años por ti. No tienes ni una sola arruga.

—Eres un adulator, pero gracias. Ya me marcho.

—Si no he tenido tiempo de hablar contigo.

—Voy a ser abuela, cállate. Acaba de llamarme mi hijo, ya están en el hospital, no voy a perderme eso.

—¿Quieres que te lleve?

—Dios me libre de los SEALs encantadores —se quejó poniendo los ojos en blanco, pero asintiendo a la vez—. Te lo agradecería, no me apetece conducir. ¿Has tomado ponche? —preguntó con tono de duda.

No tomaba alcohol, no lo había hecho desde hacía tiempo. Sobre todo después de ver cómo estaba afectando a Ironman su consumo regular en los últimos tiempos. Si no hacían algo por él, iban a perderlo de malas maneras.

No era una forma de terminar para un SEAL. Menos siendo él quien lo había encontrado y salvado, cuando estuvo perdido.

En cierto modo le debía su vida ahora y haría lo que estuviera en su mano para liberarlo de esa constante depresión que ahora lo acompañaba.

Se puso el abrigo y cogió las llaves del coche, miró a Warren desde lejos y él asintió, comprendiendo lo que decía, después dos adornos muy especiales, que reposaban en la repisa de la chimenea captaron su atención y parecieron moverse ante sus ojos, una vez más, como cada Navidad.

Se dijo que era un efecto de la luz, pero en el fondo de su corazón sabía la

verdad, aquello era un milagro.

Su muy real y mágico milagro.

—Vámonos —dijo entonces, haciendo sonar las llaves en la mano—. No queremos que llegues demasiado tarde.

—Esa es tu misión, llevarme a tiempo.

Se aferró a su brazo para mantener el equilibrio. Fuera el suelo estaba congelado y era peligroso.

—Será un placer —aseguró, aunque su mente vagaba lejos, pensando en muchas cosas y en nada en particular.

—Todo saldrá bien.

—¿Perdón?

—Todo eso que tanto te preocupa —le dijo su psicóloga—. Tus amigos tienen que encontrar el camino por sí mismos, como has hecho tú. Lo harán, solo necesitan tiempo.

—¿Por qué siempre consigues leerme la mente?

—Ese es mi trabajo. Además, también me preocupan algunos de ellos, pero no podemos hacer nada. No podemos interferir, tenemos que contentarnos con confiar en que serán cada uno de ellos el que tome la decisión correcta.

—¿Y si se equivocan?

—¿Te equivocaste tú? ¿Te arrepientes de lo que has hecho?

—Me he equivocado muchas veces, me arrepiento de algunas cosas, pero al final... al final estoy satisfecho con quien soy.

—Debes dejar que lleguen por sí mismos a ese momento. Y ahora, déjame tomarme un día libre. Va a nacer mi nieto.

La ayudó a montar en el asiento del copiloto y sonrió. Al fin y al cabo esa mujer se dedicaba a esto y tenía razón. Cada uno tenía que hacer sus elecciones y escribir su camino, pero si tenían alguna pequeña ayuda...

Miró al cielo, a la estrella más brillante y pidió:

«Deja que encuentren su final feliz, de la misma manera que he hecho yo. Deja que tengan su milagro navideño».

Y puede que no lo escuchara exactamente el ser que él deseaba, pero sus palabras viajaron por el tiempo y el espacio y resonaron en el lugar correcto en el instante preciso.

Y así fue como la señora K recibió el impulso para llevar a cabo su nueva misión.

—Ni siquiera pienses en ello, Sabrina —advirtió Nick adormilado en el sofá, que tenía a su esposa entre sus brazos.

—¿Por qué no? Los niños tienen que probarse, ¿no te parece?

—Todavía no. ¡Solo es veinticinco de diciembre! Merezco vacaciones y hoy es nuestro día libre.

Sabrina sonrió y se acurrucó un poquito más con él.

—¿Y qué más da un milagro de Navidad más?

—¡No!

—¿Solo uno más? —pidió poniendo ojitos y acariciándose la enorme barriga—. Hazlo por tu niña, ¿no? Está pidiéndolo por favor.

Nick observó a su embarazada mujer y suspiró. La pequeña había sido una sorpresa, un futuro dolor de cabeza, sin duda, esperaba que no tan traviesa como sus hermanos.

—¿Es un antojo?

—Lo es.

—¿Temporada no navideña?

Sabrina asintió con vehemencia.

Eso de estar casado, complicaba la vida de un hombre. Nick lo pensaba, pero jamás lo diría. Sabrina lo sabía.

—Y te daré tu dosis de amor cada día —aseguró la señora K—. No

mereces menos.

—Después de esto, voy a tener que mantener mi tienda de Navidad abierta todo el año en ese pueblecito que tanto te gusta.

—Tienes a quién hacerle la competencia.

Recordó el poblado navideño que estaba abierto todo el año, conocía al tipo y había tenido alguna que otra discusión con él. No había querido hacerlo, pero no había podido evitarlo.

Milagros de Navidad a la carta, así iba a ponerle a su tienda de Gold River, todo por los antojos de embarazada de su mujer. Sabrina estaba muy satisfecha de sí misma.

—Así puedes darle más responsabilidad a tus elfos, siempre hablas de hacerlo y al final, nunca lo haces.

—¿Sabes que vas a dejar caer una bomba en ese pueblo, verdad? Cuando la familia Klaus aterrice...

—Será el principio de una buena historia que contar a nuestros nietos.

Y eso era una certeza absoluta.

Así que cuando la pequeña de la casa quiso hacer notar su presencia, naciendo el día de Navidad, exactamente como sus hermanos antes que ella, Sabrina supo que aquel era el comienzo de una nueva historia llena de magia, de amor, de esperanza y sobre todo de Navidad.

El comienzo de un nuevo cuento que contar.

